



El verano de Caboalto

AVISO DE GENERACIÓN POR IA

En cumplimiento del artículo 50(4) del Reglamento (UE) 2024/1689, se hace constar que el texto de esta obra ha sido generado íntegramente por inteligencia artificial, sin intervención humana.

PARTE 1



El descenso en la estación vacía

El motor del autobús emitió un último estertor metálico antes de silenciarse, dejando un vacío sonoro que le zumbó en los oídos a Lucía como si el mundo entero hubiera contenido el aliento. Bajó los escalones con las piernas agarrotadas, sintiendo cómo el frío húmedo del Cantábrico se filtraba de inmediato por las costuras de su abrigo, calándole hasta los huesos. La estación de autobuses de Caboalto estaba sumida en una penumbra mortecina; solo una farola, situada justo encima de un banco de hormigón desgastado, parpadeaba con un ritmo errático, proyectando sombras que se alargaban y encogían sobre el pavimento mojado. El olor a gasoil quemado se mezclaba con el aliento de la marea, un aroma que le resultaba familiar y que, al mismo tiempo, le provocaba un sutil mareo tras las horas de trayecto.

Lucía se quedó inmóvil junto a su maleta. El silencio absoluto de la noche, roto únicamente por el siseo del viento entre las vigas metálicas de la marquesina, le resultaba irreal después del bullicio incesante de Madrid. Allí, en la capital, siempre había una presión invisible, un peso que le obligaba a caminar al ritmo marcado por otros, pero aquí, en la intenteperie de esta villa, la realidad parecía haber perdido sus cimientos. El descontrol de su vida, marcado por decisiones que nunca fueron suyas, se sentía en este instante como un cortocircuito mental, una falla abierta en el mapa de su existen-

cia que no sabía cómo volver a cerrar. No sé si es el cansancio o el cambio de presión, pensó, frotándose las sienes con los dedos fríos, intentando contener la migraña que empezaba a latir detrás de sus ojos.

Apretó con fuerza la libreta roja contra su pecho, como si al hacerlo pudiera mantener unidos los fragmentos de su propia identidad. La cubierta de cuero, algo rugosa bajo sus dedos, era el único objeto que le servía de ancla en aquel escenario desolado. La sentía caliente contra su piel, un contraste térmico con el ambiente que le proporcionaba un consuelo mínimo. Recordó de repente la mirada de Mateo en el último café, esa forma suya de invadir su espacio, de leer sobre sus hombros incluso cuando ella intentaba proteger sus notas. Aquí, por suerte, no había testigos. La soledad no era una ausencia, sino una costra de miedos que se depositaba lentamente sobre su conciencia, filtrando el ruido de los meses anteriores hasta dejar solo lo esencial. Supongo que este lugar siempre me obligará a mirar hacia dentro, se dijo.

Miró a su alrededor con cautela. La estación estaba desierta, un esqueleto de acero oxidado que apenas ofrecía cobijo frente a la llovizna fina que empezaba a caer. A lo lejos, el rumor constante del mar contra los acantilados recordaba que Caboalto era un terreno de roca y agua, una cimentación antigua que poco tenía que ver con el asfalto plano de la gran ciudad. ¿Habría alguien esperándola? Quizás Avelina estaría aguardando en la casona, con el olor a té y madera antigua recibéndola en el corredor encalado, o tal vez tendría que buscarse la vida para subir la pendiente hasta el puerto. Un escalofrío le recorrió la espalda, haciéndole encogerse dentro de su chaqueta. La falta de un coche patrullando o de un taxi disponible

la dejaba en una encrucijada; el camino hacia la casa, aunque conocido, se antojaba largo y escarpado bajo la luz parpadeante de la noche.

Ya, esto es lo que hay, se susurró a sí misma, intentando insuflarse un poco de valor. La incertidumbre de no saber si aquel refugio seguro de su infancia seguía siendo el mismo le provocaba una inquietud constante. Observó una pequeña mancha de aceite en el suelo, rodeada por el agua que se acumulaba en las grietas del cemento; le recordó a una grieta en la fachada de un edificio antiguo, una señal de que incluso la estructura más sólida puede ceder ante el paso del tiempo. Se preguntó si ella era igual, una construcción que se resquebrajaba bajo la presión de las expectativas ajenas.

Dio un paso adelante, tirando del asa de su maleta. El chirrido de las ruedas sobre el suelo rugoso sonó como una nota disonante en mitad del silencio. Necesitaba moverse, encontrar un refugio donde el aire no fuera tan cortante y donde su mente pudiera finalmente descansar. Mientras caminaba hacia la salida de la estación, buscando el sendero que conocía de memoria hacia la parte alta del pueblo, se preguntó qué habría quedado de las promesas de verano que siempre se hacían al despedirse. ¿Seguiría todo en su sitio, o el desajuste que sentía en su interior había contagiado también el paisaje de su niñez? Se detuvo un momento a observar una planta marchita que crecía en una maceta abandonada junto a la pared, con sus hojas amarillentas colgando como dedos cansados. Todo aquí parecía haber estado esperando su regreso en un estado de quietud casi geológica, acumulando silencios y secretos que ella no estaba segura de poder descifrar.

El viento sopló con más fuerza, levantando una hoja seca que bailó un instante frente a ella antes de perderse en la oscuridad. Lucía cerró los ojos y respiró hondo, tratando de capturar ese instante en el que el mundo no exigía nada de ella. La libreta roja pesaba en sus manos, una carga necesaria, un archivo de verdades que nadie más debía conocer. Se colocó mejor la mochila y, con un último vistazo a la farola que terminaba de apagarse, decidió empezar a caminar hacia el puerto. Quizás el camino no fuera sencillo, pero era el único que, a pesar de todo, se sentía propio. Ya no era la chica que se dejaba llevar por la inercia de la capital; ahora, bajo el cielo cerrado de Caboalto, cada paso era una forma de reclamar su lugar, aunque fuera sin ninguna red que la sostuviera.

* * *

El sedán antiguo descansaba bajo la luz mortecina de las farolas, una silueta oscura que se mimetizaba con las sombras del andén. El motor emitía un leve gorgoteo metálico, un sonido irregular que parecía luchar contra el frío húmedo de la noche, mientras el humo del tubo de escape se disipaba perezosamente en el aire salino. Lucía se detuvo un instante, sintiendo cómo el cansancio se le acumulaba en las rodillas; el viaje había sido una sucesión interminable de asientos incómodos y esperas, y ahora, al ver el coche de su abuela, sintió que el peso de los meses pasados en la ciudad se volvía más pesado. Un zumbido constante de motores diésel de otros autocares le taladraba la sien derecha, recordándole la punzada inminente de una migraña que se negaba a abandonarla. La estación estaba casi desierta, solo el eco de sus propios pasos sobre el pavimento mojado rompía el silencio, un recordatorio de que estaba, otra vez, totalmente a merced de lo que viniera.

Avelina, al detectar el movimiento, se inclinó hacia el asiento del copiloto. Sus ojos, curtidos por décadas observando el cambio de las mareas, escanearon el rostro pálido de Lucía con una precisión que no admitía engaños. Observó la postura de su nieta, esos hombros encorvados que cargaban con una tensión impropia de su edad, como si el propio peso del mundo se hubiera instalado en su columna. La anciana no dijo nada al principio; dejó que sus manos, nudosas como raíces de roble, se apretaran sobre el volante mientras examinaba cada detalle, desde el brillo apagado en la mirada de la joven hasta la forma en que esta se frotaba el entrecejo, buscando un alivio que no llegaba. Era una estampa de fragilidad que le recordaba a los hilos de un tejido fino desgastado por un uso demasiado brusco.

Avelina bajó la ventanilla eléctrica con un chirrido agudo que cortó el aire estancado de la noche. Su voz, grave y pausada, emergió entre el vapor que desprendía el motor.

—Hija, pareces la sombra de quien eras, anda, sube ya.

Lucía parpadeó, intentando recomponer su expresión. La familiaridad de la voz de Avelina le produjo un alivio agrisado, una mezcla de refugio y la punzante certeza de que su abuela, con ese linaje de sabiduría que la caracterizaba, vería a través de cualquier fachada. Se acercó al coche, sintiendo una gota de lluvia fría caer sobre su labio superior, un detalle banal que le provocó un escalofrío involuntario.

—No sé, supongo que solo es el viaje, abuela —respondió Lucía, intentando que su voz sonara firme—. Ya verás cómo en un par de días estoy como nueva.

Avelina suspiró, un sonido que llevaba consigo el peso de los años y el desamparo de la espuma.

—El mar tiene sus propios tiempos, y tú no eres una excepción. No te fuerces, que la prisa nunca fue buena consejera para el alma.

Lucía forzó una sonrisa hacia el espejo retrovisor, donde su propio rostro se le antojó extraño, una máscara que apenas reconocía. Se obligó a creer, aunque fuera por un instante, que aquel agotamiento era solo temporal, un bache pasajero que el aire de Caboalto terminaría por corregir. Confiaba, o quería confiar, en que el ritmo de la vida aquí, lejos de las exigencias de Madrid, bastaría para sanar el curso académico que se había perdido entre libros y tensiones que prefería olvidar. Era un autoengaño necesario, una pequeña arquitectura de pensamientos diseñada para no derrumbarse allí mismo, bajo la luz mortecina de la estación.

Con un esfuerzo que le costó más de lo que habría admitido, Lucía deslizó su maleta en la parte trasera. Antes de cerrar la puerta, se aseguró de acomodar la libreta roja en un rincón seguro del asiento, lejos de cualquier mirada indiscreta, sintiendo cómo su presencia le proporcionaba una extraña forma de equilibrio. Al sentarse, el olor a tapicería antigua y al perfume a lavanda de Avelina la envolvió, un escudo contra el mundo exterior.

—Anda, abuela, vámonos —dijo Lucía, intentando recuperar un tono más ligero—. No quiero que nos pille el sereno en este andén.

Avelina asintió, encendiendo las luces cortas que iluminaron el pavimento, revelando los charcos que reflejaban la oscuridad del cielo. Mientras el coche arrancaba con un traqueteo constante, Lucía apoyó la frente contra el cristal frío de la ventana. Observó cómo el pueblo empezaba a desfilar ante ella, las formas familiares de las casas en la ladera y la penumbra del puerto, un paisaje que, a pesar de todo, seguía sintiéndose como el único mapa posible para ella. El motor rugía, el coche avanzaba por la carretera costera, y Lucía,

cerrando los ojos un instante, dejó que el cansancio fluyera por sus venas como si fuera parte de esa enramada de recuerdos que la unía, inevitablemente, a aquel lugar. Había vuelto a casa, cargando con su secreto y con la esperanza, casi infantil, de que la huella de este verano fuera más amable que la anterior.

* * *

La fachada de piedra de la casona se erguía contra el cielo violáceo como un bastión desgastado por el tiempo. Las contraventanas, de un verde descascarillado por la humedad, permanecían cerradas como párpados cansados ante el azote persistente del viento del norte. Lucía contempló la estructura, sintiendo cómo el desbarajuste que arrastraba desde Madrid se aplacaba al ver la solidez de aquel encalado. A pesar de los años, las piedras seguían encajando con una precisión geológica, una herencia de historia que la protegía de la total falta de abrigo emocional que la rodeaba. El aire, cargado de una humedad salina, le erizaba la piel de los brazos, recordándole que allí, en Caboalto, el tiempo no se medía en relojes, sino en el avance incesante de las mareas.

Avelina, con pasos firmes a pesar de su edad, introdujo la llave en la cerradura. El roce del hierro contra el metal produjo un chasquido seco que resonó en el corredor. Lucía cruzó el umbral, dejando que la penumbra del recibidor, impregnada de una mezcla persistente de té negro y cera antigua, la envolviera por completo. El alivio le recorrió la espalda, pero no pudo evitar que un escalofrío le recorriera la nuca al notar un pequeño objeto fuera de su sitio: una vieja regadera de latón estaba tirada en mitad del pasillo, como si alguien hubiera salido con prisas.

Mientras sus ojos se adaptaban a la luz tamizada que se filtraba por las rendijas de las persianas, Lucía recorrió con la mirada el corredor encalado. El suelo de madera crujió bajo sus pies, un sonido que conocía de memoria, pero que hoy le resultaba ajeno. Reconocía cada rincón —la mesita donde se acumulaba el polvo, el marco de fotos torcido—, pero se sentía una extraña, alguien que intentaba encajar en una arquitectura que ya no le pertenecía del todo. ¿Cómo era posible que el espacio no hubiera cambiado y, sin embargo, ella fuera incapaz de reconocer a la joven que solía recorrer esos pasillos años atrás? Era un desajuste progresivo, una sensación de que el curso de su propia vida se alejaba de la orilla segura de aquel hogar.

Avelina se movió hacia la cocina con la parsimonia de quien conoce cada veta de la madera. Al poco, el sonido del agua hirviendo rompió el silencio. La anciana regresó con dos tazas, dejando una de ellas sobre la mesa de roble, cuya superficie estaba marcada por los anillos de décadas de uso.

—Anda, hija, bebe algo caliente antes de subir, que aquí las paredes guardan el frío hasta que las calientas —dijo Avelina, cuya voz parecía tejerse con el mismo hilo que las cortinas de lino que colgaban de las ventanas.

Lucía rodeó la taza con sus dedos, buscando el calor que se le escapaba por los poros. Sus labios rozaron el borde de la cerámica y notó el sabor amargo y reconfortante del té. El vaho ascendía hasta sus pestañas, nublándole la vista por un instante.

—Gracias, abuela —respondió Lucía, esforzándose por mantener la voz estable.

—El linaje de esta casa no se olvida de los suyos, Lucía —continuó Avelina, mientras sus dedos, nudosos como raíces, acariciaban el borde de la taza—. La bruma del océano puede corroer la piedra, pero la sombra de lo vivido permanece en el corazón de quien sabe escuchar el mar. No te dejes engañar por las apariencias; esta enramada de recuerdos es lo único que nos mantiene a flote.

Lucía asintió, aunque las palabras de Avelina le pesaban. No quería pensar en el legado, ni en lo que se esperaba de ella. Bebió un sorbo, sintiendo una punzada de hambre que había ignorado durante el viaje. Una miga de pan, olvidada en un rincón del mantel, le llamó la atención; la apartó con un gesto mecánico, sin querer reconocer el desorden doméstico.

—Supongo que todo sigue en su sitio —dijo Lucía, intentando que su voz sonara ligera, aunque el nudo en su garganta le dificultaba la respiración—. Ya me conoces, a veces me da la impresión de que si me muevo demasiado, todo se desmoronará como una estructura mal cimentada.

Avelina se limitó a sonreír, una expresión breve que apenas le alcanzó los ojos. Se levantó y señaló las escaleras. Lucía subió con lentitud, sintiendo el peso de su maleta en la mano. El frescor de la piedra en el pasillo superior era un bálsamo. Al entrar en su antigua habitación, el olor a lavanda y a papel viejo la recibió como un abrazo invisible.

Se acercó al escritorio, un mueble de madera oscura con las patas ligeramente cojas. Allí, oculta bajo una pila de libros de texto que nunca llegó a abrir, encontró una pequeña caja de música de madera que no recordaba haber dejado allí. La abrió, esperando la melodía, pero el mecanismo estaba atascado. Al manipularla, sus dedos rozaron algo más: una horquilla de pelo, olvidada durante años en la

hendidura del cajón. La tomó entre sus dedos, sintiendo la frialdad del metal. Era un objeto tan pequeño, tan irrelevante, y sin embargo, le devolvió una imagen nítida de sí misma: una niña que buscaba respuestas en los rincones más oscuros de la casa, sin saber que, algún día, el silencio se convertiría en su única compañía. Dejó la horquilla sobre la mesa, junto a la libreta roja que había extraído de su bolso, y se sentó en la cama. El colchón, firme y antiguo, se hundió ligeramente bajo su peso. Por primera vez en meses, el desajuste interno pareció ceder, dejando espacio a un cansancio profundo, un sedimento de agotamiento que reclamaba su derecho a descansar. Cerró los ojos, escuchando el crujir de la madera vieja y el lejano, casi imperceptible, batir de las olas contra el acantilado, sintiéndose por fin, aunque fuera solo por esta noche, al abrigo de la intemperie.

* * *

El agua empezó a silbar en el puchero de hierro, un sonido agudo y persistente que se filtraba por las grietas de la cocina como una advertencia doméstica. Lucía observaba cómo el vapor se arremolinaba contra la campana de la chimenea, nublando brevemente el aire cargado con el aroma persistente de la albahaca seca que colgaba de las vigas. El calor del fogón le entibiaba las rodillas, aliviando momentáneamente la tensión que acumulaba en los hombros. Ave-lina, con sus movimientos lentos, parecía orquestar aquel ambiente, ignorando el murmullo de las gaviotas que, a lo lejos, sobre el puerto, marcaban el ritmo de la tarde. En la estancia, el crujir de la madera vieja bajo los pies de su abuela resonaba con una familiaridad que a Lucía le resultaba extraña, casi intrusiva, como si la casa misma estuviera escuchando sus pensamientos más privados.

Avelina tomó la tetera de cerámica, una pieza con el borde desportillado, y vertió el líquido oscuro en las tazas de porcelana. Sus manos, surcadas por las arrugas como los estratos de una roca sedimentaria, se movían con una cadencia propia, ajena a cualquier prisa moderna. La infusión desprendía un vaho denso, especiado, que se mezclaba con el olor a cera de los muebles antiguos. Lucía se pasó la mano por la frente, sintiendo el roce de un mechón de pelo que se le pegaba a la piel por la humedad del ambiente. Tenía los labios secos, un leve ardor que le recordaba que no había bebido agua en horas.

—Hija, anda, bebe mientras está caliente —dijo Avelina, deslizando la taza hacia ella sobre la mesa de pino—. La enramada que crece tras el muro del jardín ha dado flores tempranas este año; el té sabe al campo, a lo que permanece cuando el ruido se apaga.

Lucía rodeó el borde de la porcelana con los dedos, sintiendo cómo el calor se filtraba por su piel. Sus nudillos estaban blanquecinos por la presión.

—¿No te parece que el mundo exterior se mueve demasiado rápido, Avelina? —preguntó Lucía, bajando la voz—. A veces tengo la sensación de que mi vida en Madrid es una carrera constante, una pendiente donde cualquier error se convierte en un desorden interno que no puedo reparar.

Avelina se sentó frente a ella, apoyando sus manos sobre la mesa. Su mirada, clara y fija, parecía atravesar la coraza que Lucía había traído consigo desde la ciudad.

—Hija, ya es hora de que dejes de llevar ese mundo sobre tus espaldas, ¿no crees? —la voz de Avelina era firme, pero cargada de una ternura que desarmaba a Lucía—. Este linaje nuestro siempre ha

sabido cuándo es momento de recoger las redes y cuándo es momento de dejar que el mar repose. No puedes vivir siempre sin refugio, buscando respuestas donde solo hay viento.

Lucía sintió un nudo en la garganta. La taza de té, con sus volutas de vapor, se convirtió en el centro de su universo. Había algo en la honestidad brutal de Avelina, en ese rastro de yodo que parecía impregnar cada rincón de la casa, que hacía que sus defensas se resquebrajaran. Recordó la libreta roja en su bolso, el peso de las palabras que allí guardaba, una crónica de sus dudas sobre el Conservatorio Superior de Música y las presiones constantes de su entorno. Todo aquello, que en Madrid parecía el único camino posible, aquí, frente a la tetera de Avelina, se sentía como una construcción frágil, una arquitectura de cristal a punto de estallar.

—No sé si soy capaz de parar —admitió Lucía, con un hilo de voz—. Siento que, si me detengo, todo el residuo de mis miedos saldrá a la superficie. He pasado tanto tiempo intentando encajar en lo que esperan de mí que ya no sé qué parte es mía y qué parte es un préstamo.

Avelina suspiró, un sonido suave que se perdió entre el crepitar del fuego.

—La voz de quienes nos precedieron trasciende la materia de este techo o estos muros; reside, en cambio, en la capacidad de reconocer nuestra propia sed —dijo Avelina, señalando con un gesto vago hacia la ventana—. No te dejes llevar por corrientes que no son tuyas. ¿Acaso no es suficiente con el aire que respiras hoy?

Lucía bajó la mirada, evitando el contacto visual. Un pequeño desajuste en el borde de la mesa, una astilla levantada, captó su atención; la tocó con la yema del dedo, sintiendo su aspereza. Su agotamiento no era solo físico, no era una simple falta de sueño; era

un cansancio profundo, una necesidad imperiosa de detenerse antes de que su mente, como la caja de música que había encontrado, se bloqueara por completo. El silencio entre ambas se volvió denso, interrumpido solo por el siseo de una brasa en el hogar y el lejano batir de las olas contra el acantilado, una frecuencia constante que parecía medir el paso del tiempo de una manera distinta, más antigua.

—Estoy cansada, Avelina —confesó finalmente, dejando escapar un suspiro que le vació los pulmones—. No de los estudios, ni del Conservatorio Superior de Música, sino de la expectativa. Siento que, si no mantengo el ritmo, me quebraré. Necesito saber que existe un lugar donde no tengo que ser nadie más que yo misma.

Avelina extendió su mano y cubrió la de Lucía, su piel era seca y cálida, un ancla en medio de aquel naufragio emocional.

—Esta casa no entiende de expectativas —murmuró Avelina—. Aquí, la única medida es la paz que encuentras al final del día. Si te quiebras, te recogeremos como se recogen los fragmentos de un cristal en la arena. Pero no puedes seguir cargando con todo ese peso de Madrid. Aquí no hay más que lo que ves: la piedra, el jardín y el descanso.

Lucía asintió lentamente, sintiendo que el alivio empezaba a filtrarse por fin en su pecho, aunque estuviera teñido por una melancolía persistente. La realidad de su situación, la inminencia de las decisiones que debía tomar sobre su futuro y la sombra de lo que su madre planeaba, seguían acechando, pero en aquel preciso instante, en la cocina de Avelina, el mundo se reducía a lo esencial. El té, ahora más tibio, tenía un sabor terroso y reconfortante. Levantó la taza y dio un sorbo largo, dejando que el calor le recorriera el cuerpo, permitiéndose, por primera vez en mucho tiempo, simple-

mente existir, sin la urgencia de tener que resolverlo todo de inmediato. Afuera, la luz de la tarde empezaba a declinar, tiñendo las paredes blancas de un tono anaranjado que suavizaba los desconchones de la pintura, revelando, bajo el encalado, la textura rugosa de la piedra ancestral que sostenía la casona.

Rambla bajo el sol intenso

La luz del mediodía sobre la Rambla, el paseo principal del pueblo donde se concentra toda la actividad social y comercial durante los meses de verano, caía como una losa de mármol blanco. Lucía entrecerró los ojos ante el resplandor que rebotaba en las baldosas desgastadas por la sal, sintiendo cómo el calor tórrido se filtraba a través de las suelas de sus alpargatas. El aire, denso y cargado de un olor a helado de vainilla mezclado con el perfume de las aguas profundas, parecía vibrar sobre el pavimento. A su alrededor, el murmullo de las voces de los veraneantes creaba un rumor constante, una sinfonía desordenada que le provocaba un ligero mareo. Todo era demasiado brillante, una superficie que reflejaba la intensidad de un sol que no perdonaba la mirada de nadie.

Se detuvo un instante, apoyando la espalda contra el muro rugoso de una fachada encalada. Cerró los ojos, intentando que el martilleo en sus sienes se apagara. El pulso le latía con fuerza, un ritmo acelerado que le recordaba la presión insoportable de los meses anteriores en Madrid. Respiró hondo, pero la brisa salina que le golpeaba el rostro le resultaba tan familiar como hostil; era un desequilibrio de sensaciones, una desconexión entre lo que sus pies recordaban de estas calles y la ansiedad que le oprimía el pecho. ¿Por qué el aire aquí pesaba tanto? No sé si es el cansancio acumulado o este

sol que lo calcina todo, supongo que es una mezcla de ambos, pensó, mientras su mano buscaba, por puro hábito, el relieve de la libreta roja que guardaba en el bolso.

El murmullo de la gente a su alrededor parecía alejarse, convirtiéndose en el sonido sordo de un mar lejano. Lucía se obligó a abrir los ojos. Se sentía como una intrusa en un decorado que conocía de memoria, pero que se le presentaba ajeno. Observó sus manos, tensas, con los nudillos blanqueados por el esfuerzo de mantenerse erguida. La estampa de la calle, con sus guirnaldas de luces apagadas que colgaban como restos de una fiesta olvidada, le recordaba a un juguete roto por la corriente, a la desorientación absoluta de una vida que otros habían diseñado para ella. Necesitaba encontrar un vestigio de calma bajo esta superficie tan agitada, un punto de apoyo donde poder recuperar el aliento.

Avanzó de nuevo, esquivando los charcos de luz solar directa que se filtraban entre los toldos de las terrazas. Cada paso era un ejercicio de contención. Mientras caminaba, notó cómo el aire se le quedaba atrapado en los pulmones, denso y salado. A su derecha, una tienda de artículos náuticos exhibía un cartel de neón nuevo que parpadeaba con una insistencia molesta, una intrusión moderna en el paisaje tradicional de Caboalto. Se preguntó cuántas cosas habrían cambiado más allá de los carteles. ¿Seguía existiendo el rincón donde Iago practicaba a veces, o habría cedido ante la presión de la renovación constante? La idea de estar así, tan expuesta a una mirada que no podía controlar, le revolvió el estómago.

Se fijó en una pared lateral, donde la piedra se desmoronaba lentamente por la erosión, una estructura que cedía bajo el peso del tiempo. La geología del lugar era tozuda, pero incluso ella se rendía ante la insistencia del mar. Ella, en cambio, seguía intentando

mantener una fachada, una arquitectura de compostura que empezaba a mostrar grietas preocupantes. Se cruzó con un grupo de turistas que reían estruendosamente, ajenos a la opresión del calor, y bajó la mirada para evitar cualquier contacto visual. El tintineo de la vajilla en una terraza cercana le recordó, con una punzada de hambre, que no había probado bocado desde el desayuno. Sus labios estaban secos, agrietados por la sal, y el sabor del metal en su boca le confirmaba que la migraña acechaba, paciente, en el umbral de su consciencia.

Finalmente, divisó un alero que proyectaba una sombra profunda sobre una tienda de ultramarinos cerrada. Se refugió allí, dejándose caer contra el marco de madera de la entrada. La sombra era un alivio, un bálsamo para sus ojos irritados. El cloqueo de la vajilla se hizo más tenue y el murmullo de la rambla se filtró apenas como un susurro. Aquí, protegida de la luz directa, pudo por fin soltar el aire que contenía. Sus dedos recorrieron el lomo de la libreta roja, buscando una conexión, un ancla.

¿Ya no era la misma de antes, verdad? Se observó las uñas, un poco mordidas, y recordó las tardes de su infancia, cuando Caboalto parecía un lugar detenido en el tiempo, un refugio donde las horas tenían otra consistencia. Ahora, todo le parecía una representación, una puesta en escena de la que ella solo quería escapar. Incluso el marisqueo, esa actividad tradicional de recolección de moluscos y crustáceos en la zona intermareal que practicaban las mujeres del pueblo, le parecía ahora un acto extraño, lejano. Observó a una mujer pasar al fondo, con sus botas de agua y su capazo, y se sintió desconectada, como si su propia historia en este lugar se hubiera erosionado tanto como la piedra de los acantilados.

La sombra del alero era fresca, un alivio para la piel recalentada. Se frotó las sienes con las yemas de los dedos, tratando de deshacer el nudo de tensión que le apretaba el cráneo. La vida en Madrid, con sus exigencias y sus silencios impuestos, parecía haber dejado una huella demasiado profunda. Aquí, en el frescor precario de un rincón olvidado, Lucía intentó estabilizar su pensamiento, obligándose a contar los segundos entre los parpadeos de aquel cartel de neón que seguía zumbando al otro lado de la calle. Era un ejercicio inútil, pero la ayudaba a no pensar en el regreso, a no pensar en lo que su madre estaría planeando mientras ella se escondía del sol.

Se quedó allí un tiempo, observando el fluir constante de los veraneantes, una corriente humana que iba y venía sin detenerse a mirar las grietas en las fachadas. Ella, sin embargo, las veía todas. Veía cómo el salitre se comía los marcos de las ventanas, cómo el sol descoloría las persianas, cómo el tiempo, ese escultor implacable, trabajaba sin descanso sobre la villa. Se sintió parte de ese proceso, una estructura sometida al desgaste, esperando el momento en que, finalmente, pudiera encontrar un lugar donde no necesitara protegerse. ¿No sería mejor simplemente dejarse llevar? Ya, supongo que a veces no queda otra, murmuró para sí misma, con la voz apenas audible. El alivio llegó lentamente, una calma fina que empezó a templar el ritmo de su pulso, permitiéndole, por primera vez en muchas horas, respirar sin sentir que el mundo entero se le venía encima.

* * *

El aire del puerto pesquero tenía un peso tangible, una mezcla de brisa oceánica, gasóleo y la podredumbre dulce de las algas que la marea baja dejaba expuestas. Lucía se ajustó la chaqueta, sintiendo

cómo la humedad se le pegaba a la piel como una segunda capa, tan pegajosa como el recuerdo de sus últimos meses en Madrid. A su alrededor, la vida seguía su curso lento: los barcos oscilaban con una cadencia hipnótica, chocando sus cascos de madera contra las defensas de caucho con un sonido sordo, rítmico, casi como un latido constante. Unas gaviotas planeaban sobre las redes amontonadas, soltando graznidos agudos que se perdían entre el trajín de los marineros. A unos pasos, un viejo pescador escupió al suelo y se limpió las manos en un mono deslucido, ignorando el mundo mientras bregaba con un cabo que se había enredado. Lucía se llevó una mano a la sien; todavía le quedaba un resquicio de aquella migraña que la había perseguido durante el viaje, un dolor que se sentía como una placa tectónica desplazándose bajo su cráneo.

Olalla se separó del grupo de mujeres que remendaban las redes con una agilidad pasmosa. Se acercó a ella con su andar seguro, sin detenerse a esquivar los charcos de agua salada que salpicaban el muelle. Cuando estuvo a su altura, le dedicó esa sonrisa que Lucía recordaba haber visto desde que eran niñas, una expresión abierta que parecía no conocer la palabra ocultar.

—¡Lucía! —exclamó Olalla, quitándose un mechón de pelo rebelde de la frente—. Por un momento he pensado que eras una de esas turistas que se pierden buscando la oficina de turismo, ¿sabes?

Lucía sintió que sus hombros se relajaban un milímetro. La cercanía de su amiga era una constante, una roca firme en medio de su propio desvarío interno.

—No, no me he perdido —respondió Lucía, intentando sonreír—. Solo estaba mirando cómo el puerto parece haberse quedado estancado en el tiempo. Todo sigue igual, ¿verdad?

—Bueno, igual, igual... ya sabes cómo es esto. Los barcos envejecen, la gente se queja de lo mismo y en fin, el verano siempre trae el mismo barullo. ¿Qué tal estás? Te noto un poco... no sé, como si hubieras dejado parte de ti en la carretera.

Lucía miró hacia el agua, donde el reflejo del cielo gris se fragmentaba con cada movimiento del oleaje. Era difícil explicarle a Olalla que su vida en la capital no era más que una disonancia constante, una acumulación de expectativas ajenas que se depositaban en su ánimo como una ganga oscura.

—Estoy bien, de verdad. Es solo el viaje —dijo Lucía, guardando silencio un momento—. A veces, estar aquí, en este puerto que no me guarda las espaldas, me hace ver las cosas de otra manera. Allí todo está tan compartimentado, tan rígido, que al llegar aquí me siento como una estructura que, al quitarle los cimientos, no sabe si derrumbarse o empezar de cero.

Olalla la observó con curiosidad, arqueando una ceja. Se apoyó contra una bolardo de hierro oxidado, cruzándose de brazos.

—Te pones muy profunda, Lucía. Deja de darle vueltas a las cosas. Aquí las cosas son como son, no como quieres que parezcan. ¿Has visto ya a tu abuela?

—Aún no. He preferido bajar primero aquí, a respirar un poco. Necesitaba que el olor a sal me limpiara la cabeza antes de enfrentarme a las paredes de la casona.

—Ya, supongo que te hace falta —dijo Olalla, asintiendo con la cabeza—. Aunque, si te soy sincera, el pueblo no ha cambiado tanto. Siguen las mismas rencillas, el mismo ritmo lento y, ¿sabes?, creo que a veces nos viene bien olvidar lo que pasa fuera.

Lucía asintió, aunque el nudo en su estómago no se deshacía. El contraste entre la sencillez de Olalla y la complejidad de sus propios miedos era abismal. Mientras su amiga le contaba alguna anécdota sobre el último marisqueo de la semana, Lucía observaba las grietas en el cemento del muelle. Le fascinaba cómo la naturaleza se filtraba por cualquier rendija, reclamando su lugar en medio de la construcción humana. Ella misma se sentía así, una estructura agrietada que intentaba contener todo lo que había traído desde Madrid sin que nadie lo notara.

—¿Te quedas mucho tiempo? —preguntó Olalla, mirándola fijamente.

Lucía bajó la vista, notando una pequeña mota de polvo en su chaqueta que intentó sacudir en vano. Su libreta roja, oculta en el fondo de su bolso, le pesaba como si contuviera todo el peso de su insatisfacción.

—No sé —admitió con voz baja—. Supongo que depende de muchas cosas. En Madrid... bueno, las cosas no han salido exactamente como esperaba. Todos tenían una idea muy clara de quién debía ser yo, de qué debía hacer, y yo simplemente me he sentido desorientada, Olalla. Como si estuviera interpretando un papel que ya no me queda bien.

Olalla se quedó callada, respetando el silencio. De repente, una ráfaga de viento levantó una bolsa de plástico vacía que bailó por el muelle antes de hundirse en el agua.

—Pues aquí nadie te va a pedir que interpretes nada —dijo Olalla con naturalidad—. Aquí solo tienes que ser tú, aunque a veces no sepas bien quién es esa persona. En fin, no te agobies. Si necesitas aire, este es el mejor sitio.

Lucía sintió un alivio inmenso al oír aquellas palabras. Por un instante, la armadura que había construido durante meses se resquebrajó, permitiendo que el aire fresco del Cantábrico penetrara hasta el fondo de sus pulmones. No era la solución a sus problemas, ni borraba la incertidumbre sobre el futuro de la casa o los planes de su madre, pero allí, junto a Olalla, el mundo parecía un poco menos hostil.

—Gracias —murmuró Lucía.

—¿Por qué? —preguntó Olalla, encogiéndose de hombros—. Solo digo lo que veo. Ahora, vamos, que si te quedas aquí mucho más tiempo te vas a acabar convirtiendo en parte del paisaje, ¿sabes? Y tu abuela se va a preguntar si te has caído al agua.

Lucía soltó una pequeña risa, la primera en mucho tiempo que no se sentía forzada. Empezaron a caminar hacia la salida del puerto, dejando atrás el golpeteo de los cabos y el olor penetrante del diésel. A pesar de la pesadez que aún arrastraba, el camino hacia la casa parecía un poco más corto, y el aire, aunque seguía siendo frío, ya no le parecía una amenaza, sino un recordatorio de que, a veces, para volver a empezar, hay que aceptar que uno está en constante deriva. Mientras subían por la calle empinada, Lucía se preguntó cuánto tiempo podría mantener esa franqueza antes de que las sombras de su pasado volvieran a reclamar su espacio, pero por ahora, el presente era suficiente. El verano apenas empezaba y, a pesar de todo, Caboalto seguía siendo el único lugar donde podía permitirse, aunque fuera por un momento, ser ella misma.

* * *

Las sombras de la tarde se alargaban sobre el empedrado de la rambla como dedos largos y fríos, trepando por los muros encalados hasta devorar los últimos retazos de luz dorada. Lucía caminaba con paso lento, sintiendo cómo el aire salino, cargado de un rastro metálico que anticipaba una tormenta, le erizaba la piel de los brazos. A cada paso, el murmullo de voces y el cloqueo de la vajilla en las terrazas cercanas le resultaban ajenos, casi insoportables. Se detuvo un instante frente al portón de la casona de Avelina, observando cómo la piedra, castigada por el paso del tiempo y sin protección alguna, parecía reclamar un cuidado que nadie estaba dispuesto a darle. Aquella estructura no era solo un refugio; era una huella de recuerdos que, al igual que los estratos geológicos de los acantilados, contenía las grietas de su propia historia. Suspiró, sintiendo un leve desbarajuste en el ritmo de su respiración, una presión en el pecho que ninguna brisa marina lograba aliviar.

Al empujar el pesado portón, el chirrido de las bisagras metálicas resonó en el vestíbulo, un sonido seco que la recibió con una frialdad casi palpable. Lucía intentó cruzar el recibidor de puntillas, buscando refugio en la penumbra del pasillo, pero sus dedos, aún entumecidos por el frío, se toparon con el borde de un jarrón de porcelana que alguien había dejado desplazado sobre la consola central. El objeto tambaleó, emitiendo un tintineo agudo, y en ese mismo instante, el sonido inconfundible de unos tacones marcando el compás sobre la madera le advirtió que no estaba sola. La rigidez de la casa, su silencio impuesto, se quebró con la presencia de su madre, quien aguardaba al pie de la escalera con la mirada fija en el reloj de pulsera.

—Llegas tarde, Lucía —dijo su madre, sin levantar la vista—. El té se ha enfriado hace media hora y las invitaciones para la cena en el club náutico requieren una respuesta inmediata.

Lucía sintió una punzada en la sien, el prelude familiar de una migraña que siempre parecía acechar cuando la presión se volvía insostenible. —No sabía que el tiempo fuera tan estricto aquí, mamá. Supongo que simplemente me distraje mirando el puerto —respondió, dejando caer la mochila con un golpe sordo que le pareció excesivamente alto en aquel ambiente cargado.

Su madre, sin prestar atención a la disculpa, caminó hacia el salón principal, donde una tarjeta gruesa y satinada descansaba sobre la mesa de caoba. Lucía la siguió, sintiendo que el espacio se estrechaba a su alrededor, como si las paredes de la casona se estuvieran cerrando para evitar que ella encontrara cualquier vía de escape. La tarjeta era una invitación formal a un evento social que, bajo la mirada de su madre, se convertía en una obligación ineludible. Era una arquitectónica construcción de cortesía que Lucía detestaba, un plano diseñado para que ella encajara en un molde que ya no reconocía como propio.

—Tienes que asistir —insistió su madre, extendiendo la mano hacia la invitación con una precisión gélida—. La gente importante de la zona espera conocer a la joven promesa que representará nuestra familia este año. No puedes permitirte un desatino innecesario, Lucía. Debes cumplir con el compromiso social que te corresponde.

—Dudo mucho que me apetezca ir —murmuró Lucía, sintiendo el picor de un pelo rebelde que le caía sobre el labio y le molestaba al hablar. Se lo retiró con un movimiento brusco, buscando una salida, una grieta en aquel discurso—. Ya tengo planes, mamá. Había pen-

sado en pasar la tarde practicando en el Conservatorio Superior de Música, esa institución donde estudio teoría y ejecución instrumental, ¿recuerdas?

La madre arqueó una ceja, ignorando la mención al conservatorio como si fuera un capricho menor. —¿Música? ¿Acaso esperas que el resto de tu vida se base en tocar notas mientras el mundo avanza sin ti? El verano es corto, y esta es la única oportunidad que tienes para consolidar las amistades que te abrirán puertas. Ya no eres una niña que juega a las escondidas entre las rocas.

Lucía cerró los ojos un instante, sintiendo el latido de la migraña intensificarse detrás de sus ojos. La casa, con su corredor encalado y sus muebles antiguos, le parecía ahora una jaula de cristal. Cada rincón guardaba un objeto, un recuerdo de su abuela, que su madre trataba como un estorbo, como un lastre que debía ser descartado para aligerar la carga. La sensación de acorralamiento era total; sentía que su vida estaba siendo diseccionada sin que nadie le preguntara si el resultado le agradaba. ¿Cómo explicarle que la inmensidad de la costa era lo único que le daba sentido a su existencia, mientras que los eventos sociales que su madre organizaba eran solo vacío y ruido?

—No necesito que nadie me abra puertas si esas puertas conducen a lugares donde no puedo respirar —dijo Lucía, intentando mantener la voz firme, aunque sus manos temblaban ligeramente—. ¿Es que no ves que este lugar, este verano, es lo único que me queda de verdad?

Su madre no respondió de inmediato. Recogió la invitación y la dejó sobre la mesa con una parsimonia que cortaba el aire. —Lo que tú llamas verdad, Lucía, es solo una etapa de rebeldía sin fundamen-

to. Supongo que te darás cuenta cuando te enfrentes a la realidad de que el mundo no espera a nadie. Mañana por la mañana, irás al club. No acepto un no por respuesta.

La mujer se dio media vuelta y subió las escaleras, dejando a Lucía sola en el salón. La joven se dejó caer en el sofá, sintiendo el frío del tejido contra su espalda. La casa estaba en silencio, un silencio que pesaba más que cualquier grito. Buscó en el bolsillo de su chaqueta la libreta roja, acariciando el cuero gastado de la cubierta con la yema de los dedos. Necesitaba escribir, necesitaba volcar en el papel el desajuste de sus emociones antes de que el dolor de cabeza la inmovilizara por completo. Pero, mientras abría la libreta, se preguntó si incluso sus propias palabras estaban a salvo allí, o si su madre, en su afán de control, también encontraría la forma de invadir aquel último refugio. Se quedó allí, inmóvil, escuchando el lejano sonido de las olas rompiendo contra los cabos, preguntándose si alguna vez lograría romper las amarras que la unían a una vida que no había elegido. La noche avanzaba, y con ella, la certeza de que el verano, lejos de ser un paréntesis, se estaba convirtiendo en el terreno de una batalla que no sabía si estaba preparada para ganar. El sedimento de años de imposiciones familiares parecía enterrarla lentamente, dejándola a la intemperie frente a una madre que, en su búsqueda de perfección, no era capaz de ver la grieta que se abría en el corazón de su propia hija.

La torre de vigilancia lejana

La luz dorada del atardecer se derramaba sobre la playa de Caboalto como si el sol, en su último esfuerzo, quisiera fundir la arena negra y brillante con el horizonte azul plomizo. Lucía caminaba despacio, sintiendo cómo el grano fino de la superficie húmeda se colaba entre sus dedos descalzos. Cada paso dejaba una huella efímera que la marea, con su ritmo constante, se encargaba de borrar. Aquí, el aire sabía a un amargo rocío de olas, una mezcla cruda que le limpiaba los pulmones de todo el humo y la prisa que traía consigo desde Madrid. El murmullo de la rompiente era una cortina de sonido que aislaba sus pensamientos, ocultando los ecos de los reproches de su madre que aún resonaban en su memoria, punzantes como una migraña que se niega a remitir.

Se detuvo un instante, ajustándose el jersey de lana gruesa que empezaba a calar por el frío del viento del norte. Su piel, aún caliente por el sol del día, se estremecía ante la caricia gélida del atardecer. Observó las rocas que flanqueaban la playa, esas moles de piedra oscura que parecían los pilares de una catedral sumergida. Para Lucía, el paisaje no era solo una estampa, sino una geología de estados de ánimo; cada estrato de la costa le recordaba que cualquier estabilidad es, en el fondo, una contradicción necesaria frente

al paso del tiempo. Se sentía como una escoria que el mar había arrastrado hasta allí, lejos de la presión de los círculos sociales que su madre se empeñaba en frecuentar.

Se sentó sobre una roca lisa, sintiendo cómo la humedad calaba en sus vaqueros. Sacó el objeto de su mochila, acariciando el cuero gastado de la tapa. Era su refugio, el único lugar donde podía permitirse ser algo distinto a la hija que todos esperaban que fuera. ¿No era acaso extraño cómo los lugares cambian según la compañía? Madrid le parecía ahora una construcción lógica, un plano arquitectónico rígido donde no había espacio para la dispersión. Aquí, en cambio, el vacío era una invitación. Suspiró, dejando que la brisa le despeinara el cabello, y cerró los ojos, intentando que su respiración se sincronizara con el vaivén del océano. Sin embargo, su paz se vio interrumpida por una sombra que se recortaba contra el cielo encendido.

A pocos metros, alzándose como una centinela solitaria, la torre de vigilancia de los socorristas dominaba el tramo más limpio de la arena. Lucía entornó los ojos. Allí, en lo alto, una figura inmóvil observaba el mar. No era un turista, ni alguien que buscara la misma soledad que ella; era una presencia demasiado deliberada. Al fijarse mejor, reconoció la postura, la forma en que los hombros se inclinaban con una elegancia contenida. Era Iago.

La decepción le recorrió el pecho, seguida de una extraña punzada de amargura. Había buscado aquel rincón para evitar las miradas, para dejar de sentirse observada por los ojos críticos de su entorno, y ahí estaba él, el socorrista que, a pesar de sus mundos tan distintos, parecía estar siempre presente en los márgenes de su verano. Él, que dedicaba sus tardes a la práctica de la trompeta y que soñaba con entrar en el Conservatorio Superior de Música —ese

centro de enseñanza artística de máximo nivel donde Iago aspiraba a formarse como músico profesional de jazz—, ahora parecía formar parte del mobiliario de la playa.

Lo vio moverse, ajustando algo en la barandilla. Lucía se sintió expuesta, como si el propio aire se hubiera vuelto transparente. Ella pertenecía a un mundo de expectativas y contratos tácitos, mientras que él pertenecía al mar, al marisqueo y a la sencillez de una vida que ella solo podía observar desde el vacío de su propia crisis. No se acercó. Sabía que, si lo hacía, la barrera entre ambos se volvería más palpable, más sólida. Él estaba allí, en su puesto, cumpliendo una función que ella nunca entendería realmente.

Se quedó observándolo desde lejos, oculta tras una duna pequeña. El sonido de la trompeta —o al menos la idea de su sonido— le pareció que flotaba en el viento, aunque sabía que era solo una proyección de su mente. Iago era el recordatorio viviente de que, incluso en el lugar más recóndito, no existen los escapes puros. Las divisiones sociales, esos límites invisibles que ambos habían pactado no cruzar, se alzaban como muros más infranqueables que las propias rocas de Caboalto.

Se pasó una mano por la cara, sintiendo la textura áspera de la arena en la mejilla. Tenía hambre, un vacío en el estómago que no era solo físico, sino una demanda de algo auténtico. Se guardó la libreta y se puso en pie, sacudiéndose el polvo de los pantalones con un gesto seco. Ya. No merecía la pena seguir dándole vueltas a lo que no podía cambiar. Iago no bajó de la torre, ni hizo gesto alguno de haberla visto, lo que, de alguna manera, le dolió más que si la hubiera ignorado a propósito. Era una indiferencia que le recordaba su propia irrelevancia en aquel paisaje que él dominaba con tanta naturalidad.

Se dio la vuelta, empezando a caminar de regreso hacia la propiedad principal. Sus pies se hundían en la arena húmeda, y cada paso le parecía más pesado que el anterior. El sol ya se había ocultado tras el cabo, dejando tras de sí un rastro violáceo en el cielo. La estructura, con su corredor encalado, le esperaba como un recordatorio de que aquel verano pronto sería solo un recuerdo, una serie de páginas escritas en rojo que alguien, algún día, podría encontrar. Suspiró, preguntándose si alguna vez lograría encontrar un lugar que no le exigiera ser la versión de sí misma que otros habían diseñado. En la distancia, el mar seguía golpeando los acantilados, ignorante de sus dudas, indiferente a su presencia, envolviéndolo todo en un salitre que sabía a despedida. No sabía cuánto tiempo más aguantaría la farsa de Madrid, ni cuánto tardaría su madre en decidir el destino de las tierras y borrar cualquier rastro de la familia en Caboalto. Pero, por ahora, solo le quedaba seguir caminando, sintiendo el frío del agua que le salpicaba los tobillos, un recordatorio constante de que, aunque intentara huir, siempre volvería al mismo punto de partida. Supongo que nunca es suficiente con estar cerca del mar si no puedes sentirte parte de él.

* * *

El sol de mediodía caía a plomo sobre la extensión de arena oscura de Caboalto, convirtiendo la playa en una superficie que vibraba bajo un espejismo de calor. La reverberación del aire sobre el suelo negro era casi física, un temblor que borraba los contornos del horizonte y transformaba el mar en una lámina de metal fundido. A Lucía le pesaban los párpados y sentía una punzada de migraña instalándose justo detrás de la sien derecha, un recordatorio agudo de la luz implacable. Se ajustó el ala del sombrero, evitando

que el sudor que le bajaba por la nuca le irritara la piel, mientras buscaba refugio visual en la única estructura que rompía la línea monótona de la costa: la torre de socorrismo. Aquella construcción de madera, desgastada por el tacto áspero del océano y el tiempo, se alzaba como una torre de vigilancia en un terreno hostil, y ella sintió una extrañeza interna al observar cómo la silueta que la ocupaba parecía encajar allí con una precisión casi geológica.

Recordaba el primer día que lo vio, un instante fugaz en el que el joven socorrista, Iago, se recortaba contra el cielo plomizo mientras bajaba de la plataforma. Entonces, aquel encuentro le pareció un simple detalle del entorno, un elemento más de la estampa marinera que su familia tanto idealizaba. Ahora, sin embargo, el recuerdo le devolvía una imagen cargada de una extraña gravedad. Lucía apretó su libreta roja contra el pecho, sintiendo el relieve del papel bajo sus dedos, un apoyo firme contra la falta de amparo de sus propios pensamientos. No sabía si la fascinación que sentía era producto del hastío o de algo más profundo que se resistía a nombrar, una pérdida de rumbo que la alejaba cada vez más de las expectativas que Madrid proyectaba sobre ella.

Iago se movía con una soltura que a ella le resultaba ajena. Desde su posición, Lucía observaba cómo el chico ajustaba los prismáticos, escudriñando la orilla con una concentración que no permitía distracciones. Sus gestos eran mínimos, económicos, una coreografía aprendida en el ejercicio de su labor. Había una diferencia insalvable entre ellos, una fractura que se manifestaba en la manera en que él pisaba la arena, como si la base del mundo bajo sus pies fuera una extensión natural de su cuerpo, mientras que ella caminaba con la cautela de quien teme estropear un suelo ajeno. Él pertenecía a la

estructura misma de la bahía, era parte de su cimientos, mientras que ella se sentía como un añadido arquitectónico que no terminaba de consolidarse en aquel paisaje.

¿Era esa línea de arena, que separaba la zona de baño de la duna, un simple límite geográfico o una frontera social que jamás podría cruzar? Lucía se preguntó si existía alguna manera de salvar ese abismo, o si simplemente estaba condenada a observar la vida desde la barrera. Suspiró, sintiendo un sabor amargo en la lengua, como si la sal del ambiente se hubiera filtrado en su boca. La idea de volver a la casa de Avelina, donde el silencio de las habitaciones vacías le pesaba más que el ruido de la gente, le provocaba una inquietud constante. Allí, cada objeto, desde los platos de porcelana hasta las cortinas de lino, parecía estar a la espera de un destino que ella no controlaba.

De pronto, un movimiento en la torre rompió la monotonía. Iago dejó los prismáticos sobre la barandilla y descendió de la estructura con una rapidez que la sorprendió. Se lanzó hacia la orilla para socorrer a un bañista que parecía haber perdido el equilibrio en el rompiente. Lucía contuvo el aliento, observando la escena con una intensidad que la dejó inmóvil. El socorrista no vaciló; su intervención fue directa, desprovista de cualquier gesto innecesario, una respuesta casi refleja ante la dificultad ajena. Cuando ayudó al hombre a levantarse y le dedicó una palabra breve, un gesto de complicidad que suavizó la seriedad de su rostro, ella sintió que una capa de su percepción se agrietaba. No era solo el guardián estoico que ella había imaginado; había en él un matiz de humanidad que no esperaba hallar en alguien tan habituado a la vigilancia del mar.

—Fíjate, siempre hay alguien que olvida que el mar dista mucho de ser un parque —dijo Iago cuando, minutos después, regresó a la base de la torre y se cruzó brevemente con ella mientras caminaba hacia la orilla para recoger un objeto perdido por un niño.

Iago se sobresaltó, sin esperar una interacción directa. Sus ojos se encontraron durante un segundo cargado de una tensión eléctrica, un instante en el que el ruido de las olas pareció cesar por completo. Ella no se detuvo, pero su mirada fue un reconocimiento tácito de que él no era invisible en aquel lugar.

—Tú verás si te acercas demasiado a la marea cuando empieza a subir —añadió él, con un tono terco que no admitía réplicas, señalando con la barbilla la espuma que comenzaba a lamer sus sandalias.

Lucía asintió, incapaz de articular una respuesta ingeniosa. Se sintió expuesta, como si el socorrista pudiera leer en su rostro la confusión que la dominaba. Mientras él se alejaba de nuevo hacia su puesto, ella se quedó allí, sintiendo el viento cambiar de dirección. Una ráfaga fresca, cargada de yodo y salitre, arrastró el murmullo de los bañistas y la obligó a reaccionar. El sol comenzaba a descender, y las sombras se alargaban, oscureciendo la arena. Era el momento de regresar a la villa, de refugiarse en la casona antes de que la tarde se volviera demasiado fría.

Se giró hacia el camino que subía por el acantilado, sintiendo el peso de su libreta roja una vez más. Aquel encuentro, tan breve y carente de importancia para él, había dejado en ella una huella que le resultaba difícil de ignorar. Mientras caminaba, escuchó el silbido del viento entre las rocas, un sonido que le pareció una advertencia. No sabía si alguna vez lograría entender su lugar en aquel tablero, pero, por primera vez en mucho tiempo, sintió que su presencia en

Caboalto empezaba a tener una dirección, aunque fuera una que aún no lograba comprender del todo. Se llevó una mano a la cara, retirándose un mechón de pelo que el viento le pegaba a la mejilla, y continuó subiendo, dejando atrás el mar y la figura solitaria que velaba por él, esperando que el camino de vuelta fuera suficiente para calmar el desajuste que sentía en el pecho.

* * *

La torre de socorrismo, una construcción de madera recalentada por el sol, crujía con un ritmo sordo bajo el impacto del viento. Desde la seguridad de la duna, Lucía observaba cómo la sombra alargada de la estructura se extendía sobre la arena oscura, una mancha geométrica que parecía querer devorar el espacio donde los bañistas dejaban sus toallas. El olor a protector solar, una mezcla dulzona y pegajosa, se confundía con la humedad de la brisa marina que impregnaba el aire de Caboalto. Lucía se llevó una mano a la mejilla, retirando un grano de arena que se le había quedado pegado al sudor, y sintió cómo el calor le pesaba en los hombros. No era solo la temperatura; era la sensación de estar observando una pieza de arquitectura extraña, un armazón que, a pesar de su sencillez, definía la jerarquía de aquel tramo de costa. El viento silbaba entre los tablones, un sonido que le provocaba una discontinuidad constante en su propia percepción del tiempo, como si el reloj se hubiera detenido en una calma tensa.

Recordó aquel primer encuentro en la orilla, cuando la inmensidad del Cantábrico parecía empequeñecer cualquier otra preocupación. Entonces, el roce de sus miradas le había parecido una posibilidad, una fisura por la que colarse en una vida distinta. Sin embargo, conforme los días pasaban, la barrera invisible que los separaba

se había solidificado, acumulándose como una costra difícil de ignorar. Cada gesto de Iago —la forma en que ajustaba su silbato, la tensión de sus músculos bajo la piel bronceada— le recordaba a Lucía que ella era una visitante en un mundo que no le pertenecía, una espectadora ante una realidad tallada en roca y marea. La brecha no era una cuestión de metros, sino de mundos que, aunque compartían el mismo oxígeno, respiraban de manera distinta.

¿Era su estancia en la casona de Avelina una huida o simplemente un tránsito hacia una desilusión más profunda? En Madrid, la vida seguía un esquema tan rígido que cada minuto se sentía como un examen. Mateo y sus amigos solían hablar de proyectos y metas con una certeza que a ella le causaba náuseas; aquí, en cambio, la vida parecía estar en un vaivén constante, supeditada a los caprichos del mar. Lucía apretó los dedos contra la tela de su falda. Se preguntaba si su búsqueda de autenticidad en Caboalto era tan solo una fantasía de alguien acostumbrada a tenerlo todo servido. Iago, con su trompeta y su necesidad de sonar, poseía una convicción que ella jamás había logrado encontrar en los salones de su familia. Él no esperaba que nadie le resolviera nada.

Desde su atalaya, Iago escaneaba el oleaje con una eficiencia mecánica. Sus ojos, fijos en la línea de flotación, se movían con una cadencia que no admitía dudas. Cada vez que alzaba los prismáticos, Lucía sentía que él no solo observaba el agua, sino que medía el mundo con una vara que ella no sabía manejar. No había en él rastro de la duda que a ella le carcomía las entrañas cada vez que pensaba en la casa de Avelina o en las llamadas de su madre. Él era parte del paisaje, un elemento tan natural y necesario como los acantilados

que flanqueaban la playa. Lucía se sintió expuesta en su quietud, una intrusa que observaba este desamparo desde una distancia que se antojaba infinita.

—¡Fíjate bien en la corriente, que hoy trae fuerza! —exclamó Iago de repente, bajando los prismáticos y señalando hacia una zona donde las olas rompían con una violencia sorda.

Lucía dio un pequeño salto, sorprendida por la irrupción de su voz en aquel silencio cargado. Él no la miraba a ella; su atención seguía puesta en el agua, en ese punto donde la seguridad se volvía frágil.

—Ya veo —respondió Lucía, intentando que su tono sonara natural—. Parece que el mar no quiere que nadie se confíe hoy.

Iago se encogió de hombros, manteniendo la mirada fija en el horizonte.

—El mar nunca nos pide permiso, tú verás. Aquí o aprendes a leer las señales o te toca sufrir las consecuencias. No hay términos medios cuando el agua decide marcar su territorio.

Lucía asintió, aunque sabía que él no podía verla con claridad. La conversación, tan breve, confirmaba la distancia. Él hablaba con la autoridad de quien conoce cada veta de la madera que pisa, mientras que ella seguía siendo una desconocida para el lugar. Comprendió entonces que el abismo entre ambos no era una casualidad ni un obstáculo que pudiera salvarse con una conversación ingeniosa. Era una estructura firme, una falla geológica que los separaba, obligándoles a habitar esferas irreconciliables. No se trataba de clasismo ni de prejuicios, sino de una verdad cruda: él estaba arraigado al suelo de Caboalto, y ella, por mucho que deseara lo contrario, estaba de paso, condenada a volver a un Madrid que nunca le había ofrecido un lugar donde echar raíces.

Sintió un pinchazo en la sien, el inicio de una de sus migrañas, y se llevó la mano a la frente, buscando alivio en el aire salino. Todo lo que había construido en su cabeza sobre aquel verano, sobre la posibilidad de ser alguien distinto, se desmoronaba ante la evidencia de su propia ajenidad. Se giró hacia el camino que ascendía por el acantilado, sintiendo que cada paso la alejaba más de la torre y de la figura solitaria de Iago. Él seguiría allí, vigilante, mientras ella regresaría a la casona, a sus reflexiones solitarias y al silencio que, al final del día, era su única compañía verdadera. La luz de la tarde comenzaba a teñir las rocas de un color cobrizo, y por un momento, Lucía deseó que el viento se llevara consigo todas las preguntas que aún no se atrevía a escribir en su libreta roja. No había conexión posible, solo el reconocimiento de un desajuste que, tal vez, fuera la única verdad sincera que había encontrado en todo el verano.

CAPÍTULO 4

Hogueras frente a la marea

El horizonte azul plumizo de Caboalto comenzaba a desdibujarse bajo la luz mortecina de los primeros farolillos, que se mecían al capricho de un viento salino y cortante. A medida que avanzábamos por la arena negra, el aroma a yodo se mezclaba con el olor acre de la madera apilada que aguardaba para arder. Era la víspera de la noche de hogueras, esa festividad tradicional celebrada la noche del veinticuatro de junio que marca el inicio oficial de la temporada estival en el pueblo, y el aire cargado de expectación parecía vibrar con una intensidad que me resultaba ajena, casi insoportable. Un grano de arena húmeda se coló en mi sandalia, rozando el empeine con una persistencia molesta, mientras mis dedos buscaban, por puro hábito, el relieve de la libreta roja que guardaba en el bolsillo interior de mi chaqueta.

—No te quedes ahí parada, Lucía, elige algo —dijo Olalla, empujándome ligeramente por el hombro—. Estamos aquí para disfrutar, ¿sabes? Suéltate ese pelo, que pareces una estatua de sal. En fin, no sé por qué te empeñas en esconderte detrás de esa melena.

Me pasé una mano por la nuca, sintiendo la humedad del ambiente pegándose a mi piel. La insistencia de Olalla era un martilleo constante.

—No sé, Olalla —respondí, con la voz apenas audible sobre el rompiente de las olas—. No es que quiera esconderme, es que toda esta gente... me siento como si estuviera en una falla geológica, esperando a que el terreno se desmorone bajo mis pies. Supongo que solo quiero pasar la noche sin ser el centro de atención.

—¿La misma indecisión de siempre? —rio ella, negando con la cabeza mientras ajustaba su pañuelo—. Iago estará allí, ya lo sabes. Va a tocar con la banda antes de que prendan la leña. Si te quedas en la orilla, solo vas a ver el poso de la fiesta, no la corriente real. Deja de darle vueltas a lo que piensen en Madrid y vive un poco.

La fricción entre lo que ellas esperaban de mí y lo que yo realmente sentía se hacía más profundo con cada paso que dábamos hacia la luz de las antorchas. Olalla no comprendía que para mí, aquello no era una simple celebración, sino un equilibrio precario. Yo habitaba la desnudez de una vida que otros habían diseñado, y el miedo a ser juzgada por el grupo me obligaba a construir muros tan altos que apenas podía respirar.

Me detuve un instante, fingiendo que me ajustaba la sandalia para observar el fuego incipiente. Mi mente, sin permiso, retrocedió a aquella tarde en la torre, semanas atrás, cuando divisé a una figura solitaria recortada contra el cielo gris. Era Iago, con su trompeta, practicando notas que parecían escalar las rocas con una melancolía que aún resonaba en mis oídos. Aquella imagen se sentía ahora mucho más nítida, como si el calor de la hoguera que íbamos a alcanzar hubiera derretido la distancia que nos separaba. Me pregunté si él recordaría aquel encuentro furtivo o si, para él, yo no era más que otra veraneante sin sustancia.

—¿Vienes o no? —insistió Olalla, alejándose ya unos metros hacia el círculo humano.

Caminé tras ella, sintiendo cómo el frío del agua me salpicaba los tobillos. Mi inseguridad no era más que un escudo, un intento desesperado por no dejar que la decepción me alcanzara si las cosas no salían como Olalla imaginaba. ¿Era eso lo que quería? ¿O era, en realidad, una negación de mis propios deseos de ser vista, de ser reconocida por alguien que, como Iago, parecía entender que la música y el mar eran los únicos lenguajes que importaban?

Nos adentramos en el bullicio. La gente se agrupaba cerca de las llamas, que empezaban a lamer los troncos de pino con una voracidad que iluminaba los rostros de los vecinos. El ruido de las conversaciones se mezclaba con el silbido del viento, creando una cacofonía que me tensaba los músculos de los hombros. Busqué un hueco entre la multitud, un espacio donde mi presencia fuera invisible, pero Olalla me arrastró hacia una posición más central.

De repente, el ruido bajó de intensidad. Al otro lado de la hoguera, un grupo de músicos se colocaba en un improvisado estrado de madera. Allí estaba él. Iago sostenía su trompeta con una familiaridad pasmosa, como si fuera una extensión de su propio brazo. Sus ojos, oscuros y concentrados, recorrieron la playa antes de fijarse, durante un segundo que pareció dilatarse en el tiempo, en el lugar exacto donde yo me encontraba.

El aire se me quedó atascado en la garganta. No hubo saludo, ni un gesto de reconocimiento evidente, pero el impacto de su mirada me dejó desarmada. Era una conexión física, una certeza que trascendía cualquier protocolo social. Me sentí expuesta, como si el fuego no iluminara solo la madera, sino cada uno de mis pensamientos guardados en la libreta. Intenté desviar la vista, pero fue inútil; mis pies estaban anclados en la arena fría, y el calor de la

hoguera —un incendio que apenas comenzaba a rugir— me envolvía, obligándome a reconocer que, por primera vez en todo el verano, no quería estar en ningún otro lugar.

* * *

La noche de hogueras en Caboalto parecía una arquitectura de luces y sombras superpuestas. Los destellos naranjas que brotaban del centro del círculo de piedra proyectaban perfiles afilados sobre las caras de los vecinos, mientras el estallido seco de la leña de eucalipto —ese sonido punzante de la madera al quebrarse— competía contra el murmullo incesante de la multitud. Lucía se ajustó la chaqueta, sintiendo cómo el frío del Cantábrico se filtraba por las costuras, un recordatorio constante de que su estancia en aquel pueblo era apenas un rastro en la historia de la villa. El aire estaba cargado de aroma a bajamar y humo, y un picor leve en la base del cráneo, el aviso inconfundible de su migraña, le hacía desear que el ruido disminuyera.

Recordó, con una punzada de incomodidad, la vez que lo había divisado desde la torre de la casona. Aquella figura solitaria que oteaba el horizonte le pareció entonces un ser inalcanzable, una pieza de otro tiempo. Ahora, sin embargo, el espacio entre ambos se había reducido a unos pocos pasos, y la barrera que antes le permitía observar desde la distancia se volvía un desamparo que no podía cubrir.

—¡Ven, Lucía, no te quedes ahí como una estatua! —Olalla le tiró del brazo con una insistencia alegre, sorteando a un grupo de pescadores que reían con una jarra de vino en la mano.

Lucía intentó resistirse, pero sus pies se movieron con una docilidad que no le pertenecía. Olalla la arrastró entre los cuerpos, sorteando la inestabilidad que sentía en cada articulación mientras intentaba mantener el equilibrio sobre el terreno irregular de la playa. Se detuvieron justo frente a Iago. Él permanecía de pie, a un costado del improvisado estrado, mirando las llamas con una distancia que parecía hecha de piedra.

—Iago, hombre, deja ya la trompeta y saluda —dijo Olalla, soltando el brazo de Lucía y dándole un ligero empujón hacia adelante—. Esta es la nieta de Avelina, la chica de la que te hablé, ¿sabes?

Iago bajó la vista lentamente, dejando que el metal de su instrumento descansara contra su muslo. Tenía los dedos manchados de aceite y la mandíbula tensa.

—Hola —dijo él, escueto. Su voz era grave, desprovista de cualquier adorno.

Lucía sintió que su fachada de Madrid, esa armadura de palabras educadas y gestos estudiados, se cuarteaba bajo la intensidad de su mirada. Era una mirada que no buscaba aprobación, sino que medía el terreno, como si estuviera calculando la profundidad de una cimentación.

—Hola —respondió ella, forzando una sonrisa que le resultó extraña en los labios—. Ya nos habíamos visto de lejos, supongo.

—Sí, en la torre —replicó Iago, fíjate.

—¿La torre? —Olalla soltó una carcajada, ajena a la tensión que se cortaba con un cuchillo—. En fin, estos dos parecen que se están examinando para un puesto de trabajo. Iago, cuéntale algo de jazz, que está aburrída de tanto escuchar las historias de las viejas de la rambla.

Iago no apartó los ojos de Lucía. Se pasó una mano por el pelo, un gesto mecánico que reveló una cicatriz pequeña en el nudillo.

—No es música para fiestas esto —dijo Iago, señalando con la cabeza hacia el grupo de músicos que empezaban a afinar sus instrumentos—. El jazz exige una escucha, no una charla. Tú verás si tienes paciencia.

Lucía sintió un calor repentino en las mejillas, una mezcla de irritación y una curiosidad que no lograba sofocar. Él no era el tipo de chico que Mateo, con sus trajes impecables y sus conversaciones sobre negocios, habría considerado siquiera digno de una presentación. Pero allí estaba Iago, con la aspereza de las rocas de Caboalto en la voz, negándose a suavizar las aristas de su comportamiento.

—Supongo que la paciencia es algo que se aprende a la fuerza en lugares como este —dijo Lucía, intentando recuperar algo de su compostura—. O quizás simplemente se elige qué cosas merece la pena escuchar.

Iago arqueó una ceja. Por un momento, el ruido de la fiesta, las risas de los vecinos y el crujir de la hoguera parecieron quedar en un segundo plano. La curiosidad de Lucía se transformó en una sensación de vulnerabilidad; él tenía una forma de observar que la obligaba a revisar su propio discurso, a buscar una verdad que no estuviera contaminada por las expectativas de su madre o por las sombras que Madrid proyectaba sobre su futuro.

—Tienes una forma rara de hablar —comentó Iago, acercándose apenas un paso más. El olor a tabaco y aire marino que desprendía era una constante que la desestabilizaba—. Como si estuvieras siempre de paso.

—Es que lo estoy —respondió Lucía, sintiendo un desequilibrio difícil de controlar—. Aquí, en Caboalto, todo parece permanente, pero mi vida es otra cosa.

—Aquí las cosas son como son, no como quieres que parezcan —intervino Olalla, metiéndose entre ambos con una naturalidad pasmosa mientras señalaba hacia el mar—. ¡Mirad, el marisqueo de esta tarde ha dado sus frutos, los cubos están llenos!

Lucía ignoró a Olalla, centrada exclusivamente en la respuesta de Iago. Él esbozó una media sonrisa, una expresión que no llegó a sus ojos oscuros, pero que suavizó por un instante la dureza de su gesto.

—A veces lo que parece permanente es solo una capa de sedimento —dijo Iago, dejando que el silencio volviera a instalarse entre ellos—. Debajo, la roca sigue igual que siempre. Tú verás si te atreves a mirar más profundo que el resto.

El desafío quedó flotando en el aire. Lucía sintió un escalofrío que no tenía nada que ver con el viento de la costa. Se preguntó si él sabía algo de sus miedos, de la fragilidad de su estancia en la casona, o si simplemente estaba jugando con la tensión que ella no podía ocultar. La música de la banda comenzó entonces, una melodía sincopada y vibrante que parecía querer arrebatarse el aire a la noche. Iago se dio la vuelta, preparándose para subir al estrado, dejando a Lucía sola con el eco de sus palabras. ¿Era aquel el inicio de algo real, o solo otro desajuste en un verano que se le escapaba de las manos? Se tocó el bolsillo de la chaqueta, buscando la seguridad de su libreta roja, y se dio cuenta de que, por primera vez, no quería escribir nada. Quería, sencillamente, estar allí, expuesta a la intemperie de la mirada de Iago, esperando a ver qué roca quedaba al descubierto cuando la marea de la fiesta terminara por retirarse.

Olalla retrocedió un paso, ajustándose el chal sobre los hombros mientras escaneaba el tumulto de la noche de hogueras con fingida urgencia. Sus ojos, brillantes por el reflejo de las llamas, se posaron un segundo en Lucía antes de buscar un punto indeterminado entre la multitud. —Perdona, Lucía, pero he visto a los del grupo de la cofradía y me han hecho señas —dijo, soltando una risita nerviosa que se perdió en el crujido de la leña—. No tardo, de verdad, pero es que si no voy ahora, luego será imposible encontrarlos.

Sin esperar una respuesta, Olalla se esfumó en la penumbra festiva, dejando un vacío repentino a espaldas de Lucía. El ambiente, antes cargado de risas compartidas y el murmullo de los conocidos, se contrajo hasta quedar reducido al espacio que ocupaban ella e Iago. El calor de la pira golpeaba el rostro de Lucía, obligándola a apartar la mirada del fuego. Un regusto metálico, el de la ansiedad que le apretaba la garganta, le recordó que aquella cercanía era un terreno inexplorado. A su lado, Iago permanecía inmóvil, con las manos hundidas en los bolsillos de su cazadora vieja. Él no parecía notar la ausencia de Olalla; simplemente observaba cómo las chispas ascendían hacia el cielo nocturno, como si estuviera midiendo el tiempo de combustión de la madera.

Lucía se aclaró la garganta, sintiendo cómo el frío de la brisa marina contrastaba con el bochorno de la hoguera en sus mejillas. Necesitaba romper aquel mutismo, aunque fuera con algo trivial, algo que no requiriera exponer la inestabilidad de sus propios pensamientos.

—¿Mucho trabajo hoy en la torre? —preguntó ella, esforzándose por mantener un tono casual mientras se alisaba la falda.

Iago giró la cabeza lentamente. Sus ojos oscuros, habituados a vigilar la línea del horizonte, tardaron un instante en enfocarla.

—Lo de siempre —respondió él, directo—. Arena, bañistas despistados y el turno que se alarga cuando el sol empieza a bajar. No hay mucho que contar. Fíjate que al final es solo vigilancia.

Lucía asintió, aunque la respuesta le supo a poco. Era una frase hueca, un muro de carga que él levantaba para evitar que ella se acercara demasiado. —Supongo que habrá días más tranquilos que otros —añadió, sintiéndose torpe—. No sé, imagino que la rutina en la playa debe ser distinta cuando no hay tanta gente como hoy.

Iago se encogió de hombros y escupió un trozo de ceniza que le había volado cerca. —La playa no cambia, Lucía. La gente sí. Tú verás si crees que importa el día, pero para mí es solo estar ahí. El mar no entiende de calendarios ni de fiestas.

Lucía guardó silencio, observando la forma en que él se distanciaba. La casa de Avelina, con su jardín en calma y sus paredes de piedra, le pareció en ese momento una estructura demasiado frágil para sostener las diferencias que los separaban. Él venía de la roca y del aliento del Atlántico, de una vida donde el esfuerzo físico era el único cimiento sobre el que construir algo sólido, mientras que ella pertenecía a un mundo de expectativas ajenas y proyectos que su madre decidía en despachos lejanos. Aquel abismo entre ambos no era solo una cuestión de clase, sino una falla geológica que ninguna conversación superficial podría sellar.

Intentó buscar una salida, pero el silencio se volvió pesado, cargado con el resto de todo lo que no se atrevía a decir. Recordó las semanas previas, cuando desde el paseo marítimo observaba la silueta de Iago en la torre. Desde abajo, él parecía un guardián de otro tiempo, una pieza inamovible integrada en el paisaje. Ahora, al

tenerlo a menos de un metro, con el olor a humo y a ropa húmeda, esa imagen se resquebrajaba. No era un icono, era un chico con los nudillos rozados y una forma de mirar que evitaba cualquier concesión a la cercanía.

—A veces paso por delante cuando subo de la playa —dijo ella, buscando desesperadamente un tema que no sonara a interrogatorio—. Se os ve muy concentrados. Me pregunto si no os cansáis de estar siempre alerta, mirando hacia el mismo sitio.

Iago soltó un bufido breve, una risa seca que no alcanzó a ser una sonrisa. —Es el trabajo, nada más. No se trata de cansarse, se trata de no distraerse. Si empiezas a pensar en otras cosas, pierdes el hilo de lo que tienes delante.

Lucía sintió un pinchazo de irritación. ¿Era aquello una advertencia? La forma en que él evitaba cualquier profundidad le recordaba a la frialdad de su madre cuando decidía sobre el futuro de la casa de Avelina, como si todo fuera una cuestión técnica, una gestión de activos sin alma. Ella, sin embargo, se sentía totalmente desprotegida, expuesta a un juicio que no sabía cómo rebatir.

—Supongo que tienes razón —murmuró, jugueteando con el cierre de su bolso—. A veces, una, no sé, se pierde un poco en lo que debería estar haciendo.

Iago no respondió de inmediato. Se quedó mirando una llamareda que cobraba fuerza en el centro de la hoguera, consumiendo los restos de madera seca. La luz le acentuaba las facciones, dándole un aire de dureza que Lucía no sabía cómo interpretar.

—El mar no perdona errores de cálculo —dijo finalmente, volviendo a mirarla—. Aquí aprendes rápido qué es necesario y qué es ruido. Todo lo demás, ya sabes, no sirve de mucho.

La respuesta cerró la puerta a cualquier otra tentativa de diálogo. Lucía entendió, con una claridad amarga, que no había terreno común donde pudieran encontrarse sin que él sintiera que ella estaba invadiendo su territorio. Cada palabra era un intento de construir un puente que él, con su actitud, se encargaba de desmontar pieza a pieza. Se ajustó el cuello de la chaqueta, sintiendo el peso de la noche sobre sus hombros. A lo lejos, la música seguía sonando, una frecuencia que no lograba armonizar con la tensión sorda que compartían frente al calor del fuego. Ya no le quedaban preguntas que no sonaran vacías, y se dio cuenta de que, en ese momento, el silencio era lo único que ambos podían permitirse. Él, fiel a su distancia, siguió mirando hacia el fuego, dejando que el humo se interpusiera entre ambos como una frontera infranqueable.

* * *

El crepitar de la hoguera se volvió el único latido de la noche, un sonido seco que devoraba la madera mientras las chispas ascendían hacia un cielo sin estrellas. Lucía observó cómo el resto del grupo se alejaba en dirección a la bocana del puerto, donde las risas y los gritos se disolvían en el murmullo constante de las olas contra las rocas. Sobre la arena oscura, la luz del fuego proyectaba sombras alargadas que oscilaban con una cadencia hipnótica. Ella se quedó inmóvil, sintiendo un leve hormigueo en las piernas, producto de haber permanecido demasiado tiempo sentada sobre el suelo frío. A su alrededor, el aire estaba saturado de una esencia marina intensa que le dejaba un sabor amargo en los labios, una mezcla cruda de yodo y ceniza que parecía adherirse a su ropa como un resto persistente.

Iago se había marchado sin mirar atrás, con esa zancada firme y decidida propia de quien conoce cada centímetro de su territorio. Lucía aún podía escuchar el eco de su voz, ese tono que cortaba el aire como una hoja de metal, despojado de cualquier calidez. Se recordó a sí misma intentando alargar la conversación, buscando un punto de apoyo en una charla que él, por sistema, reducía a cenizas. Había algo en su forma de decir que el mar no perdonaba los errores que la dejaba desarmada; una convicción que no admitía réplicas. ¿Era acaso una forma de defensa ante lo que ella representaba, o simplemente la honestidad brutal de alguien que no tenía tiempo para las sutilezas de Madrid? Lucía apretó los dedos contra la tela de su chaqueta, notando un pequeño desgarró en el dobladillo que no había advertido antes. La decepción se le instalaba en el pecho como una piedra pesada, una losa que le impedía articular cualquier pensamiento que no estuviera teñido de derrota.

Se preguntó, con esa punzada de duda que le provocaba sus migrañas estacionales, si su acercamiento había sido un error de cálculo. ¿Había sido ingenua al creer que bajo el mismo cielo, ante el mismo fuego, las barreras se desvanecerían? Quizás ella misma era el problema, una pieza que encajaba mal en el paisaje de Caboalto. Se sentía como una arquitectura mal diseñada, con cimientos que no lograban asentarse sobre este terreno tan abrupto. A veces, cuando intentaba ser ella misma, sin las máscaras que su madre le exigía, la realidad le devolvía un silencio denso que no sabía cómo habitar. Ya no era la chica que volvía cada verano con la ilusión intacta; ahora, cada interacción se sentía como una puesta en escena fallida. ¿Era eso lo que él veía? ¿Una brecha entre su forma de hablar y el mundo de redes y nasas que definía su vida?

Al levantarse, una ráfaga de viento helado le golpeó la nuca, obligándola a encogerse de hombros. Caminó unos pasos hacia la orilla, dejando atrás el calor agonizante de las llamas. Sus pies se hundieron en la arena húmeda, que conservaba el frío de la pleamar. Fue entonces cuando, cerca de donde Iago había estado apoyado, algo brilló bajo la luz mortecina del fuego. Se agachó, apartando un poco de arena con el dedo, y encontró una pequeña pieza de latón, un componente de una trompeta que debía haber caído del bolsillo de su chaqueta. Lo tomó entre sus manos; el metal estaba gélido y conservaba la forma curva, un fragmento de su instrumento que le servía para alcanzar esa otra vida que él anhelaba, lejos de los acantilados.

La miró con una mezcla de fascinación y tristeza. Era un objeto pequeño, descontextualizado en medio de la inmensidad de la playa. Al tocarlo, Lucía comprendió la brecha que los separaba: para él, aquel metal era una herramienta, una pieza de un engranaje que le permitiría escapar, mientras que para ella, aquel objeto era la prueba de que él ya estaba en otra parte, incluso cuando estaba presente. No había espacio para ella en su música ni en sus planes. El aislamiento se hizo más profundo, un desamparo que no podía cubrirse con una chaqueta gruesa.

Se guardó el trozo de metal en el bolsillo y se dio la vuelta, iniciando el camino hacia la casona de Avelina. El trayecto de regreso se le hizo eterno, una procesión solitaria bajo la mirada impasible de los muros de piedra de la villa. Al llegar al jardín, se detuvo un segundo ante el corredor encalado. La casa parecía más grande, más ajena, como si ella fuera ya una extraña en el escenario de su propia infancia. Se llevó una mano a la sien, donde el dolor de cabeza comenzaba a latir con insistencia, rítmico y punzante, recla-

mando su atención. Subió las escaleras con lentitud, sintiéndose exhausta. En la penumbra de su habitación, el silencio de la casa le recordó que, al final, solo tenía la libreta roja para depositar sus dudas. Se dejó caer sobre la cama, sin encender la luz, escuchando cómo el viento, fuera, seguía silbando contra los cristales, recordándole que allí, en Caboalto, ella seguía estando, irremediablemente, a merced de las olas.

PARTE 2



Polvo sobre la libreta roja

El aire en la habitación de Lucía se sentía pesado, una capa inerte que se adhería a sus hombros nada más cruzar el umbral. Cerró la puerta tras de sí con un movimiento lento, casi un rito, buscando sellar el refugio frente al eco lejano del puerto de Caboalto. Aquí, el silencio absoluto se filtraba entre las rendijas de la ventana, teñido por esa luz plateada de la tarde que parecía querer detener el tiempo, aunque solo fuera por unos minutos. Se dejó caer sobre el borde de la cama, notando el frescor de las sábanas de algodón contra sus piernas, un alivio pequeño frente a la humedad que todavía arrastraba de la costa. Se frotó la nuca; un leve calambre le advertía de la tensión acumulada tras el largo viaje.

Recordaba la figura de Iago Suárez Cifuentes recortada contra la arena oscura de la playa. Había una distancia física entre ambos que ella misma había alimentado, una grieta necesaria, como una falla tectónica que separa dos capas de roca, para evitar que la realidad de sus mundos colisionara sin remedio. Mientras él miraba hacia el horizonte, ella se había sentido como un fósil inoportuno, fuera de lugar en aquel paisaje que él habitaba con tanta naturalidad. ¿Fue su timidez un escudo o simplemente el miedo a ser leída? Se preguntó si él habría notado la rigidez de su postura cuando sus miradas se cruzaron, o si solo vio a una chica más que huía del sol. No sé si él

entiende que, para mí, el silencio es a veces la única forma de no romperme. Supongo que esa distancia es la vacilación que nos mantiene a salvo, aunque sea una forma de soledad bastante amarga.

Se puso de rodillas sobre la alfombra, frente a la maleta abierta que aún mantenía el caos del trayecto. Apartó con desgana las camisas de lino y los jerséis que su madre había empaquetado con exceso de celo, buscando entre las capas de ropa. Sus dedos, entumecidos por el viaje, encontraron finalmente el tacto rugoso y familiar de la libreta roja, oculta en el fondo, sepultada por el peso de las demás pertenencias como si fuera un lastre de otra vida. Al sacarla, sintió un vuelco en el pecho.

La libreta roja, ese cuaderno personal donde Lucía registra reflexiones íntimas y experiencias que no comparte con nadie más, reposaba ahora sobre sus rodillas. La cubierta, algo gastada por el roce constante, le devolvía una sensación de solidez que el resto de esta propiedad familiar parecía negarle. No había más pretensiones aquí, solo el papel en blanco esperando ser llenado con el peso de lo que no decía en voz alta. Se acomodó contra el edredón, sintiendo cómo la tormenta de sus emociones empezaba a encontrar un cauce a través de la calidez del objeto bajo sus manos.

Ya no había nadie que pudiera interrumpirla. Abrió la primera página, dejando que la pluma se deslizara con una libertad que le resultaba ajena en cualquier otro contexto. Escribió sobre la presión que sentía en las sienes, esa migraña que siempre aparecía cuando las expectativas de sus padres se volvían una pared de carga demasiado alta para ella. Escribir no era solo un desahogo, era su única herramienta real para resistir. Cada palabra que trazaba sobre la hoja era un ladrillo, un intento desesperado de construir algo propio sobre los cimientos que otros habían diseñado para ella.

El anhelo de cambio no era un capricho adolescente, se dio cuenta mientras seguía escribiendo. Era una urgencia vital, un movimiento telúrico que le recorría el cuerpo y que no podía seguir posponiendo en favor de una vida que otros habían trazado en un despacho. Si la casa de Avelina era historia, ella era el presente que se negaba a ser una pieza de museo. Al terminar la página, el silencio de la habitación ya no le parecía una amenaza, sino un espacio necesario, una hoja en blanco que ella, por fin, se atrevía a reclamar. Cerró el cuaderno, sintiendo que el peso de sus hombros disminuía, y se quedó allí, simplemente respirando, consciente de que, por primera vez en mucho tiempo, el desajuste de su vida empezaba a tener sentido en la página escrita.

* * *

El crujido de las tablas del suelo bajo sus pies descalzos resonaba en la penumbra de la habitación como una protesta solitaria. Lucía se detuvo un instante, apoyando una mano en el marco de la ventana, mientras observaba cómo la brisa marina, cargada de una humedad salina, movía con parsimonia los visillos blancos. El puerto, allá abajo, era apenas un centelleo de luces tenues que se perdían en la negrura del Cantábrico. Aquí, la casa de Avelina conservaba un silencio espeso, una quietud que envolvía sus hombros como un manto. Sentía la rigidez de su propia espalda, un peso de tensión acumulada que la brisa no lograba disipar, pero al menos, en este refugio de piedra y madera, el peso no tenía nombre. El aire que entraba por la ventana sabía a hierba seca y a mar, un contraste absoluto con el ambiente aséptico y controlado de la capital. No había ruidos de tráfico, ni el constante zumbido eléctrico que solía acompañar sus noches de migraña en el piso de Madrid. Solo la respiración del mar

contra los acantilados y ese crujido de la madera vieja bajo sus pies, un recordatorio de que, a pesar de todo, ella habitaba un espacio físico, real, ajeno a los planos que sus padres habían dibujado para su existencia.

Se sentó en el borde de la cama, sintiendo la caricia fría de las sábanas de algodón sobre sus muslos. Su existencia le parecía ahora una estructura arquitectónica sin ventanas, un bloque de hormigón donde cada pensamiento debía encajar en un diseño que no le pertenecía. Allí, cada elección era un movimiento táctico, una pieza que debía colocarse con precisión para no alterar la fachada de lo que la familia Calderón esperaba de ella. Recordó la última cena antes de partir, el tintineo de los cubiertos sobre la porcelana y la voz de su padre analizando las perspectivas de su futuro como si hablara de una inversión. Se le cerró el estómago al evocar la sonrisa forzada que tuvo que sostener durante horas, sintiendo cómo su identidad se erosionaba bajo el escrutinio de las miradas de los invitados. En aquel salón, cada gesto estaba medido; aquí, en cambio, la total falta de sostén de sus propios sentimientos parecía menos aterradora. ¿Era acaso posible vivir sin estar constantemente ajustada a un molde? La pregunta se quedó flotando en el aire, sin respuesta. Supongo que nunca me había detenido a pensar en quién sería si nadie estuviera observando el plano de mi vida, reflexionó, mientras acariciaba la cubierta de cuero de la libreta roja con la yema de los dedos.

La memoria de las cenas formales, con su protocolo invisible y sus conversaciones vacías, le provocaba una náusea leve, casi física. En esos eventos, el silencio era un pecado, un error que había que cubrir con palabras huecas sobre el Conservatorio Superior de Música o las próximas vacaciones. Era una deriva constante hacia un

puerto que nunca le gustó. Ahora, al recordar la cara de Mateo, sus palabras insidiosas y esa manera que tenía de invadir su espacio, Lucía sintió un escalofrío. Mateo no entendía de límites; él creía que todo era público, que cualquier parcela de su vida estaba abierta a su interpretación. La idea de que sus pensamientos pudieran ser leídos por alguien como él le resultaba una intrusión intolerable. Por eso el cuaderno era distinto. No era un diario, sino un manifiesto, un lugar donde el lenguaje podía ser libre. No sé si soy capaz de plasmar todo esto, pero al menos es un intento, pensó. La pluma descansaba sobre el papel, y el roce del metal contra la fibra de la hoja le devolvió al presente. (Nota: el texto original contenía 'deriva', sustituir por: Era un viaje forzado hacia un puerto que nunca le gustó.)

Presionó la punta de la pluma contra el papel, dejando que la tinta negra fluyera como un desahogo necesario. Escribió sobre el miedo a la desaparición, sobre cómo el marisqueo en la playa le hacía sentir una conexión con una tierra que sus padres trataban como un activo descartable. Cada trazo era una forma de resistencia. No quería ser la hija que sigue la trayectoria marcada; quería ser alguien que pudiera cambiar de rumbo, alguien que no necesitara una justificación externa para existir. Mientras escribía, notó cómo el cansancio de sus sienes empezaba a ceder. La migraña, que antes la obligaba a refugiarse en la oscuridad total, perdía fuerza al ver sus miedos volcados en el papel. "Ya no soy esa chica que espera las instrucciones", escribió, y al terminar, la frase le devolvió una extraña sensación de alivio. La realidad de Caboalto, con sus piedras, sus mareas y su luz plateada, se filtraba en su escritura, dotándola de una solidez que nunca encontró en los libros de texto o en las lecciones de piano.

La revelación surgió de repente, mientras releía las líneas que acababa de trazar. La escritura no era un refugio, era una herramienta de construcción. Al ver sus palabras allí, sobre la página, Lucía comprendió que no estaba huyendo de nada, sino buscando un suelo firme donde erigir su propia casa. No era una rebelión contra sus padres, era una búsqueda de autonomía. Si la casa de Avelina debía ser vendida, que así fuera, pero los recuerdos, la sensación de la brisa en la cara y el sonido de la trompeta de Iago en la distancia, todo eso formaba parte de un mapa que ella misma estaba trazando. La escritura era el único lugar donde podía ser honesta, donde la asimetría de sus emociones no era un problema a resolver, sino una parte esencial de su identidad. Se quedó mirando la libreta, con la pluma todavía en la mano, sintiendo que, por primera vez, el peso de su propia vida era algo que ella podía sostener, algo que no le dolía tanto. La noche avanzaba, y fuera, el puerto seguía su ritmo, ajeno a los descubrimientos que ella acababa de anotar, pero eso no importaba. Lo importante es que ahora tengo un sitio donde depositar mis dudas, pensó. Cerró el cuaderno con un chasquido suave, y el silencio de la habitación, lejos de parecerle una amenaza, se sintió como una promesa cumplida. Se recostó en la cama, dejando que el cansancio le cerrara los párpados, sabiendo que mañana tendría una nueva página, un nuevo espacio para ser quien ella decidiera. Ya era suficiente por hoy.

* * *

Las sombras del atardecer se estiraban sobre las paredes encaladas como dedos largos y pacientes, reclamando cada rincón de la habitación. Desde el puerto, un murmullo constante y sordo, el sonido del mar batiéndose contra las rocas y el tintineo metálico de

los cabos golpeando los mástiles, se filtraba por las rendijas de la ventana, tejiendo una red sonora que envolvía la casa de Avelina. Lucía permanecía inmóvil, observando cómo la luz plateada de la tarde se desvanecía, dejando el aire teñido de un azul cobalto que traía consigo el olor a hierba seca y el rastro de la marea. El silencio de la estancia era absoluto, solo interrumpido por el roce de su propio vestido contra la madera antigua del escritorio. Sentía un hormigueo persistente en la punta de los dedos, un resto de la tensión con la que había apretado la pluma, y una ligera opresión en las sienes.

Sobre la superficie del mueble, la libreta roja destacaba como un latido vivo en medio de la penumbra. Lucía posó la mirada en el objeto de cuero carmesí, recordando el primer día, aquel instante en el que, incapaz de articular palabra alguna ante el peso de las expectativas ajenas, abrió por primera vez las hojas en blanco. Entonces, escribir se sentía como un acto de rebeldía silenciosa, una forma de depositar sus dudas lejos de los ojos de quienes buscaban en ella una heredera de sus propios deseos. El cuero, suave y ligeramente desgastado, conservaba el calor de sus manos. Al tocarlo, no pudo evitar recordar el inicio de aquel proceso de volcado: la vacilación inicial, el miedo a que las palabras se volvieran contra ella, y finalmente, la liberación que suponía ver sus verdades plasmadas en el papel, fuera del alcance de la mirada ajena. Era como si cada página fuera una capa geológica, una marca de su pensamiento que, una vez depositada, ya no podía ser retirada ni modificada sin dejar una cicatriz en el proceso.

Recorrió con la mirada los párrafos que acababa de redactar. Las líneas trazadas con tinta azul le resultaron, por momentos, extrañas, como si hubieran sido escritas por alguien que habitaba en ella pero

a quien apenas empezaba a conocer. Al leer sus propias confesiones, sintió un escalofrío que le recorrió la espalda, una punzada de pavor al comprender que no había camino de retorno. Nombrar su propia insatisfacción, señalar las grietas de su vida en Madrid y reconocer que Caboalto, con toda su sencillez, ofrecía una realidad más próxima a su esencia, era un paso irreversible. Ya no podía fingir ignorancia; las palabras estaban allí, fijas, obligándola a habitar la verdad que había construido en el desamparo de su propia conciencia. Cada frase le recordaba que la vida que le habían diseñado en la capital era una estructura fallida, una fachada que empezaba a cuartearse ante la presión de su nueva honestidad.

En el ritmo de sus oraciones, Lucía halló una faceta de su carácter que hasta entonces le había sido vedada. Había una fortaleza inusual en la manera en que describía su negativa a encajar, una firmeza que contrastaba radicalmente con la imagen de fragilidad que solían asignarle cuando regresaba a los círculos sociales que frecuentaba su familia. Ella no era la joven dócil que sus padres esperaban; era alguien capaz de observar la desorientación de su propio destino y decidir, por fin, que no quería seguir el cauce marcado por otros. Aquella revelación no fue un estallido, sino un reconocimiento lento y profundo, una certeza que se asentó en su pecho como una piedra en el fondo de un pozo. Se dio cuenta de que su voz, al menos sobre el papel, poseía una solidez que la protegía de las tormentas externas.

Se puso en pie y caminó hacia la ventana, sintiendo el frescor de las sábanas de algodón al rozar sus piernas. Un vecino, en alguna casa cercana, golpeó una puerta, y un perro ladró dos veces antes de quedar sumido de nuevo en el silencio. Con un gesto cargado de una determinación que le resultaba sorprendente, regresó al escritorio.

Tomó la pluma, sintiendo su peso equilibrado entre sus dedos, y abrió la libreta roja por la siguiente página limpia. No buscaba excusas ni explicaciones para nadie más; el compromiso era con ella misma.

«No voy a ser la pieza que encaje en el tablero que han dispuesto», escribió, sintiendo cómo el papel absorbía la tinta con una avidez que le devolvía la seguridad. Cada palabra era un ladrillo. Pensó en la música de Iago, en la forma en que él también parecía buscar su propio lenguaje más allá de lo que el entorno esperaba de un joven de su origen. Ella también empezaría a trazar su futuro, eligiendo sus propios cimientos, lejos de las exigencias que hasta hoy habían dictado cada uno de sus movimientos. La libreta ya no era solo un refugio, era un puente hacia una nueva versión de sí misma que apenas empezaba a comprender, pero que, por primera vez, no le daba miedo habitar. La noche caía definitivamente sobre el puerto, pero dentro de su habitación, Lucía sentía que acababa de encender una luz propia, una claridad que no dependía de nadie más para mantenerse viva.

CAPÍTULO 6

El sendero hacia la cala

El viento golpeaba el Cabo norte con una insistencia casi física, arrancando jirones de espuma que se confundían con el gris plumizo del cielo. Lucía se ajustó la chaqueta, sintiendo cómo el vaho de las rompientes se pegaba a sus labios con un regusto amargo. Sus dedos, entumecidos por el frío, se aferraron a la barandilla de piedra que delimitaba el camino oficial, un muro de contención construido para turistas que no querían arriesgarse demasiado. Abajo, el mar rugía contra la base del acantilado, una fuerza bruta que parecía querer erosionar la propia historia del lugar. Un calambre recorrió su pantorrilla izquierda, obligándola a cambiar el peso de su cuerpo; la piedra bajo sus botas era áspera y traicionera, una superficie que exigía atención constante.

Desde la lejanía, una figura se recortó contra la silueta de los riscos. Iago caminaba con una soltura que a Lucía le resultaba ajena, casi depredadora. Llevaba la funda de su trompeta colgada al hombro con una naturalidad que hacía que el instrumento pareciera una extensión de su propio cuerpo, un hueso más de su anatomía. No se detuvo hasta estar a pocos pasos de ella, con la respiración tranquila a pesar de la pendiente.

—Es un buen día para que el mar te enseñe su mala leche —dijo él, sin rastro de cortesía impostada. Sus ojos oscuros escanearon la costa con una familiaridad que a ella le hizo sentir, por un instante, como una intrusa—. ¿Qué haces aquí quieta?

Lucía evitó mirarlo directamente, centrando su atención en una veta de cuarzo que atravesaba la roca gris.

—Supongo que buscaba algo de silencio —respondió, dejando que el viento se llevara parte de sus palabras—. Pero el ruido de las olas no deja pensar mucho.

Iago se acercó un poco más. Olía a tabaco de liar y a mar abierto.

—No sé si el silencio es lo que necesitas, o solo estás evitando el ruido de lo que te espera en Madrid. Fíjate en ese sendero de allí — señaló con la barbilla hacia una grieta apenas visible entre dos formaciones rocosas cubiertas de líquenes—. Ese camino es una desviación natural, no está marcado en ninguna guía. Si te atreves, al otro lado el sonido del viento cambia. Es otra frecuencia.

Lucía sintió un nudo en el estómago. La idea de salirse de lo trazado le provocaba un conflicto interno que no sabía cómo gestionar. Había sido educada en la rigidez de las estructuras predecibles, en la arquitectura de las expectativas familiares que siempre terminaban en una mesa puesta para gente que ella no quería conocer.

—¿Por qué me invitas a ir por ahí? —preguntó ella, clavando sus ojos en los de él—. No somos iguales, Iago. Tú conoces cada piedra, cada recoveco. Yo solo soy alguien que está de paso antes de volver a la vida que me han diseñado.

Iago se encogió de hombros, un gesto directo que no dejaba lugar a dudas.

—No te he invitado por quién eres en tu mundo. Te he invitado porque el Cabo norte no entiende de clases ni de expectativas. Allí la roca es igual para todos. Tú verás si prefieres quedarte aquí, sujetándote a una pared que pronto venderán, o ver cómo suena el mundo cuando nadie te mira.

Lucía bajó la mirada a su libreta roja, que asomaba por el bolsillo de su chaqueta. Pensó en Mateo, en su invasión constante, en la forma en que él había roto los límites de su privacidad hasta dejarla sin una pizca de cobijo. Aquel viejo refugio familiar, con su jardín orientado al puerto, se sentía cada vez más pequeño, más lleno de fantasmas y de decisiones ajenas.

—A veces, el silencio dice más que cualquier examen —murmuró, casi para sí misma, recordando las lecciones que había intentado aprender en el Conservatorio Superior de Música antes de darse cuenta de que no quería seguir esa senda.

—Tú verás —repitió él, girándose hacia la senda oculta—. Si decides quedarte, al menos intenta no mirar siempre hacia atrás. Es agotador.

La joven dio un paso vacilante hacia adelante. El suelo bajo sus pies, cubierto de guijarros sueltos, cedió ligeramente, obligándola a buscar el equilibrio. El roce de su mano contra la pared de piedra fue áspero, un recordatorio tangible de que el mundo real no estaba hecho de salones elegantes ni de conversaciones medidas. Recordó su primer encuentro con Iago: una tarde en la que él practicaba junto a la rambla, ajeno a todo, con una intensidad que la había dejado desarmada. Aquel día, la música le había parecido una confesión. Comparado con eso, las cenas sociales en Madrid, con su protocolo asfixiante y sus sonrisas obligadas, se sentían como una farsa.

El aire le golpeó la cara con más fuerza, cargado de sal y de una promesa que no sabía definir. Si daba aquel paso, si seguía a Iago por el sendero no marcado, estaría rompiendo el hilo que la ataba a la voluntad de su madre. La incertidumbre sobre el futuro de la casa de Avelina, de aquellos objetos históricos que guardaban el alma de su abuela, le dolía, pero la perspectiva de una libertad absoluta era un vértigo que empezaba a gustarle.

—¿Es muy difícil el camino? —preguntó ella, con la voz apenas un susurro sobre el rugido del mar.

Iago se detuvo y le tendió una mano. No era un gesto galante, sino una oferta de apoyo, un punto de anclaje frente al vacío.

—Es difícil si tienes miedo a perderte. Pero fíjate, Lucía: una vez que cruzas la primera cresta, ya no hay camino de vuelta igual que el que trajiste.

Lucía respiró hondo, tragando un poco de salitre. Sus músculos, tensos por la fatiga y el estrés de los últimos días, parecieron relajarse ante la perspectiva del riesgo. Estiró la mano y, con un movimiento firme, tomó la de Iago. Su piel estaba fría, pero su agarre era sólido.

Se adentraron juntos en la vereda. El paisaje se transformó rápidamente; las rocas se volvieron más oscuras, casi negras, y el viento, al filtrarse por las grietas estrechas, comenzó a emitir un zumbido grave, similar al de una cuerda tensa de violonchelo. Era un sonido puro, sin artificios. Lucía sintió que, por primera vez en todo el verano, el peso en su pecho disminuía. Ya no había nadie que le dijera cómo debía caminar, qué debía pensar o quién debía ser. Solo estaba la piedra, el mar y la extraña compañía de alguien que no le pedía nada más que su presencia. Cada paso era un desafío, una pequeña victoria contra la inercia de su vida anterior. El miedo

seguía allí, una vibración constante en su interior, pero ahora se mezclaba con una curiosidad feroz que la impulsaba a seguir, adentrándose en el corazón del acantilado, lejos de todo lo que la definía y cerca de lo único que, en ese momento, importaba.

* * *

La brisa marina se transformó en un silbido agudo al colarse por los desfiladeros de roca caliza que bordeaban la costa, un sonido que cortaba el aire con la precisión de una hoja de acero. Lucía sintió el frescor de la cueva al pasar junto a una pared húmeda, una sensación gélida que le puso la carne de gallina a pesar del esfuerzo que le exigía la subida. Aquí, los estratos de la roca parecían columnas de una catedral inacabada, una arquitectura natural que se alzaba sobre ellos desafiando la gravedad. El eco de las olas rebotaba contra las paredes verticales, creando una cacofonía constante que le impedía pensar en nada que no fuera el siguiente apoyo.

—No te pares ahora, Lucía —la voz de Iago llegó desde un saliente superior, clara y sin rastro de cansancio—. Si te quedas quieta, el peso te ganará la partida.

Lucía clavó las uñas en la piedra rugosa, sintiendo cómo el polvo de arenisca le irritaba la piel bajo las yemas de los dedos. Un calambre recorrió su pantorrilla izquierda, obligándola a tensar los músculos para no perder el equilibrio sobre el sendero inclinado. Sus zapatillas resbalaban sobre la piedra lisa, un forcejeo constante entre su voluntad y la realidad traicionera del terreno. Cada movimiento era una negociación con la inercia, un esfuerzo agónico que le dejaba el aliento corto y el sabor a espuma marina pegado al paladar.

—Lo intento —respondió ella, forzando un tono que no delatara su terror—. Solo necesito un segundo para recuperar el aliento.

Iago se volvió hacia ella, apoyado con una ligereza insultante sobre un bloque de piedra que parecía inestable. Señaló con el mentón una grieta en la pared.

—Fíjate en ese hueco, justo ahí. No confíes en la tierra suelta que hay a tu derecha, se desmoronará en cuanto pongas el peso. Tú verás si quieres arriesgarte a un resbalón, pero si apoyas el pie en la roca firme, aguantará.

Lucía asintió, aunque el miedo le palpitaba en las sienes. Sus dedos, entumecidos por el frío, buscaban desesperadamente un agarre que no fuera puro humo. Se preguntó si esta arriesgada cercanía con Iago era el punto de quiebre necesario para abandonar su vida en la capital, ese mundo de cristal donde cada gesto estaba medido y cada palabra tenía un coste oculto. Aquí, colgada de la ladera, la vida se reducía a lo que podías tocar y a lo que podías sostener. La falta de propósito de sus pensamientos, siempre girando en torno a las expectativas de otros, se detuvo ante la urgencia de no caer. ¿Sería posible construir algo nuevo desde este caos, o simplemente estaba huyendo de una jaula para meterse en otra?

—¿Estás bien? —preguntó Iago, interrumpiendo su reflexión con esa brusquedad propia de quien no entiende la duda—. Estás muy callada.

—Ya estoy, ya —dijo Lucía, ignorando el tirón en su costado.

Subió el último metro con una torpeza que le avergonzó, pero al alcanzar la cima del promontorio, el mundo cambió. Se encontraron en un balcón natural, un mirador de roca pura desde donde la cala se desplegaba, virgen y aislada. Abajo, el mar era de un azul tan profundo que parecía un bloque de lapislázuli tallado, rodeado por

una arena dorada que ni siquiera el viento se atrevía a despeinar. No había rastro de huellas, ni de las hogueras que solían dejar restos en otras partes de la costa, solo un silencio inmenso que le golpeó los oídos.

—No sabía que esto existía —murmuró ella, dejando que el alivio le aflojara los hombros—. Es como si estuviéramos en otro lugar.

Iago se sentó al borde del precipicio, dejando que sus piernas colgaran sobre el vacío. Señaló la playa con un gesto despreocupado, como si fuera dueño de aquella inmensidad.

—Nadie viene por aquí. Es demasiado difícil para los turistas que buscan la comodidad del coche y la sombrilla. A veces, la belleza requiere que te manches un poco las manos.

Lucía se sentó a su lado, sintiendo el calor de la piedra bajo sus muslos. Observó cómo el sol empezaba a descender, tiñendo las formaciones rocosas de un naranja casi irreal. Se sentía pequeña, una intrusa en un santuario que no le pertenecía, pero por primera vez en semanas, el dolor en su cabeza, esa migraña que la acompañaba desde su llegada, parecía haber cedido terreno.

—Es extraño —dijo ella, mirando hacia el horizonte—. Siento que, si me quedo aquí demasiado tiempo, me olvidaré de cómo ser la persona que esperan que sea en Madrid.

Iago se encogió de hombros, mirando sus botas desgastadas.

—Eso es porque quizás esa persona no existe fuera de esa ciudad, ¿no crees? A veces nos obligan a usar una máscara tan apretada que terminamos creyendo que es nuestra cara.

Lucía suspiró, sintiendo el picor de una brizna de hierba que se le había quedado pegada al tobillo. Se la quitó con cuidado, observando la simplicidad de aquel gesto frente a la complejidad de su situación. Había algo profundamente honesto en la forma en que Iago

habitaba su propio desorden, sin intentar justificarlo ante nadie. Ella, en cambio, siempre estaba justificándose, buscando una validación que nunca terminaba de llegar.

—Supongo que tienes razón —admitió, permitiéndose un momento de vulnerabilidad—. Pero no es tan fácil empezar de cero cuando el fardo de tantos años te pesa encima.

Iago la miró entonces, y por un segundo, el silencio entre ellos fue tan cargado que Lucía tuvo que apartar la vista. Él no buscaba nada, no exigía respuestas, solo compartía la roca y el viento. Era una tregua, un pequeño paréntesis en el guion que otros habían escrito para ella. Se quedaron allí, viendo cómo la marea empezaba a subir, cubriendo las piedras lisas de la orilla con un murmullo constante y reconfortante. Era la primera vez que no sentía la necesidad de escribir nada en su libreta, porque el momento era lo suficientemente real como para no necesitar ser archivado. Había algo en la inmensidad de aquel lugar que la obligaba a estar presente, sin el lastre de lo que vendría después o el remordimiento de lo que ya había quedado atrás. Se permitió, por fin, respirar sin miedo.

* * *

El vaivén rítmico del oleaje contra las rocas de la Cala oculta marcaba un compás lento, casi hipnótico. Lucía observaba cómo la espuma se deshacía sobre la arena, un encaje blanco que aparecía y desaparecía con una constancia implacable. Cada golpe de agua contra el basalto producía un eco sordo, un murmullo profundo que parecía aislar aquel pequeño rincón del resto de Caboalto. Aquí, el aire sabía a sal y a piedra húmeda, lejos del ruido constante de los coches o las conversaciones impostadas de las cenas en Madrid. Sintió una punzada de hambre en el estómago, un recordatorio ba-

nal de que el tiempo seguía transcurriendo a pesar de la quietud del lugar. Se frotó los brazos, sintiendo la piel erizada por la humedad del ambiente, mientras el sol de la tarde comenzaba a declinar, tiñendo las paredes de piedra de un tono ocre que le recordaba a la arquitectura de las iglesias antiguas. No había nada más que la inmensidad del agua y el sonido constante de las mareas, un compás que parecía borrar, aunque fuera por un instante, la urgencia de los días venideros.

Iago se sentó a una distancia prudente, con un movimiento seco y preciso. Depositó su trompeta sobre la arena, envuelta en una funda de cuero ajada que parecía haber sobrevivido a mil tormentas. Sus manos, callosas y manchadas de restos de agua y roca, se detuvieron un segundo sobre la boquilla antes de soltarla. Evitaba mirar directamente a Lucía, concentrado en alinear el instrumento con la pendiente de la orilla. Se le veía tenso, como si todavía estuviera protegiendo aquel lugar de una intrusión invisible. La luz del atardecer le golpeaba el perfil, resaltando la dureza de su mandíbula y el brillo de sus ojos oscuros, que escrutaban el horizonte con una mezcla de cautela y familiaridad. El goteo de agua que caía desde una fisura en la pared rocosa marcaba un ritmo errático sobre una piedra plana, un sonido metronómico que Iago parecía seguir con la mirada.

—Fíjate —dijo él, rompiendo el silencio tras un largo suspiro—. Es el único sitio donde no tengo que ser el chico de la lonja ni el aspirante a nada. Aquí, el sonido no se pierde entre las paredes de hormigón.

Iago extendió las piernas sobre la arena, dejando que sus botas se hundieran un poco.

—A veces, en el Conservatorio Superior de Música, me siento como un intruso —continuó, con una voz desprovista de cualquier adorno—. Te miden por la marca de tu estuche, por el apellido que llevas o por cómo te sientas en la silla. Aquí, tú verás, solo importo yo y la forma en que el aire atraviesa el metal. Es mi único refugio contra la presión. Si toco mal, solo las gaviotas se quejan. Es una libertad que no tiene precio, aunque sea efímera.

Lucía escuchó cada palabra, sintiendo cómo la franqueza de Iago le provocaba una extraña envidia. Ella, en cambio, siempre cargaba con la sombra de lo que otros esperaban de su futuro. Observó la distancia entre la realidad de Iago y la suya, dos mundos que colisionaban en aquella playa sin terminar de fundirse. En su mente, la vida de Iago se le aparecía como una estructura gótica, compleja pero coherente con su propio suelo, mientras que la suya se sentía como una fachada inestable construida sobre arena, amenazada por la marea de las exigencias maternas. ¿Podría ella también encontrar un lugar así? ¿Un espacio donde su propia identidad no fuera una pieza más de un plan ajeno? Se sintió pequeña bajo la inmensidad del acantilado, una intrusa en la vida de un chico que, a pesar de sus carencias materiales, poseía una soberanía sobre sí mismo que ella nunca había conocido.

—No sé —respondió ella finalmente, bajando la voz hasta casi convertirla en un susurro—. Supongo que mi vida en la capital se siente como una jaula diseñada por otros. Todo está previsto, cada paso, cada decisión.

Se abrazó las rodillas, buscando calor. El aire se volvía más frío conforme la tarde avanzaba, y una brizna de pelo se le pegó a la mejilla sudorosa. Se la apartó con un gesto mecánico, sintiendo la aspereza de sus propias manos.

—A veces me pregunto si alguna vez podré salir de esa inercia —añadió Lucía, mirando a Iago—. Es como si toda mi existencia fuera un guion que me han entregado para que lo memorice. No quiero ser la que ellos esperan. Ni siquiera estoy segura de saber quién soy cuando no tengo a nadie observándome. ¿Tú crees que es posible huir de todo lo que nos han construido encima?

Iago giró la cabeza, observándola esta vez. Su mirada era directa, sin rastro de la ironía que a veces utilizaba para protegerse.

—Tú verás, Lucía —dijo él, y su tono de voz se suavizó—. Nadie te va a regalar la salida. Yo toco porque es la única forma de que mi propia voz no se quede atrapada en mi pecho. Pero fíjate, lo que construyes aquí, en el silencio, es lo único que te pertenece de verdad. El resto es solo ruido.

El murmullo del mar pareció intensificarse, una respuesta constante a sus dudas. Lucía se permitió cerrar los ojos un segundo, sintiendo el peso de la arena bajo ella, un soporte sólido frente a la fragilidad de sus pensamientos. Aquel lugar, oculto tras los cabos, era una tregua necesaria, un espacio donde las preguntas no exigían respuestas inmediatas. Por primera vez, el futuro no le pareció una amenaza, sino un territorio desconocido donde, quizás, algún día podría empezar a caminar sin el lastre de las expectativas ajenas. Iago volvió a coger la trompeta, acariciando el metal con una reverencia que Lucía comprendió perfectamente. Era el peso de su propia verdad, la única que, por el momento, ambos se atrevían a compartir bajo el cielo que empezaba a oscurecerse.

* * *

El sol se hundió tras la línea del horizonte, tiñendo el agua de un gris plomizo que pronto se volvió opaco. En Cabo norte, la luz se desvaneció con una rapidez cruel, dejando paso a una penumbra gélida que se filtraba por las grietas de la piedra. El viento, cargado de una humedad salina que se pegaba a los labios, comenzó a aullar entre las formaciones rocosas, recordándoles que aquel lugar no estaba diseñado para la estancia humana. Lucía se ajustó la chaqueta, sintiendo cómo el frío le erizaba los vellos de los brazos, mientras el rugido del mar contra el acantilado se volvía más profundo, casi primario. No era el frío de las habitaciones climatizadas de Madrid; era un frío húmedo, invasivo, que parecía querer encontrar cualquier hueco bajo la ropa.

Se le escapó un suspiro, un rastro de vaho que se disipó al instante. Recordó, con una punzada en el pecho, el día que estrenó la libreta roja. Estaba sentada en el suelo de su habitación, rodeada de cajas que presagiaban la mudanza, cuando sintió que el peso de las expectativas de su madre y las intrusiones de Mateo Reglero se volvían una losa asfixiante. Aquella primera página no fue un ejercicio de estilo, sino un desahogo desesperado, una forma de trazar cimientos sólidos sobre los cuales reconstruirse. Ahora, sin embargo, aquel refugio privado parecía un cristal agrietado bajo el peso de una mirada ajena. La sensación de ser observada, que tanto detestaba en la capital, se le pegó al cuello como una sombra inoportuna, transformando el alivio de la jornada en una incomodidad palpitante.

Iago, que permanecía apoyado en un saliente de piedra, comenzó a guardar su trompeta en el estuche con una parsimonia que a Lucía le resultó, de repente, insoportable. Él no parecía notar la bajada de temperatura ni el ambiente denso que se había instalado entre ellos.

—Esa libreta roja pesa más que el metal de mi instrumento —dijo Iago, sin mirarla. Su voz cortó el viento con una precisión quirúrgica, desprovista de cualquier calidez—. A veces, cuando te sientas en la cala, el ángulo desde el que te observo me hace pensar en una falla geológica. Todo lo que ocultas parece estar a punto de derrumbarse por el peso de sus propios estratos. Fíjate, las palabras que escribes no son solo tinta, son el residuo de una vida que intentas ocultar a plena vista.

Lucía sintió que un calambre le atenazaba el estómago. Sus dedos se cerraron sobre la correa de la mochila, donde el objeto descansaba como un secreto expuesto.

—¿Qué has dicho? —preguntó Lucía, obligándose a mantener la voz firme, aunque el latido en sus sienes comenzaba a ser rítmico, un anuncio de su migraña—. ¿Desde dónde dices que me observas, Iago?

Él se encogió de hombros, ajustando la cremallera del estuche. El sonido metálico resonó en el silencio del acantilado con una sequedad militar.

—Caboalto es pequeño, Lucía. Aquí las mareas cambian y la gente también. Tú verás lo que haces con tus cosas, pero no creas que los acantilados son mudos. Hay grietas por las que se filtra la verdad, por mucho que intentes sellarlas.

La revelación le golpeó con la fuerza de un impacto físico. La idea de Iago, el socorrista de pocas palabras, escudriñando sus momentos de mayor vulnerabilidad le provocó una náusea repentina. ¿Cuánto tiempo llevaba él vigilando? ¿Qué fragmentos de su intimidad habían sido desenterrados por esa curiosidad silenciosa? La arquitectura de su confianza, construida con tanto esfuerzo durante aquel verano, se desmoronó como un muro mal cimentado.

Lucía sintió el sabor metálico del miedo en la lengua. No era solo que él supiera que escribía; era la forma en que nombraba la libreta, como si hubiera leído el contenido, como si hubiera diseccionado sus miedos más profundos sobre Mateo y la venta de la casa de Ave-lina. Se puso en pie, sintiendo la piedra áspera bajo sus botas, buscando el camino de regreso.

—Tengo que volver —dijo ella, con una brusquedad que apenas pudo controlar—. Se hace tarde.

Iago se giró finalmente. Sus ojos, oscuros bajo la luz mortecina, no mostraban ni arrepentimiento ni disculpa. Mantuvo una distan-cia calculada, un espacio que se sentía como una trinchera.

—El camino es empinado, fíjate donde pisas —dijo él, sin moverse de su sitio—. No querrás que una caída termine de arruinar tu plan de escape. Tú verás si decides dejar de esconderte o si prefieres seguir acumulando polvo en esa libreta.

Lucía no respondió. Se dio la vuelta y comenzó a descender por la senda, sintiendo la mirada de Iago clavada en su espalda como una presión constante. El viento le azotaba el rostro, pero era una molestia menor comparada con la desconfianza que le quemaba las entrañas. Cada paso que daba la alejaba de la falsa paz del acantila-do, pero la sensación de que su secreto ya no le pertenecía exclusiva-mente a ella le pesaba más que cualquier equipaje. Al llegar al sendero más ancho, sus pies se movieron con una rapidez espasmó-dica, casi automática. La seguridad de Caboalto se había esfumado, dejando tras de sí un vacío que ni el rugido del mar ni la inmensidad del cielo podían llenar. Solo quedaba la certeza de que, a partir de ese momento, cada palabra escrita sería un riesgo, y cada mirada de Iago, un recordatorio de que en aquel pueblo, incluso el silencio más profundo tenía oídos.

CAPÍTULO 7

La sombra de la villa alta

El atardecer descendía sobre la zona alta de Caboalto como una losa de bronce fundido. Lucía subía por las calles empedradas, sintiendo cómo el cansancio se le acumulaba en los gemelos, un dolor sordo que le recordaba la falta de costumbre de recorrer estas cuestas. El aire, cargado de una humedad pesada, le erizaba la nuca mientras se apartaba un mechón de pelo de la frente sudorosa. A su alrededor, las fachadas señoriales de piedra gris, antaño orgullosas, parecían ahora muros de contención contra el olvido, erosionadas por el paso de los años como una falla geológica en la roca madre. Buscaba la calma, un respiro del puerto y del murmullo constante que se filtraba por las ventanas de la villa marinera. El roce de la libreta roja contra su costado le servía de ancla, un objeto necesario que guardaba sus secretos más inconfesables.

Al doblar la esquina de la plaza de la iglesia, una sombra se desprendió de un pórtico de granito. La figura era demasiado nítida, demasiado pulida para pertenecer a aquel entorno rústico y desgastado. Mateo Reglero estaba allí, apoyado contra una columna con una naturalidad que le resultó insultante. Llevaba una camisa de lino impecable que parecía no haber sufrido el embate de la tarde, un contraste violento con el entorno de piedra labrada.

—¿En serio te vas a quedar aquí todo el verano, Lucía? —dijo él, sin rastro de duda en su tono—. Básicamente, te has evaporado.

Lucía se detuvo en seco, sintiendo cómo un picor molesto le recorría el antebrazo. Él seguía igual, con esa arrogancia intelectual que siempre le pareció una forma de armadura. Mateo era un cuerpo extraño en aquel paisaje, una pieza de metal cromado dejada caer sobre una excavación arqueológica.

—¿Qué haces aquí, Mateo? —respondió ella, intentando que su voz sonara firme, aunque el latido en sus sienes le advertía de que una migraña podría estar gestándose.

—He venido a buscarte, o sea, es lo lógico, ¿no? Tus padres estaban preocupados. No contestas a los mensajes, no das señales de vida. Madrid te está esperando, Lucía, no te hagas la interesante.

Lucía apretó los dedos contra el lomo de la libreta. La mención de su casa, de su vida anterior, le produjo una náusea inmediata. La estructura de su huida se tambaleaba.

—No necesito que nadie me busque —dijo ella, con una sequedad que le resultó extraña incluso a ella misma—. Estoy bien aquí. Solo buscaba un poco de paz.

Mateo soltó una carcajada breve, casi clínica. Se acercó un paso, invadiendo su espacio vital, y ella notó el olor a colonia cítrica, un aroma que le resultaba ajeno y artificial en aquel pueblo donde el aire siempre olía a tierra húmeda y a los restos de las hogueras que aún humeaban en la memoria de la noche de hogueras, esa festividad de fuego y ritual que marcaba el solsticio en Caboalto.

—¿Paz? ¿En este rincón olvidado? —Mateo sacudió la cabeza, despectivo—. Tus padres han estado hablando con Avelina. Se mantienen informados, básicamente, a través de ella. No puedes esconderte cuando el canal de comunicación sigue abierto.

La noticia le cayó encima como una capa de lodo acumulado tras una crecida. ¿Su abuela? ¿Avelina contándole sus pasos a sus padres? Sintió una punzada en el pecho, una traición a la confianza que ella creía inexpugnable. Mateo la observaba con esa mirada analítica, como si ella fuera un caso de estudio que no terminaba de encajar en su lógica particular.

—¿Has hablado con ella? —preguntó Lucía, sintiendo un sabor metálico en la boca, una mezcla de rabia y decepción.

—Hablé hace un rato. Es una mujer encantadora, aunque un poco anticuada en su forma de ver las cosas. Me ha contado que sales mucho a pasear. Básicamente, pierdes el tiempo.

Lucía sintió que el suelo bajo sus pies se volvía inestable. La arquitectura de su retiro, esa fachada de tranquilidad que ella misma había levantado, se resquebrajaba bajo el peso de este desamparo que Mateo traía consigo. Él no entendía nada; él no veía la belleza en la piedra vieja ni la necesidad de alejarse de los estándares que le imponían en el Conservatorio Superior de Música, ese centro de exigencias donde su talento era solo un dato más en una estadística de éxito.

—No pierdo el tiempo —replicó Lucía, con un hilo de voz que intentaba recuperar su fuerza—. Estoy viviendo. ¿Acaso no entiendes que Madrid no es el centro del universo?

Mateo se encogió de hombros, desinteresado por la intensidad de la respuesta.

—No te pongas tan intensa, es solo una foto de la realidad. Solo digo que la vida no se detiene porque tú te hayas instalado en una casona de tres plantas con corredor encalado.

Lucía le dio la espalda, incapaz de seguir sosteniéndole la mirada. El sol ya casi se había ocultado, dejando solo una franja de luz violeta sobre el horizonte. Sabía que Mateo no se iría fácilmente. Él era constante, un elemento de su vida diseñado para recordarle constantemente lo que sus padres esperaban de ella. La imagen de la libreta roja en su mano le recordó que ella tenía un refugio que él jamás podría alcanzar, un lugar donde sus pensamientos no seguían ninguna lógica de mercado ni se ajustaban a ninguna expectativa académica.

—Vete, Mateo —dijo, sin girarse—. No tengo nada que decirte.

—Ya veremos —respondió él, con una calma que le puso los pelos de punta—. Básicamente, nos veremos en la cena. Avelina ya se está encargando de organizar algo.

Lucía no respondió. Comenzó a caminar de nuevo, ignorando el dolor en sus pies, dejando que la calle se tragara su figura mientras el eco de sus pasos se perdía contra las paredes de piedra. Detrás de ella, Mateo seguía allí, una mancha de modernidad innecesaria en el corazón de Caboalto. Se tocó la sien, donde una pulsación rítmica le confirmaba que la migraña, esa vieja conocida, empezaba a reclamar su espacio, un recordatorio físico de que, incluso en su refugio, la realidad siempre encontraba la manera de fracturar el presente.

* * *

La Villa de los Reglero se alzaba sobre el acantilado como una intrusión calculada. Sus muros immaculados, de un hormigón tan pulido que parecía absorber la luz en lugar de reflejarla, se erguían contra el cielo del atardecer con una frialdad que rechazaba cualquier rastro del aire del norte. Allí no llegaba el olor a leña ni el rumor de las redes siendo arrastradas; solo existía el silencio

absoluto, una ausencia de vida que se sentía como una amenaza. Lucía se detuvo ante la entrada, sintiendo cómo el contraste térmico entre el exterior y el vestíbulo climatizado le provocaba un leve escalofrío. La puerta, una pieza maciza de diseño minimalista, se abrió con una suavidad mecánica que le resultó ofensiva.

Al cruzar el umbral, el aire acondicionado le golpeó el rostro con una sequedad que le reseco la garganta al instante. El vestíbulo era una caja de cristal y piedra donde cada objeto parecía estar ubicado según una coreografía invisible. Lucía sintió el peso de las paredes, una presión que le recordó de inmediato las exigencias de su madre en Madrid, aquel ambiente donde cada gesto debía tener un fin y cada palabra, una justificación. Aquí, el lujo no era una comodidad, sino una forma de vigilancia. Se obligó a avanzar, sintiendo cómo el suelo de mármol le enfriaba las plantas de los pies incluso a través de las suelas de sus sandalias. Necesitaba encontrar un punto de apoyo, pero la estancia carecía de cualquier rincón donde esconderse.

Mateo ya estaba allí, moviéndose con una soltura que le resultaba ajena. Él parecía formar parte del mobiliario, una extensión orgánica de la frialdad que reinaba en la villa. Se acercó a una de las paredes de cristal, que ofrecía una vista panorámica de la costa, y extendió un brazo hacia el horizonte, como si pudiera poseer lo que se extendía más allá de los cristales.

—Mira esto, Lucía. Es la estructura perfecta para consolidar un futuro. O sea, básicamente, este es el lugar donde cualquier persona con ambición querría estar. No puedes pretender esconderte en esa casona de Avelina para siempre —dijo Mateo, manteniendo esa cadencia pausada que siempre utilizaba para marcar su superioridad.

Lucía evitó mirar el paisaje. Sus ojos se fijaron en el borde de una mesa auxiliar, donde una mancha de polvo parecía fuera de lugar, una pequeña fisura en aquella perfección asfixiante. La migraña, que le punzaba en la sien como un martillo rítmico, le dificultaba articular una respuesta.

—No se trata de esconderse, Mateo. Es una cuestión de perspectiva —respondió ella, forzando un tono que sonara equilibrado—. Supongo que no todos buscamos el mismo tipo de solidez en nuestra vida.

—Es una elección ineficiente —continuó él, ignorando su réplica con esa suficiencia académica que tanto le irritaba—. Debes entender que la arquitectura de tu vida no puede sostenerse sobre la nostalgia. O sea, este entorno es el único que garantiza una progresión estable. Básicamente, tus padres lo saben, y es por eso que mantienen las expectativas tan altas respecto a lo que debes lograr.

Lucía sintió una punzada de náusea. Se acercó a una pared donde colgaba un tapiz de seda, una pieza abstracta que parecía carecer de historia. Al estirar la mano, sus dedos rozaron la tela fría y artificial. El contacto le recordó, por contraste, la aspereza de la madera de roble en el corredor de la casa de Avelina. Aquí, todo era una jaula de cristal que Mateo se empeñaba en adornar con palabras vacías.

—No estoy aquí para discutir sobre mi futuro contigo —dijo ella, retirando la mano como si el tapiz quemara—. Ni siquiera sé por qué he venido.

—Has venido porque, en el fondo, reconoces la discordancia entre tu realidad actual y lo que realmente eres —respondió Mateo, acercándose un paso más. Su presencia era como una sombra que invadía su espacio personal, una intrusión que no podía tolerar.

Lucía cerró los ojos un instante. La imagen de Avelina le vino a la mente, la voz de su abuela advirtiéndole sobre cómo sus padres supervisaban cada uno de sus movimientos, incluso desde la distancia. Recordó el día en que Avelina le confesó que las llamadas de su madre no eran solo curiosidad, sino un control estricto que buscaba dismantelar cualquier rastro de independencia que Lucía pudiera haber encontrado en Caboalto. La verdad era una capa de escoria que se acumulaba en su pecho, pesada e inamovible.

—No sé qué esperas de mí —murmuró, sintiendo que el aire de la villa se volvía irrespirable—. ¿Que admita que tienes razón? ¿Que este vacío es mejor que mi casa?

—Solo digo que la realidad es esta, Lucía. No puedes vivir siempre sin un refugio emocional. Tarde o temprano, necesitarás un techo que esté a la altura de lo que se espera de ti.

Lucía abrió los ojos y lo miró. Por un segundo, la frialdad del vestíbulo pareció desvanecerse ante la urgencia de su propia angustia. La farsa de esa tarde, la invitación, la pretensión de que ella podría encajar en ese mundo de cristal, todo se derrumbó. No había nada que negociar.

—Me voy —dijo, dando un paso hacia la salida sin esperar una réplica.

—No seas absurda, la cena apenas va a empezar —insistió Mateo, pero su voz sonaba ahora más lejana, como si el propio espacio se encargara de separar sus mundos.

Lucía no respondió. Sus pasos resonaron con urgencia sobre el suelo pulido mientras se encaminaba hacia la puerta de entrada. Cada segundo que pasaba en ese lugar le parecía una traición a sí misma. Al empujar la puerta y sentir el impacto del aire húmedo y salado de la tarde, un alivio casi físico le recorrió el cuerpo. El

mundo exterior, con su arena oscura y sus rocas desafiantes, le pareció el único lugar real en el que podía respirar, aunque fuera con dolor. Sin mirar atrás, se internó en la oscuridad de la noche, dejando que el silencio opulento de la villa se cerrara tras ella, tan inerte y fría como las ambiciones que Mateo intentaba imponerle. El pulso en su sien continuaba, pero al menos ya no estaba encerrada en aquella simulación de vida perfecta. Caminó rápido, buscando la seguridad del camino que conducía al puerto, alejándose de los muros immaculados, con la única certeza de que su paz no era un recurso que pudiera ser negociado.

* * *

El aire en el interior del salón principal de la villa se sentía pesado, como si el propio oxígeno hubiera sido reemplazado por un denso perfume floral que se adhería a la garganta. El contraste con la brisa que Lucía acababa de abandonar era una afrenta física. Se detuvo sobre la alfombra de lana, sintiendo cómo la rigidez de sus propios hombros delataba la tensión acumulada. A su alrededor, el hormigón pulido y las paredes acristaladas parecían cerrar el cerco sobre ella, transformando el salón en un museo de una vida que le resultaba ajena. Una mota de polvo, atrapada en un rayo de luz artificial que caía desde un foco empotrado, bailaba con una lentitud irritante, recordándole que allí, cada elemento, desde el mobiliario hasta el propio tiempo, estaba bajo una supervisión estricta. Tenía el sabor amargo de la bilis en la lengua, un resto de la migraña que, como un martillo sordo, seguía golpeando detrás de su ojo izquierdo.

Mateo no se movió de inmediato. Se quedó apoyado contra la mesa de centro, observándola con una ceja ligeramente arqueada, esa expresión de suficiencia que siempre le reservaba cuando consideraba que ella estaba siendo «poco razonable».

—¿En serio te vas a quedar aquí todo el verano? —preguntó Mateo, dejando que la pregunta flotara en el ambiente climatizado como una sentencia. Se ajustó los gemelos con una parsimonia estudiada—. Básicamente, estás tirando por la borda todo lo que hemos construido en Madrid. No tiene sentido, Lucía. Esta casa es, o sea, un vestigio de otra época que tus padres ya han decidido dejar atrás.

Lucía apretó los dedos contra la palma de su mano, sintiendo la uña clavarse en la piel; era un recordatorio necesario de su propia carne frente a tanta frialdad.

—No se trata de lo que mis padres decidan, Mateo —respondió ella, obligándose a mantener la voz firme—. Tú hablas de este lugar como si fuera un error, una fisura en el plano que tienes trazado para mí. Pero, para mí, esto es lo único que tiene consistencia.

Mateo soltó una carcajada seca, un sonido desprovisto de humor que rebotó contra las paredes de cristal.

—¿Consistencia? Por favor. Es una villa de pescadores olvidada. Básicamente, te estás escondiendo en un entorno que no ofrece nada más que nostalgia. Madrid te está esperando, no te hagas la interesante. Tenemos los eventos en el Conservatorio Superior de Música, las invitaciones que ya están cursadas... o sea, es una oportunidad que cualquier otra persona mataría por tener. No puedes pretender que ignore que estás perdiendo el tiempo aquí.

Lucía cerró los ojos un instante. El dolor en su cabeza se intensificó, pero su resolución se volvió más nítida. Mateo seguía viendo el mundo como una serie de transacciones, una geología de estatus donde ella era solo una capa más que debía ser pulida.

—Tú no entiendes nada de lo que significa estar aquí —dijo ella, abriendo los ojos y fijándolos en él—. Para ti, este lugar es una falla, algo que debe ser sellado. Pero yo veo las capas, el estrato de historia que esta casona guarda. Lejos de ser un error, constituye un cimientito. Y no, no tengo intención de volver para cumplir con vuestra agenda.

Mateo se enderezó, abandonando su pose relajada. Sus ojos, fríos como el mármol del vestíbulo, recorrieron a Lucía con una mezcla de desconcierto y una irritación apenas contenida.

—¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? Básicamente, estás renunciando a tu posición por un capricho. ¿Qué esperas encontrar? ¿La felicidad en un puerto de mala muerte? O sea, es absurdo. Estás ignorando la realidad de tu propia vida.

Lucía sintió un escalofrío al escuchar sus palabras. Entendió entonces que Mateo no solo intentaba convencerla; él estaba recitando el guion de su madre, de su entorno, de todos aquellos que siempre la habían observado bajo una lente de aumento, esperando que ella encajara en la forma que ellos habían predeterminado. Cada palabra de Mateo era un eco, una repetición de las presiones que la habían sofocado durante años. Él era el portavoz de un mundo que se desmoronaba ante sus ojos, un mundo de superficies perfectas que ocultaban un vacío absoluto.

—No es un capricho —dijo Lucía, dando un paso hacia adelante, invadiendo el espacio personal de Mateo—. Es una elección. Me he pasado toda la vida siendo la pieza que ellos necesitaban mover.

Aquí, en Caboalto, no hay nada que mover. Este refugio no necesita que yo sea nadie. Y, aunque no lo comprendas, eso es lo que me da libertad.

Mateo negó con la cabeza, una expresión de impaciencia cruzando su rostro.

—No te pongas tan intensa, Lucía, es solo una foto. Todo esto se puede solucionar si dejas de lado esta actitud. Básicamente, si regresas, las cosas volverán a ser como antes.

Ella sintió que una oleada de calma la recorría. La distancia entre ellos ya no era solo física; era una fractura tectónica, una ruptura que no tenía reparación posible. Mateo representaba el ruido, la exigencia constante, la vida medida en parámetros que ella ya no estaba dispuesta a cumplir.

—No habrá un «como antes» —sentenció Lucía, con una serenidad que parecía desarmar a Mateo—. Porque nunca estuve realmente allí. Esa chica que tú crees conocer, la que sigue vuestras reglas, esa chica ya no existe. Me he quedado aquí no porque no tuviera otro lugar adonde ir, sino porque este es el único lugar donde no tengo que fingir que soy alguien que no me pertenece.

Mateo abrió la boca para replicar, pero se detuvo al ver la determinación en los ojos de ella. Por primera vez, el lenguaje sofisticado que siempre usaba se le quedó pequeño, inútil ante la convicción de una mujer que había dejado de negociar su propia existencia. Ella se dio la vuelta, con la espalda recta, sintiendo cómo la tensión de la villa se quedaba atrás. Al llegar a la puerta, su mano buscó el pomo. El metal estaba frío, pero al girarlo, el aire de la tarde irrumpió con la fuerza de una promesa. Sin mirar atrás, sin dedicar una palabra más a la figura que se quedaba en la penumbra del salón, Lucía cruzó el umbral. El alivio que la golpeó al sentir la brisa del mar fue

absoluto, una liberación que le recorrió el cuerpo hasta las puntas de los dedos. Ya no había presión, ni expectativas, solo el camino hacia el puerto y el silencio, por fin, de su propia voz.

CAPÍTULO 8

Sueños de trompeta y jazz

El aire en la cantina del puerto era denso, una mezcla pesada de café quemado, tabaco barato y el aroma a lecho marino que siempre se colaba por las rendijas de la madera carcomida. Lucía se detuvo un instante en el umbral, con la mano apoyada en el marco desconchado. Dentro, el murmullo ronco de los pescadores formaba una red constante, un zumbido que parecía amortiguar el estrépito de sus propios pensamientos. Las paredes, cubiertas por capas de cal que se desprendían como escamas de roca, ofrecían una protección tosca. Aquí no había mármol ni los espejos limpios que su madre solía imponer en las propiedades familiares; solo había una calidez ruda que emanaba de la cocina, un vaho que empañaba las bombillas mortecinas y dulcificaba los bordes afilados del mundo.

Caminó entre las mesas, sintiendo cómo la rigidez de sus hombros comenzaba a ceder. Cada paso le costaba, como si llevara las suelas cargadas de barro, pero la presencia de Iago al fondo, en su rincón habitual, funcionaba como un faro. Él estaba sentado con los codos apoyados en la madera desgastada, observando a un grupo de hombres que discutían sobre el último marisqueo con gestos cansados. Cuando sus ojos se encontraron, Iago no se sorprendió; simplemente levantó una ceja y retiró una silla que chirrió violentamente contra el suelo de piedra.

Lucía se sentó, dejando caer el bolso sobre sus rodillas. Le dolía la base del cráneo, una punzada sutil que anunciaba una de sus migrañas estacionales, pero el simple hecho de estar allí, lejos de la presión asfixiante de Mateo, la hacía respirar con una profundidad que no recordaba haber alcanzado en días.

—Te he visto cruzar el muelle —dijo Iago sin preámbulos. Su voz era seca, despojada de cualquier intención de consuelo falso—. Te movías como si estuvieras huyendo de alguien.

Iago deslizó una taza de café hacia ella. El líquido oscuro humeaba, desprendiendo un aroma fuerte que le devolvió un poco de sentido a la realidad. Lucía rodeó la taza con ambas manos, sintiendo el calor penetrar en sus dedos entumecidos.

—Quizá sea huir, o tal vez solo intente que no me alcancen —respondió Lucía, su voz apenas un susurro que se perdía en el tintineo de los vasos cercanos. Miró el café, observando cómo la superficie vibraba levemente por el ruido exterior—. Mateo ha cruzado demasiadas líneas. Supongo que ya no le queda espacio para entender qué es la intimidad.

Iago asintió, mirando hacia la barra. Un cliente se quejó de que el camarero se había olvidado de su pedido, y él respondió con un gesto impaciente antes de volver a mirarla.

—Fíjate en esta gente —dijo Iago, señalando con la barbilla a los pescadores—. Aquí, si alguien se pasa de la raya, la respuesta es inmediata. No hay espacio para las ambigüedades de vuestro mundo. Tú verás qué quieres hacer con él, pero aquí no tiene sitio.

Lucía suspiró, sintiendo que la estructura de su vida, tan parecida a un edificio con los cimientos carcomidos por la sal, crujía ante la idea de volver a enfrentarse a las expectativas ajenas. La presión por regresar al Conservatorio Superior de Música, por integrarse de nuevo en el círculo de Mateo, le parecía una losa.

—Ya no es solo Mateo, Iago. Es todo. Siento que mi propia vida es una cimentación mal planteada, una construcción sobre terreno inestable donde cada decisión se desmorona antes de terminarla —dijo Lucía, intentando articular la inquietud que le oprimía el pecho. Se quedó callada, mirando el poso del café, una mancha oscura que se extendía como una grieta—. Tengo la sensación de que, si no me planto ahora, el resto de mi historia será solo una repetición de lo que ellos han diseñado para mí.

Iago tamborileó con los dedos sobre la madera. No era un hombre de grandes discursos, pero su presencia era un ancla.

—La música no entiende de diseños ajenos, Lucía. O suena o no suena —dijo, dando un trago a su vaso—. Si te quedas aquí, vas a tener que lidiar con más que solo un pesado como ese. Vas a tener que lidiar con el vacío que dejas allí.

—Ya estoy lidiando con eso —replicó ella, encontrando una firmeza inesperada en su voz—. He tomado una decisión. No voy a ceder ante la presión de volver a Madrid este verano. Me quedo en Caboalto. He empezado a escribir en la libreta roja todo lo que necesito recordar para no perder el norte. No importa lo que ellos digan sobre la casa o sobre mi futuro.

Iago la miró fijamente. Sus ojos, oscuros y directos, no buscaban engañarla.

—Tú verás —repitió él, esta vez con una nota de respeto—. Pero ten claro que la gente como ellos no se rinde fácilmente. Fíjate cómo ha cambiado la luz desde que entraste. Ya casi es de noche.

Lucía levantó la vista. A través de la ventana, el cielo se había teñido de un violeta profundo, casi metálico. El bullicio en la cantina no cesaba; al contrario, parecía aumentar a medida que la noche de hogueras se acercaba y los ánimos se encendían con el vino y la camaradería. Ese pequeño caos, ese desorden que ella antes habría considerado un defecto, ahora le parecía la única forma posible de existencia.

Apoyó la barbilla en la mano, dejando que el cansancio le recorriera los brazos. La migraña seguía ahí, un latido intermitente tras sus ojos, pero la tensión mental —esa maraña de hilos que otros habían tejido alrededor de su voluntad— comenzaba a aflojarse. Por primera vez en meses, la brecha entre lo que sentía y lo que debía mostrar se reducía. La libreta roja, oculta en el fondo de su bolso, era el testimonio de esa resistencia. No era solo un objeto, sino un mapa de su propio territorio, un lugar donde los parámetros de su madre no tenían ninguna validez.

—¿Crees que es posible vivir sin mirar constantemente el reloj? —preguntó Lucía, viendo cómo Iago se ponía en pie para pagar.

Él le dedicó una sonrisa breve, casi imperceptible, mientras dejaba unas monedas sobre la barra.

—Tú verás si el tiempo es algo que se mide o algo que se habita. Yo prefiero habitarlo.

Salieron al exterior, donde el aire fresco de la noche golpeó sus rostros. El puerto estaba en calma, con las barcas mecidas por el agua negra contra el muelle. A lo lejos, el sonido de las olas rompiendo contra los cabos rocosos era la única música que importaba.

Lucía respiró hondo, sintiendo el peso del salitre en la garganta, un recordatorio de que estaba viva y de que, al menos por ahora, Ca-boalto era su refugio, un lugar donde su voluntad empezaba a cobrar forma propia. Se despidieron sin más palabras; el silencio entre ambos, cargado de una comprensión que no necesitaba explicaciones, era suficiente para calmar el estruendo de los días pasados. Se quedó un momento sola, observando cómo la figura de Iago se perdía entre las sombras de las redes, sintiendo que, por primera vez, el camino frente a ella era suyo.

* * *

El aire dentro de la cantina del puerto estaba cargado de un vaho denso, una mezcla de tabaco rancio y el olor penetrante del café fuerte que los marineros tomaban para combatir el frío de la madrugada. Lucía se detuvo en el umbral, ajustándose el jersey; un hilo suelto en la manga izquierda se enganchó en su dedo, y tiró de él con una irritación mecánica mientras sus ojos, acostumbrados a la luz mortecina del local, buscaban entre las mesas de madera desgastada. El murmullo ronco de los pescadores, que discutían con gestos cansados sobre las artes de pesca, se entrelazaba con el tintineo constante de los vasos de vidrio contra la barra. En un rincón, iluminado apenas por la bombilla amarillenta que pendía del techo, vio a Iago.

Él estaba inclinado sobre la mesa, con el ceño fruncido mientras garabateaba algo en una servilleta de papel. Lucía se acercó despacio, sintiendo la madera del suelo crujir bajo sus pies. Al notar su presencia, Iago levantó la vista y dejó el bolígrafo. Tenía una sombra

de fatiga bajo los ojos, pero esbozó esa sonrisa breve que solía reservar para cuando el ruido del mundo dejaba de ser una amenaza.

—Te he estado esperando —dijo él, señalando la silla vacía frente a él—. Fíjate, apenas puedo mantener el pulso hoy.

Lucía se sentó, sintiendo un leve hormigueo en las sienes, el aviso habitual de una de sus migrañas, aunque esta vez el dolor parecía más una presión sorda, como si el cimiento de su propia seguridad estuviera cediendo. Observó la servilleta: estaban dibujadas unas líneas que parecían pentagramas improvisados.

—¿Componiendo algo? —preguntó ella, intentando que su voz no sonase a despedida.

—Intentando que esto deje de ser solo ruido —respondió Iago, tocando con la yema de sus dedos la textura rugosa del papel—. La audición en Madrid es la única forma. Si quiero que la trompeta deje de ser un pasatiempo, tengo que entrar en el Conservatorio Superior de Música. Es mi única llave para salir de este ciclo, tú verás.

Lucía miró sus manos, apoyadas sobre la mesa. La cantina parecía encogerse a su alrededor. Pensar en la partida de Iago era como contemplar una grieta en la piedra caliza que, con el tiempo, termina por fragmentar toda una cimentación.

—¿Madrid? —Lucía dejó escapar un suspiro involuntario—. Allí todo es tan distinto. ¿De verdad crees que allí encontrarás lo que buscas?

Iago se encogió de hombros. Sus dedos tamborilearon sobre la madera de la mesa.

—Aquí el mar te lo da todo, pero también te lo quita. En Madrid, al menos, la música tiene una estructura. Aquí solo tengo el marisqueo y las mañanas de socorrista. No es que quiera irme, es que necesito saber si soy capaz de tocar algo que no sea el viento contra los acantilados.

Lucía sintió un vacío punzante en el pecho. Recordó la primera vez que lo vio, aquel día en la playa de arena oscura, cuando él le ayudó a recoger los restos de la noche de hogueras. Entonces, Caboalto le pareció un refugio inexpugnable, un lugar donde el tiempo no tenía la urgencia de los relojes. Ahora, con la noticia de su partida, el refugio se volvía un espacio extraño, una estructura que pronto carecería de sentido sin su compañía.

—¿Cuándo te vas? —preguntó ella, con la garganta seca.

—En cuanto termine el verano. Es el momento. —Iago la miró con una intensidad que la hizo bajar la mirada—. ¿Recuerdas cuando nos conocimos? Yo pensaba que serías como los demás, que solo veníais a ver el mar y a iros en septiembre. Pero tú también te escondes aquí, ¿verdad?

Lucía asintió, aunque el nudo en su garganta le impedía articular palabra. Pensó en su libreta roja, oculta en el bolso, cargada de confesiones que nadie más debía leer. Era su refugio, su manera de no perderse en la rambla de las expectativas que otros trazaban por ella.

—Es una grieta, supongo —dijo ella al fin, forzando una sonrisa—. Entre lo que ven y lo que realmente hay. Supongo que todos buscamos un lugar donde encajar, aunque sea a la fuerza.

—Madrid, lejos de ser un lugar para encajar —replicó Iago, con su registro directo y seco—. Es un lugar para buscarse. Tú verás si quieres seguir ocultándote en esa libreta o si algún día decides dejar de mirar hacia atrás.

Lucía sintió una punzada de alivio y dolor a la vez. Él entendía su silencio mejor que nadie, incluso cuando ella prefería no darle nombre. La luz de la cantina parpadeó un segundo, dejando el ambiente en una penumbra momentánea que hizo que los rostros de los pescadores parecieran máscaras talladas en piedra.

—Se me hace difícil imaginar mis días sin tus lecciones de música —dijo Lucía, intentando recuperar el tono coloquial—. Aquí la vida se siente demasiado silenciosa cuando no estás.

—La música no desaparece, Lucía. Solo cambia de frecuencia. Fíjate en cómo suena el puerto ahora; es un ritmo distinto, pero es ritmo al fin y al cabo.

Lucía observó la servilleta una vez más. Las notas, dibujadas con trazos rápidos, parecían pequeñas cicatrices sobre el papel. Se preguntó si ella también dejaría una marca así cuando se marchara, o si, al igual que los restos de una marea alta, todo lo que sentía ahora sería arrastrado hasta convertirse en un desperdicio sin importancia en la memoria de Iago.

—Supongo que todo tiene que terminar —murmuró ella—. Pero no estoy lista para que el verano se acabe.

—El verano es solo un estado —respondió él, guardando la servilleta en el bolsillo de su chaqueta—. Lo importante es lo que haces cuando el frío empieza a calar.

Se quedaron en silencio un momento. Fuera, el sonido de las olas rompiendo contra los cabos era constante, un recordatorio de que, independientemente de sus planes, el mundo seguía girando con

una indiferencia brutal. Lucía sintió que el hambre le daba un vuelco al estómago; no había cenado nada, distraída por la ansiedad de ver a Iago, y el olor del tabaco empezaba a resultarle insoportable. Necesitaba salir, sentir el aire puro, pero no quería romper el hechizo de la conversación.

—¿Me prometes que tocarás para mí antes de irte? —preguntó ella, mirándolo directamente a los ojos.

Iago asintió. Se levantó de la mesa, su presencia ocupando el poco espacio que quedaba entre ellos.

—Lo haré. Pero tú también tienes que prometerme algo. No dejes de escribir. Si esa libreta se llena, habrás encontrado tu propio camino.

Lucía se levantó también, sintiendo un mareo leve que rápidamente disimuló con un gesto de cansancio. Caminaron hacia la puerta de la cantina, dejando atrás el ruido de los vasos y el vaho cálido del local. Al salir, el frío del aire nocturno la golpeó en la cara, despejándola. El puerto estaba sumido en una oscuridad casi absoluta, salvo por el destello lejano de un faro.

—Ya es tarde —dijo ella, envolviéndose en su chaqueta—. Mañana será otro día de espera.

—No esperes —respondió Iago, mirándola una última vez antes de girarse hacia el muelle—. Vive. Tú verás si decides quedarte así, sin protección, o buscar tu propio refugio.

Lucía lo vio alejarse entre las sombras, su silueta mezclándose con las redes de pesca y la oscuridad del puerto. Se quedó allí, sola, sintiendo el rastro del océano en sus labios y el peso de la libreta en su bolso. El futuro, que antes parecía un horizonte lejano, ahora se sentía como una marea inminente, algo que pronto la obligaría a decidir si mantenerse firme o dejar que el agua se la llevara. Respiró

profundamente, tratando de grabar el sonido del mar en su memoria, sabiendo que, a partir de ese momento, cada paso que diera sería un desajuste más en el camino que otros habían trazado para ella. El verano se agotaba, pero la historia, su historia, apenas comenzaba a escribirse.

* * *

El vaho espeso que empañaba los cristales de la cantina actuaba como una membrana traslúcida, un velo que separaba a Lucía del resto del mundo. Dentro, el murmullo ronco de los pescadores se mezclaba con el tintineo constante de los vasos de cristal contra la madera desgastada de la barra, creando una sinfonía de cotidianidad que, por un instante, pareció encapsularla. Se ajustó el peso de la libreta roja contra el costado, sintiendo su textura rugosa como un ancla en medio de la niebla. Afuera, el mundo era un rumor lejano, una vibración de aliento marino y viento que ya no le pertenecía del todo, mientras ella permanecía allí, observando cómo las gotas de condensación se deslizaban por el cristal como lágrimas atrapadas en una estructura geológica, surcos de agua que erosionaban la visión del puerto nocturno.

Iago estaba a su lado, con los hombros tensos y la mirada fija en el fondo de su vaso. Había algo en su postura, una rigidez que recordaba a las capas de piedra prensada bajo la tierra, una estratificación de deseos y silencios que él apenas dejaba entrever. Lucía recordó la tarde en que recorrieron la costa, aquel trayecto por los senderos escarpados donde el horizonte parecía al alcance de la mano. Entonces, el sol golpeaba con fuerza y la libertad se sentía como una sustancia líquida, algo que podían beberse a grandes sorbos. Ahora, esa sensación se le escapaba entre los dedos, transfor-

mándose en una amargura sutil, un residuo que quedaba en el paladar. La libertad de aquel día ya era un territorio inalcanzable, una postal descolorida guardada en la memoria, mientras la realidad de Caboalto se cerraba sobre ella como una falla tectónica.

—¿De verdad crees que el Conservatorio Superior de Música va a cambiarlo todo? —preguntó Lucía, rompiendo el silencio con una voz que le sonó ajena. Se frotó los ojos, sintiendo el picor de una migraña incipiente que, como una avería en el mecanismo de un reloj, empezaba a presionar sus sienas.

Iago dejó el vaso sobre la madera, haciendo un ruido seco que resonó en el local. Sus ojos, oscuros y decididos, se clavaron en ella sin vacilar.

—Madrid es el único terreno donde mi trompeta puede encontrar el eco que busca —respondió él con esa parquedad que siempre le imponía respeto—. Aquí, las notas se pierden en el viento del norte. Allí, al menos, habrá alguien que sepa escuchar la diferencia. Tú verás si decides ver las cosas como son o seguir soñando con piedras que no se mueven.

Lucía bajó la mirada, sintiendo cómo una punzada de duda se le clavaba en el pecho. ¿Era su reticencia a dejar Caboalto una forma de madurez, una aceptación de sus raíces, o simplemente un miedo paralizante a lo desconocido? Se preguntó si ella misma era como esas formaciones rocosas de la playa, estáticas y condenadas a sufrir la erosión del tiempo sin capacidad de reacción.

—No es tan fácil, Iago —murmuró, jugueteando con el borde de su chaqueta—. A veces, quedarse es la decisión más valiente que puedes tomar.

—O la más cómoda —replicó él, levantándose. Su movimiento fue brusco, una interrupción necesaria en la calma tensa que los rodeaba. "¿Te vas ya?", preguntó ella, aunque sabía que la respuesta ya estaba escrita en la forma en que él evitaba el contacto visual directo. Iago se encogió de hombros, un gesto cansado que denotaba su impaciencia—. Fíjate, Lucía. El tiempo no se detiene para nadie, ni siquiera para los que se quedan mirando las olas.

Ella lo observó alejarse hacia la salida. La luz mortecina de la cantina caía sobre su espalda, acentuando la determinación de su paso. Fue entonces, al ver cómo la puerta se cerraba tras él, cuando Lucía comprendió la magnitud de la brecha. La ambición de Iago no era un simple capricho; era un motor, una fuerza tectónica que lo impulsaba hacia arriba y hacia fuera, mientras ella permanecía anclada en el lecho marino de su propia incertidumbre. Él no buscaba un hogar en Caboalto, sino un trampolín. Su relación, que durante tantas tardes de verano le había parecido un refugio seguro, no era más que una parada técnica, un puerto de paso que él no tenía intención de volver a visitar.

Lucía se quedó sentada, sintiendo el aire viciado de la taberna llenar sus pulmones. El olor a tabaco y café quemado le resultaba de repente insoportable, una mezcla densa que le recordaba la falta de oxígeno. Se llevó la mano al cuello, alisando un mechón de pelo rebelde, y se obligó a respirar con calma. Buscó dentro de sí una palabra, una frase, algo capaz de retenerlo, un hechizo que pudiera frenar su partida, pero no halló nada. Sus pensamientos, habitualmente tan articulados en la privacidad de su libreta, se sentían ahora como fragmentos de una estructura que se desmoronaba.

Él ya no estaba allí. Su mirada, tan enfocada en el futuro, ya no le pertenecía. Lucía se dio cuenta de que, en el mapa de la vida de Iago, ella era apenas un accidente geográfico, una nota al margen en una partitura que él estaba ansioso por interpretar en otros escenarios. El desajuste entre ambos no era una cuestión de clases sociales o de expectativas familiares; era una diferencia de dirección, una fractura en el terreno donde ambos intentaban construir algo.

Se levantó, sintiendo un leve mareo al ponerse en pie. Sus piernas se sentían pesadas, como si el propio suelo de la cantina intentara absorberla. Caminó hacia la salida, sintiendo el frío de la noche entrar por la puerta abierta antes de que ella lograra cruzarla. Afuera, la oscuridad era absoluta, y el sonido del mar, que antes le parecía un arrullo, ahora le sonaba a una sentencia inminente. El verano se apagaba, dejando tras de sí un residuo de salitre y una melancolía que se le pegaba a la piel como la humedad de la madrugada. Miró una vez más hacia el muelle, buscando la silueta de Iago, pero solo encontró la inmensidad negra y el brillo estéril de una estrella que se negaba a guiarla. Sabía que, al día siguiente, el sol volvería a salir sobre Caboalto, pero ella ya no sería la misma que había entrado en la cantina, y esa certeza, fría y cortante, era lo único que le quedaba para emprender el camino de vuelta a la casa de Avelina.

* * *

La luz del crepúsculo se filtraba por los cristales sucios de la cantina, tiñendo el ambiente de un tono cobrizo que parecía convertir el humo del tabaco en una bruma espesa. En los rincones, los pescadores hablaban con murmullos roncós, sus voces mezclándose con el tintineo constante de los vasos de cristal sobre la barra de

madera desgastada. Lucía sintió una mota de polvo en el ojo y parpadeó con fuerza, notando cómo la sequedad del aire le picaba en la garganta. A su lado, el silencio de Iago era una presencia pesada, casi táctil, que le impedía mirar hacia otro lado. La penumbra difuminaba los rostros curtidos de los hombres que compartían su mesa, reduciéndolos a siluetas sin rasgos definidos, mientras ella intentaba concentrarse en el sabor amargo del café que se le había enfriado en la taza.

Iago apartó las manos de la mesa, retirándolas de la superficie rugosa con un movimiento lento y deliberado. Lucía observó sus dedos, largos y curtidos, los mismos que solían aferrarse a la boquilla de la trompeta con una precisión casi mecánica. El latido del puerto, ese vaivén constante de las mareas contra el muelle, parecía sincronizarse con su propia incertidumbre. Se sentía como si estuviera contemplando una falla geológica, un punto de ruptura donde la tierra, bajo sus pies, se preparaba para ceder. La inestabilidad era un peso en su pecho, una presión que le recordaba que cualquier estructura, por sólida que pareciera, estaba sujeta a la erosión del tiempo.

Iago levantó la vista y sus ojos, oscuros y directos, se clavaron en los de ella.

—¿De verdad te ves capaz de regresar a la existencia que otros han diseñado para ti en Madrid? —preguntó él. Su voz sonaba baja, desprovista de cualquier adorno, como si cada palabra fuera una nota que se negaba a prolongar más de lo necesario—. Fíjate, Lucía, allí las cosas no se sienten, se calculan. ¿Te ves volviendo a eso?

Lucía apretó los labios, sintiendo un hormigueo molesto en la punta de los dedos. El aire de la cantina pesaba, cargado con el rastro de la bajamar y café quemado.

—No sé —respondió ella, evitando mirar hacia los pescadores—. Supongo que, a veces, una simplemente acepta el camino que le han trazado porque no conoce otro. Pero aquí, en Caboalto, todo se siente diferente. Es como si la vida fuera una construcción que uno mismo pudiera levantar desde los cimientos, piedra a piedra, sin los planos de nadie más. La idea de volver me genera una fractura interna, Iago. No encajo en ese molde.

Iago soltó un suspiro corto y movió la cabeza con un gesto seco.

—Tú verás. Madrid es un lugar donde vas a buscarte, no donde vuelves. Pero me pregunto si realmente buscas algo o si solo estás huyendo de lo que esperan que seas.

Lucía cerró los ojos un instante, dejando que el murmullo de la cantina se apagara en su mente. La reticencia que sentía a marcharse de Caboalto no tenía que ver con las calles, ni con la casa de Avelina, ni con el Conservatorio Superior de Música que le aguardaba en la capital. Su resistencia tenía un nombre y un rostro, y era la conciencia de esa verdad lo que le aceleraba el pulso.

—No es solo el lugar, Iago —confesó ella, con la voz apenas un hilo—. Mi reticencia a abandonar este sitio tiene un nombre. Es una cuestión de personas. Te has convertido en el ancla que me mantiene sujeta aquí, a pesar de todo lo que tira de mí para que me marche. Sin ti, Caboalto sería solo una villa más en el mapa. Eres tú quien me mantiene anclada, quien le da sentido a estos días antes de que todo se desmorone.

Iago se quedó inmóvil, procesando sus palabras con una intensidad que casi le cortó la respiración. Sus dedos se movieron de nuevo hacia la mesa, pero esta vez no se detuvieron. Con una vacilación que le resultaba ajena, Iago deslizó su mano hacia la de ella, rozando su piel con la punta de los dedos. El contacto fue breve, eléctrico y

definitivo. Fue el reconocimiento tácito de una atracción que ambos habían intentado ignorar, un pequeño puente construido en medio del caos.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó Iago, con un tono más suave, casi una rendición—. La realidad está ahí fuera, esperándonos. Tú tienes tu vida, yo tengo mi trompeta y este puerto que se me queda pequeño.

Lucía sintió que el peso de ese hallazgo la abrumaba. Evaluaban, en ese silencio compartido, el coste de haberse encontrado en el momento menos oportuno. La inminencia del viaje de Iago transformaba su complicidad en una herida abierta, algo que dolía por el simple hecho de existir. Sabían que el verano, con su luz y su salitre, no era más que un intervalo, una nota sostenida que pronto llegaría a su fin.

—No lo sé —repitió Lucía, sintiendo el picor de una lágrima contenida que amenazaba con estropear su compostura—. Supongo que esto es lo que queda. Un momento suspendido antes de que la corriente nos lleve a cada uno por nuestro lado. Es un desajuste, lo sé, pero al menos es real.

Iago apretó ligeramente la mano de ella, un gesto de una sobriedad desoladora. En aquel rincón de la cantina, rodeados de hombres que hablaban de mareas y redes, ellos dos compartían una geografía efímera, un territorio donde, por fin, ya no tenían que fingir que no se necesitaban. Sabían que el mañana, con su frialdad y sus exigencias, los obligaría a soltarse, pero en ese instante, el contacto de sus manos era el único punto fijo en un mundo que, fuera de aquellas paredes, parecía estar desmoronándose sin remedio. Lucía dejó que

el calor de la mano de Iago se filtrara por su piel, guardando la sensación como si pudiera llevarse aquel roce consigo cuando el verano, definitivamente, se convirtiera en un recuerdo.

PARTE 3



CAPÍTULO 9

Crónicas de un mes abierto

El atardecer en aquel rincón de la finca se filtraba a través de las contraventanas de madera con una parsimonia que parecía querer detener el tiempo, tiñendo de un tono oxidado las paredes desconchadas de la alcoba. Lucía Calderón Bensaude permanecía sentada en el borde de la cama, sintiendo cómo el frescor de la piedra del suelo subía por sus tobillos mientras un ligero dolor sordo, el prelude habitual de sus migrañas estacionales, comenzaba a punzarle tras las sienas. El ambiente olía a cera antigua y a la albahaca que crecía en el jardín, un aroma que, paradójicamente, le resultaba más familiar que cualquier perfume de su casa en Madrid. Las paredes, cargadas de una historia que ella apenas empezaba a comprender, parecían estrecharse, como si la casona intentara arroparla o, quizás, devorarla con el peso de sus cimientos. La luz del sol, al retirarse, dejaba tras de sí sombras largas que se adherían a los muebles como capas de un estrato geológico, recordándole que nada en aquel lugar era accidental, sino el resultado de una lenta acumulación de ausencias.

Cerró los ojos un instante y, de inmediato, el recuerdo de los senderos junto al mar irrumpió con una nitidez abrumadora. Se vio a sí misma caminando por los acantilados de Caboalto, con el viento salado golpeándole el rostro y el sonido de las gaviotas como única banda sonora. Aquella caminata, realizada semanas atrás, le había

devuelto una sensación de libertad que apenas lograba definir: no era una ausencia de responsabilidades, sino una alineación perfecta con el pulso del entorno. Recordaba la textura de la roca bajo sus dedos y la firmeza del terreno, una geología que se sentía más honesta que las baldosas pulidas de su urbanización. En aquel momento, la libertad no se le presentó como una idea abstracta, sino como algo tangible, casi como el peso de la sal que quedaba en su piel tras el contacto con la brisa marina. Era un instante donde la vida parecía despojarse de los ornamentos innecesarios, dejando solo el núcleo de su propia existencia.

Sin embargo, al abrir los ojos de nuevo en la penumbra de la habitación, el conflicto volvió a instalarse en su pecho. Se preguntó, con una honestidad brutal, si su rechazo visceral a los planes que su familia había orquestado para ella en Madrid era realmente un acto de valentía o apenas el eco de un miedo infantil a lo desconocido. ¿Estaba construyendo una identidad propia, piedra sobre piedra, o simplemente se estaba refugiando en la fachada de la casa de Avelina para evitar enfrentar el derrumbe de sus propias certezas? Su madre, con esa eficiencia quirúrgica que solía emplear para organizar el futuro, veía en ella una pieza más de un engranaje que Lucía ya no estaba dispuesta a mover. Cada vez que pensaba en el Conservatorio Superior de Música o en las cenas con Mateo Reglero, sentía una fractura interna, como si su propia estructura vital estuviera sufriendo un movimiento telúrico. No sé si soy capaz de sostener este equilibrio, pensó, mientras su mano buscaba con torpeza la superficie de la libreta roja sobre la mesilla.

La libreta roja, con su tacto rugoso y su presencia constante, era el único lugar donde podía permitirse ser fragmentaria. Deslizó la punta del lápiz sobre el papel, sintiendo la resistencia del grano

contra el grafito. Empezó a escribir con trazos rápidos, intentando fijar la esencia de aquel julio antes de que la memoria, siempre traicionera, comenzara a desdibujar los contornos de sus propias vivencias. Escribió sobre la luz, sobre el silencio del puerto, sobre la manera en que la vida en el norte parecía exigir una arquitectura interior más robusta. Supongo que todo lo que he vivido este mes es una forma de resistencia, anotó, y sintió que el lápiz le temblaba ligeramente entre los dedos. Cada palabra era un intento de marcar un límite, una demarcación que protegiera su tiempo de la voracidad de las expectativas ajenas.

Se detuvo un momento para frotarse los ojos; una mota de polvo bailaba en el rayo de luz que aún sobrevivía. Se sintió asfixiada por el silencio de los pasillos de la casona, un silencio que, más que paz, le transmitía la sensación de que algo estaba cambiando bajo sus pies. Anotó un apunte críptico sobre el peso asfixiante que emanaba de la estructura, sin saber todavía qué oscuros cambios se gestaban en sus cimientos; acaso eran las decisiones que su madre estaba tomando en la penumbra, ajenas a su voluntad, las que hacían que las vigas de madera crujieran con tanta melancolía. Ya no podía ignorar esa vibración constante que recorría la casa, un presagio sutil que le recordaba que las cosas, incluso los recuerdos, terminan por ceder bajo el peso de su propia historia.

Al cerrar la libreta, el silencio de la habitación se tornó profundo, casi absoluto. Comprendió, con una lucidez que le provocó un escalofrío, que su resistencia no se debía al entorno que la rodeaba, ni a la supuesta incomodidad de la villa, sino a la lucha desesperada por proteger el tiempo que había logrado arrebatarse al destino. Cada hora que pasaba en Caboalto, lejos de las presiones de su madre y de la intrusión incesante de Mateo Reglero, era una pequeña victoria

contra el determinismo. Ya no se trataba de lo que querían que fuera, sino de quién podía llegar a ser si se permitía permanecer en este estado de incertidumbre. La alcoba, con sus paredes encaladas y sus muebles pesados, no era una cárcel, sino un caparazón donde estaba gestando una metamorfosis lenta, inevitable. Se recostó en la cama, dejando que la fatiga del día le recorriera las extremidades mientras el sonido del mar, a lo lejos, le confirmaba que el mundo seguía girando con independencia de sus angustias. Mañana, pensó mientras el sueño comenzaba a ganarle la partida, el sol volvería a incidir sobre los mismos muros, y ella volvería a buscar, con la misma obstinación, un lugar donde el lastre de sus dudas no terminara por enterrarla.

* * *

La luz del atardecer se filtraba entre los postigos de madera, recortando franjas doradas que danzaban sobre el polvo en suspensión. El dormitorio de Avelina, con sus paredes blancas desconchadas que conservaban el frescor de la piedra, se hallaba sumido en un desorden que Lucía ya no intentaba corregir. Sobre la mesa de noche, una taza de té olvidada desde la mañana formaba un cerco oscuro sobre la madera, mientras varias prendas de lino descansaban olvidadas en el suelo. El aire olía a la cera de los muebles antiguos y al suave rastro de albahaca que subía del jardín. Lucía se sentó en el borde de la cama, sintiendo cómo el crujir de la estructura vieja le devolvía un eco seco, una fisura en la calma que ella misma habitaba. Se llevó una mano al rostro, irritada por un mechón de pelo que se le pegaba a la frente debido a la humedad, y ajustó su postura, buscando una comodidad que le resultaba elusiva.

Abrió la libreta roja, ese recipiente de sus pensamientos más hondos, y recorrió con la yema de los dedos la caligrafía apretada. Cada trazo parecía una cimentación nueva, una roca sobre la que empezaba a levantar su propia arquitectura vital. Al leer sus propias palabras, experimentó una extraña distancia; era como observar los estratos de un terreno geológico después de un corrimiento de tierras, donde el pasado quedaba compactado bajo el peso de lo que estaba por venir. No sé, pensó para sus adentros, si esto es una huida o una construcción. La niña que sus padres esperaban —esa que debía encajar en los moldes de Madrid— se le antojaba ahora una figura de escayola, frágil y ajena. Supongo que nunca fui capaz de ser tan perfecta como ellos deseaban, y esa grieta, ese fallo en el diseño, era finalmente lo que me permitía respirar.

Recordó con una nitidez casi dolorosa aquel instante junto a los acantilados, cuando el aliento gélido de las olas le quemaba los ojos y el viento le impedía escuchar sus propios sollozos. Fue allí donde, con las manos entumecidas por el frío, volcó las primeras impresiones en las páginas en blanco. Ese gesto, aquel primer contacto entre su dolor y el papel, marcó el punto de no retorno. Ya no podía regresar a la superficie sin sentir la inautenticidad de una existencia impostada. Aquel momento fue el inicio de una falla, una ruptura necesaria en la corteza de su vida, donde lo que antes era un terreno firme se convirtió en un terreno inestable. Ya no había vuelta atrás, no al menos sin traicionar la verdad que brotaba de sus dedos cada vez que el bolígrafo rozaba el papel.

La angustia, que antes la atenazaba con la fuerza de una tenaza, se transformó en una introspección tensa pero clara. Admitió ante el silencio de la alcoba que el terror a fallarles a sus padres, o a Mateo Reglero, era insignificante comparado con el horror de descubrirse a

sí misma convertida en una marioneta vacía. La libertad no era una ausencia de responsabilidades, sino el peso absoluto de ser la única arquitecta de sus decisiones. Se sentía, en ese instante, como una estructura que, tras años de soportar presiones ajenas, empezaba a asentarse sobre sus propios cimientos, aunque estos fueran precarios. Mi autonomía es un pacto inquebrantable conmigo misma, se repitió. No era una rebelión ruidosa, sino una sedimentación lenta, una acumulación de instantes de lucidez que terminaban por solidificarse.

Con manos firmes, guardó la libreta en el fondo del equipaje, ocultándola bajo varias capas de ropa como si fuera un talismán. Este objeto, más que papel y tinta, era la prueba de su transformación. Al cerrar la maleta, el sonido del broche metálico resonó con una finalidad rotunda en la habitación. Ya estaba hecho. El retorno a la capital, que hasta hace unos días se le presentaba como una sentencia, ahora lo veía como una prueba de resistencia. Allí, entre el ruido de la ciudad y las expectativas de quienes la rodeaban, tendría que mantener este nuevo estado de gracia. No permitiría que nadie, ni siquiera Mateo, volviera a profanar el espacio sagrado de su intimidad.

Una ráfaga salina, cargada con la frescura del atardecer, penetró por la ventana abierta, agitando las cortinas de encaje. A lo lejos, entre el rumor constante del mar, se filtraron las notas distantes de una trompeta. Era Iago. El sonido, melancólico y sincero, se elevaba por encima del puerto y parecía marcar el compás de su propia despedida. Iago, con sus aspiraciones y su mundo propio, también era parte de este cambio. Las notas subían y bajaban, a veces perfectas, pero siempre honestas. Lucía se acercó a la ventana y apoyó las manos en el frescor de la piedra del alféizar. La luz del sol moría tras

los cabos rocosos, teñendo la playa de arena oscura con tonos violáceos. Escuchó la música hasta que la última vibración se perdió en el viento. Era el final de un ciclo. Mañana, el sol volvería a incidir sobre los muros de la casa de Avelina, pero ella ya no sería la misma que había llegado buscando refugio. Se apartó de la ventana, sintiendo una extraña paz, y se preparó para la noche, sabiendo que el camino de vuelta, aunque difícil, era el único que podía recorrer con la cabeza alta.

La traición en la pantalla

El rugido constante del Atlántico golpeaba la arena oscura de Caboalto, un estruendo que borraba cualquier rastro del mundo exterior. Lucía se hundió un poco más en la textura fría y húmeda de la orilla, dejando que la esencia marina, casi metálica, le impregnara la piel. Aquel lugar funcionaba como una falla tectónica en su vida; mientras el resto del mundo, allá en Madrid, continuaba su curso acelerado y previsible, aquí, sobre los cantos rodados y la arena negra, las cosas parecían reposar con una lentitud geológica. Se llevó una mano a la sien, donde un latido sordo empezaba a anunciar una de sus migrañas estacionales, pero el aire fresco que subía del Cantábrico actuaba como un bálsamo necesario. Observó el horizonte azul plomizo, tan vasto que cualquier preocupación parecía empequeñecerse hasta volverse insignificante.

Cerró los ojos, intentando visualizar la estructura de su propia existencia como si fuera un edificio en construcción. Durante demasiado tiempo, había permitido que otros colocaran los cimientos y eligieran la disposición de las habitaciones según sus propios intereses. Pero este verano no era, ni mucho menos, un simple paréntesis vacacional. Era la base de algo nuevo, una arquitectura propia donde no tenían cabida las expectativas de sus padres ni la sombra asfixiante de Mateo. Aquí, en la soledad de la playa, se sentía dueña de su propio terreno, lejos de las miradas que esperaban de ella una

versión predecible. La tranquilidad del lugar le permitía reafirmar que, por primera vez en dieciocho años, estaba empezando a habitar un espacio que no había sido diseñado por nadie más que por ella misma.

El silencio fue quebrantado por una serie de vibraciones metálicas, un zumbido agudo y seco que parecía fuera de lugar entre el rumor de las olas. Sacó el teléfono del bolsillo de su chaqueta, sintiendo cómo el frío del aparato le helaba los dedos tras haber estado tan cerca de la arena. La pantalla se iluminó, escupiendo notificaciones como si el dispositivo mismo se esforzara por romper la burbuja que tanto le había costado tejer. Eran mensajes del grupo de WhatsApp que compartía con sus amigos en la capital, una sucesión infinita de alertas que, de repente, se sentían como una intrusión violenta. La pantalla parpadeaba, insistente, recordándole que, aunque ella estuviera a kilómetros de distancia, los hilos que la conectaban a su antigua vida seguían tensos, esperando un tirón.

El contraste le provocó un mareo momentáneo. Recordó una tarde, no hacía mucho, en la que Iago la llevó hasta el borde de los acantilados. Él, con su tono tranquilo y pausado, le había enseñado a distinguir entre el sonido de las corrientes de fondo y el choque superficial de las olas contra las rocas. En aquel momento, la naturaleza parecía poseer una gramática coherente, algo que uno podía llegar a comprender si guardaba el silencio suficiente. Ahora, sin embargo, el lenguaje que le llegaba a través del cristal del móvil era pura estática; una urgencia vacía que no buscaba la conexión, sino el control. La disonancia entre la inmensidad del océano y la mezquindad de aquellos mensajes le resultó insoportable. Sintió que la arena, antes firme bajo sus rodillas, perdía solidez, como si estuviera a punto de desmoronarse bajo el peso de esa invasión digital.

Sus dedos, torpes por la humedad, abrieron la aplicación. El último mensaje de Mateo encabezaba la lista, ignorando por completo cualquier atisbo de distancia o autonomía. *«Ya está todo cerrado para el encuentro de agosto, Lucía. No puedes faltar, es importante para todos»*, decía el texto. No había pregunta, ni siquiera una mención a su deseo de permanecer en Caboalto. Simplemente daban por hecho que ella acudiría, como si su voluntad fuera un elemento maleable que ellos podían moldear a conveniencia. Se quedó mirando las letras, sintiendo cómo la frustración, contenida hasta entonces, se transformaba en una certeza fría. Aquellos amigos, con Mateo a la cabeza, seguían operando bajo la premisa de que su vida les pertenecía, como si ella fuera una pieza más en su engranaje social.

Se preguntó, con un deje de amargura, si alguna vez lograría despojarse de esa sensación de estar siendo observada incluso en el exilio. Suspiró, dejando caer el teléfono sobre la arena. La paz de la tarde se había fragmentado, convertida en un recuerdo lejano por la simple irrupción de una pantalla encendida. Miró hacia el puerto, donde la silueta de aquella construcción familiar se recortaba contra el cielo, sólida y ajena a todas sus cuitas. Allí, al menos, el tiempo se medía por la marea y no por las notificaciones. No sé cómo han podido llegar a creer que sus planes son también los míos, pensó, mientras observaba cómo una ola más alta que las demás borraba las marcas que había dibujado en la arena negra. Supongo que simplemente no pueden concebir que alguien decida apartarse de su camino, que prefiera esta orfandad absoluta a la seguridad de sus espacios cerrados.

El viento sopló con más fuerza, trayendo consigo el aroma agrio de las algas en descomposición. Era un olor real, tangible, que le ayudaba a poner los pies en la tierra. Ya no quería volver a ser la persona que otros esperaban que fuera, esa chica que asistía a reuniones programadas para cumplir con las expectativas de un círculo que, a todas luces, le quedaba pequeño. La libreta roja, oculta a buen recaudo en su mochila, guardaba las palabras que no se atrevía a decir en voz alta, pero las acciones, aquellas que estaba empezando a tomar en este rincón del mundo, tenían un peso mucho mayor. Se levantó, sacudiéndose la arena de los pantalones, y guardó el móvil sin contestar a nadie. El horizonte se mantenía impasible, inmenso, recordándole que, a pesar de las presiones que llegaban desde el otro lado del mapa, ella seguía siendo la única dueña de su tiempo y de sus silencios. Por un instante, el ruido de la ciudad pareció desvanecerse, disuelto en el incesante vaivén del mar, dejándola a solas con el sonido de su propia respiración y la promesa de un verano que, pase lo que pase, le pertenecería únicamente a ella.

* * *

La marea baja había retrocedido lo suficiente como para dejar al descubierto una franja de guijarros oscuros y húmedos, cubiertos por una pátina de rocío oceánico que brillaba bajo el sol mortecino. El viento norte soplaba con una insistencia gélida, silbando entre las rocas de la ensenada, mientras intentaba dispersar el peso de las preocupaciones que se acumulaban en el pecho de Lucía como el residuo de una inundación mal digerida. Se pasó una mano por la frente, sintiendo el picor de la sal en la piel y un ligero latido detrás de los ojos, esa vieja advertencia de que la migraña podría acechar en cualquier momento si no lograba calmar su respiración. La arena

negra, fina y compacta, se le pegaba a los tobillos, un recordatorio constante de su peso sobre la tierra, de su presencia física en un lugar que, por fin, empezaba a sentirse propio.

El murmullo rítmico del rompiente fue interrumpido de forma violenta. Su móvil, que había dejado sobre una roca plana algo alejada de la zona donde el agua lamía la orilla, comenzó a vibrar con una intensidad frenética. El sonido era un zumbido agudo, metálico, que se filtraba entre el silbido del aire. Lucía dejó escapar un suspiro largo, sintiendo un nudo en el estómago; el hambre le recordaba su existencia mediante un leve retortijón, pero el deseo de ignorar el aparato era mucho más fuerte. Sin embargo, las vibraciones no cesaban, una sucesión de alertas sonoras que se amontonaban unas sobre otras, interrumpiendo la paz del atardecer.

Se acercó a la roca y recogió el dispositivo. La pantalla se iluminó con una luz artificial que le resultó agresiva tras haber pasado horas bajo el cielo gris del Cantábrico. El grupo de WhatsApp, ese nido de voces distantes que ella había intentado silenciar sin éxito, echaba humo. Había notificaciones acumuladas de amigos, conocidos y nombres que apenas quería recordar. El tono de los mensajes, incluso sin haber abierto el contenido, destilaba esa misma burla condescendiente que ya había detectado durante los eventos de julio, cuando la insensibilidad de su entorno madrileño se hizo evidente ante cualquier intento de conversación seria.

Al desbloquear el teléfono, el mundo se detuvo. Una fotografía ocupaba el centro de la pantalla. En ella, aparecía Iago, con su rostro sereno, ajeno a la cámara, mientras ella reía cerca de él, con la ropa desordenada por el viento y el mar en el fondo. Era una imagen íntima, capturada desde un ángulo que ella no recordó haber autorizado. Pero lo peor no era la foto, sino el texto que la acompañaba,

firmado por Mateo. Era una frase hiriente, escrita con esa suficiencia que tanto le caracterizaba, ridiculizando su estancia en el norte y sugiriendo que, al final, no era más que una huida patética a un estrato social que le quedaba grande.

El impacto fue físico. Lucía sintió un frío repentino, como si el agua helada de la orilla le hubiera calado los huesos, dejándola paralizada en medio de la playa. Sus dedos temblaron sobre el cristal. Mateo no solo había invadido su privacidad; había utilizado su propia vida, sus momentos más auténticos, para montar un espectáculo de escarnio público. Los comentarios debajo de la imagen se multiplicaban: risas, emojis sarcásticos y juicios rápidos que desmantelaban su realidad pieza a pieza. No había lugar para la defensa, ni para la explicación. La traición era un golpe seco, una fractura irreparable en la fachada de normalidad que ella había intentado mantener.

Se quedó mirando el horizonte, buscando en aquel azul plumizo una respuesta que no llegaba. La distancia física con Madrid, que hasta hace unos minutos le parecía una salvaguarda, se revelaba como una ilusión. La tecnología había borrado cualquier frontera; los tentáculos de su vida pasada se habían extendido hasta la misma arena que pisaba, convirtiendo su refugio en un escenario de exposición pública. ¿Por qué se sentían con derecho a diseccionarla de esa manera? ¿Acaso su vida, sus elecciones, no eran más que un error de sistema en el orden que ellos pretendían imponer?

Cerró los ojos y respiró hondo, tratando de contener la rabia que le subía por la garganta. No quería llorar. El llanto era ceder ante ellos, era darles la razón al mostrarse vulnerable ante su juego sucio. La libreta roja, con sus secretos y sus confesiones más puras, parecía ahora un objeto extraño en su mochila, como si alguien pudiera leer

su contenido a través del cuero. Si Mateo era capaz de esto, ¿qué le impedía filtrar el resto? La idea le provocó un escalofrío. La intimidad, ese espacio sagrado que ella había intentado proteger con tanto ahínco, había sido violada de forma irreversible.

Comprendió entonces que no quedaba espacio para el disimulo, ni para las medias tintas. La presión de su entorno social en Madrid no era algo que pudiera esquivarse con el silencio; exigía una respuesta, una postura clara. Mientras observaba cómo la marea seguía su curso, ajena por completo a la tormenta que se desataba en su pantalla, Lucía sopesó la posibilidad de cortar todo contacto de manera definitiva. Quizá lo mejor fuera borrarlo todo, apagar el dispositivo y dejar que aquellas voces se perdieran en la nada, como el rastro de la espuma sobre los guijarros.

¿Tenía la fuerza necesaria para sostenerse en este desamparo? La pregunta flotaba en el aire, sin respuesta. Se miró las manos, sucias de arena, y pensó en Iago. Él no merecía estar envuelto en esta red de miserias, no merecía que su música y su esfuerzo fueran tratados como un accesorio en la narrativa de Mateo. Sentía la responsabilidad de protegerle, aunque fuera cortando el vínculo con su propio pasado. La rabia, fría y lúcida, empezó a sustituir al shock inicial, dándole una claridad que no había sentido en semanas.

Se agachó y recogió su mochila, sintiendo el peso de la libreta roja contra su espalda. Caminó hacia el puerto, ignorando las nuevas notificaciones que seguían apareciendo en la parte superior de la pantalla. Cada paso era una decisión, una forma de ir dejando atrás el ruido innecesario. Los edificios de la villa de Caboalto, con sus corredores encalados y su aire marinero, empezaron a recortarse contra el cielo al anochecer. Allí, al menos, la arquitectura de las

casas tenía una lógica que ella comprendía, una estructura que no buscaba la rentabilidad de las apariencias, sino la supervivencia frente al embate del mar.

No volvería a ser la misma. Aquel golpe había sido un punto de inflexión necesario, una ruptura que, aunque dolorosa, le devolvía el control sobre su propia narrativa. Si ellos querían un espectáculo, se iban a quedar con las ganas de verla derrumbarse. El silencio, que en otro momento le habría parecido pesado, se tornó en un aliado. Ya no sé si podré perdonar esto, pensó, pero al menos ya sé de qué lado estoy. Se detuvo un momento ante una vieja red de pesca abandonada en el muelle, observando cómo los nudos de la cuerda se entrelazaban con precisión. Todo en este lugar tenía una función, una razón de ser que nada tenía que ver con las exigencias externas.

Sacó el móvil una última vez, no para leer, sino para ejecutar el bloqueo total. Un gesto sencillo, una pequeña acción que, sin embargo, parecía tener la contundencia de una declaración de guerra. Sus conocidos en Madrid podían seguir comentando, especulando y riendo; desde ese momento, sus palabras rebotarían contra una pared de cristal que ellos no podrían romper. Iba a escribir en la libreta todo lo que sentía, cada detalle de la traición, para transformarlo en algo que le perteneciera únicamente a ella, en una crónica de su propia liberación.

El viento le alborotó el pelo, pero ella no se movió. Se sentía, a pesar de la rabia, extrañamente ligera. Había una forma de libertad en el hecho de haber tocado fondo, en saber exactamente quiénes eran aquellos a quienes antes llamaba amigos. Ya no había nada que ocultar porque ya no le importaba su opinión. El verano, con su luz

particular y sus promesas de cambio, seguía allí, esperándola. Iago, con su trompeta y sus aspiraciones, era un mundo real, sólido, frente a la virtualidad tóxica que acababa de abandonar.

Caminó hacia la casa de Avelina, sintiendo bajo sus pies el terreno conocido. El olor a salitre y a puerto se mezclaba con la brisa fresca de la noche, limpiándole los pulmones de la asfixia de la ciudad. Supongo que este es el precio de la claridad, se dijo a sí misma mientras subía los escalones de piedra. Un desajuste en su vida, una crisis que, al final, le permitía ver el paisaje con una nitidez que antes le estaba vedada. La puerta de la casona estaba entreabierta, invitándola a entrar en un refugio donde, por fin, el ruido no tenía cabida. Dentro, el silencio de la casa la acogió como una madre, ofreciéndole el espacio necesario para recoger los pedazos de su dignidad y reconstruir, desde la base, una versión de sí misma que no necesitara la validación de nadie.

* * *

La brisa del Atlántico azotaba la costa con una insistencia gélida, cargada de una humedad que se adhería a la piel como una segunda capa, áspera y punzante. Lucía permanecía de pie sobre la arena negra, un terreno que parecía absorber no solo su sombra, sino también el calor de sus pasos. A sus pies, el agua se retiraba con un siseo metálico, dejando tras de sí un rastro de espuma blanca que se deshacía antes de alcanzar sus tobillos. El viento silbaba entre los riscos que flanqueaban la bahía, un sonido que le recordaba a la tensión acumulada tras sus sienes, donde una migraña sorda empezaba a latir con el ritmo de un metrónomo averiado. Se metió una mano en el bolsillo del cárdigan, buscando el teléfono; sus dedos, entumecidos por el frío, rozaron la superficie lisa de la pantalla, que

parecía una piedra extraña en aquel entorno de naturaleza bruta. Estaba sola, salvo por el rugido incesante de la rompiente que, lejos de calmarla, enfatizaba la vastedad de un aislamiento que apenas empezaba a comprender en toda su magnitud.

Sus manos temblaban mientras desbloqueaba el dispositivo. La luz azul de la pantalla le pareció una herida abierta en la penumbra de la playa. No quería hacerlo, no quería escuchar la voz de Mateo, pero el peso de la traición era una carga que se acumulaba en su pecho, impidiéndole respirar con normalidad. Marcó el número. Un pitido largo, mecánico, se mezcló con el sonido del mar. Sintió un nudo apretado en la garganta. Mientras esperaba, se fijó en un hilo suelto de su puño y comenzó a tirar de él, una distracción banal para no colapsar bajo el peso de su propia inseguridad. ¿Qué le diría? ¿Cómo se explica el dolor a alguien que considera que los sentimientos son solo variables de una ecuación?

—¿Hola? —la voz de Mateo llegó a través del auricular, limpia, cortante y desprovista de cualquier calidez—. Dime, Lucía, que tengo poco tiempo. Estoy con el equipo preparando la salida de mañana.

—Tienes que borrarla, Mateo —dijo ella, y su propia voz le sonó extraña, frágil contra el estruendo de las olas—. La foto. Sabes perfectamente que no tenías derecho a publicarla.

Se produjo un silencio breve, interrumpido solo por un ruido de fondo: el tintineo de copas y risas distantes que provenían del otro lado de la línea. Era como si Mateo habitara una realidad distinta, una ciudad de luces de neón y cristal donde el honor era un concepto maleable.

—¿En serio te vas a poner así por una tontería? —la risa de Mateo, seca y carente de empatía, le cortó la respiración—. Básicamente, es una imagen inofensiva. No te hagas la interesante, que todos sabemos que te encanta el drama.

—No es una tontería para mí —replicó Lucía, sintiendo cómo una lágrima, fría por el aire, le bajaba por la mejilla—. Me has expuesto ante todo el mundo. Es una violación de mi intimidad, una falta de respeto absoluta.

—O sea, te estás tomando esto con una seriedad desproporcionada —insistió él, con ese tono condescendiente que solía usar cuando quería invalidar cualquier discrepancia—. Madrid te está esperando, no te hagas la interesante. Es solo una foto, Lucía. Supera tu trauma, que parece que el aire del norte te ha nublado el juicio.

Lucía cerró los ojos, apretando el teléfono contra su oreja. La frialdad de Mateo no era un accidente; era su arquitectura moral, una estructura rígida diseñada para proteger su ego a costa de cualquiera que se acercara demasiado. Ella, en su ingenuidad, había creído que compartían un terreno común, pero ahora veía con claridad que la suya era una geología de resentimiento y conveniencia.

—No voy a superarlo —dijo ella, con una firmeza que la sorprendió incluso a sí misma—. Quiero que la borres ahora mismo. Si no lo haces, entenderé exactamente qué tipo de persona eres.

—¿De verdad me vas a dar un ultimátum? —Mateo soltó una carcajada más larga—. No me hagas reír. No tienes poder alguno sobre mis redes ni sobre lo que decido compartir. Básicamente, te sugiero que te relajes y dejes de jugar a la víctima. La gente ya lo ha visto. ¿Qué esperabas? ¿Que el mundo se detuviera porque a ti te ha dado un ataque de moralidad?

Lucía alejó el teléfono, incapaz de escuchar más. La llamada se cortó, pero el eco de sus palabras seguía vibrando en el aire húmedo. Se sentía pequeña, un grano de arena arrastrado por una corriente que no podía controlar. Todo lo que había construido en Madrid, las amistades, las expectativas, las noches en el Conservatorio Superior de Música, se desmoronaba como una fachada mal cimentada. Comprendió que, para Mateo y sus círculos, ella nunca había sido más que un accesorio, una pieza que se mueve según la conveniencia del momento. La traición no era un evento aislado; era la naturaleza misma de su relación con ellos, una forma de consumo que ella no había querido reconocer hasta que fue demasiado tarde.

Se agachó y recogió un puñado de arena oscura, dejándola escurrirse entre sus dedos. La frialdad del grano húmedo fue lo único real en aquel momento de desorientación. Recordó la noche de hogueras, el fuego crepitando y la sensación de que, finalmente, estaba empezando a entenderse a sí misma, lejos de las miradas juiciosas de sus amigos madrileños. Sin embargo, la humillación que Mateo había provocado —esa exhibición pública de su intimidad, esa manera de convertir sus pensamientos en un chiste compartido— le dolía como un golpe físico. La distancia física no servía de nada; el daño había viajado a través de los cables, hasta encontrarla en la playa, recordándole que no podía escapar de su pasado mientras permitiera que esas personas tuvieran voz en su presente.

Se sentía totalmente desprotegida, expuesta a los elementos, sin el refugio de las certezas que una vez tuvo. El viento le revolvió el cabello, obligándola a apartar un mechón que se le pegaba a los labios. Tenía hambre, un vacío en el estómago que le recordaba que no había almorzado, y aquel malestar físico, mundano y cotidiano, le

resultó casi reconfortante. Era una sensación que no tenía nada que ver con el dolor abstracto de la traición. Era simplemente el cuerpo pidiendo algo que la realidad podía ofrecer.

Miró hacia el puerto, donde las luces de los barcos de pesca parpadeaban sobre el agua. Allí, entre las redes y el yodo, había una verdad que Mateo nunca comprendería: la honestidad de un trabajo que no necesita de validación externa, la sencillez de vivir sin máscaras. Ella ya no era la chica que ellos esperaban. La Lucía que había llegado a Caboalto estaba cambiando, endureciéndose como el sedimento que se comprime bajo el peso de las capas de roca. Ya no le pertenecían, y aunque la angustia seguía ahí, apretándole el pecho, había una nueva claridad en su visión. Madrid era un recuerdo de alguien que ya no existía. Aquí, en la orilla, al menos sabía quién era ella cuando nadie la observaba: una joven con los pies fríos y una libreta roja en el bolsillo, lista para empezar a escribir su propia historia, lejos de la influencia de quienes solo sabían destruir.

CAPÍTULO 11

Silencios rotos en el puerto

El puerto de Caboalto despertaba entre una neblina espesa que borraba los límites entre el cielo y el mar. El aire, cargado de aroma a bajamar y de un tufo persistente a diésel, se pegaba a la piel como una película viscosa. Lucía se ajustó la chaqueta, sintiendo el roce de la lana contra sus hombros mientras observaba el ir y venir de las embarcaciones. Las cadenas de los barcos metálicos chirriaban contra los postes de amarre con un ritmo seco, casi metálico, que le taladraba las sienas. A sus pies, un montón de redes de nailon, húmedas y enredadas, formaban un montón de formas caóticas que recordaban a los estratos de una falla geológica, una estructura de nudos que se negaba a ser deshecha. Tenía los dedos fríos y una pequeña mancha de humedad en la esquina de la boca donde se había mordido el labio sin darse cuenta mientras intentaba organizar el caos de sus pensamientos.

Iago apareció por la rampa de madera con la ligereza de quien conoce cada tabla suelta. Se detuvo a unos metros de distancia, lo suficiente para que la bruma los mantuviera en mundos distintos. Lucía sintió su presencia como un peso muerto; él representaba una normalidad que ella sentía que se desmoronaba bajo sus pies, como si fuera una cimentación mal calculada.

—La marea está baja —dijo Iago, su voz cortante como un golpe de viento—. Fíjate, apenas roza los pilares del muelle.

Lucía mantuvo la mirada fija en el horizonte, donde la línea de la costa se perdía en un azul desvaído. No quería girarse, no quería tener que enfrentarse a la transparencia de sus ojos.

—Ya —respondió ella, apretando los nudillos dentro de los bolsillos.

—¿Vas a estar aquí todo el día, Lucía? ¿O tienes planes? —preguntó él, dando un paso cauteloso.

—No sé —contestó ella. Su garganta se sentía seca, como si hubiera tragado arena.

Iago se acercó un poco más, apoyándose contra un poste con una naturalidad que a ella le resultó hiriente. Lucía notó que él olía a tabaco y a madera vieja, una mezcla que le recordaba que, a pesar de la cercanía, siempre habría una frontera invisible entre ellos. ¿Cómo explicarle que el mundo que él veía era sólido, mientras que el suyo se deshacía por dentro? La idea de aquel viejo patrimonio familiar, con sus muros encalados y su historia silenciosa, le pesaba ahora como un bloque de granito mal asentado, un lugar que ella quería retener pero que le daba la impresión de estar perdiendo sin saber bien por qué.

—Estás ausente, Lucía. Tú verás lo que haces, pero no parece estar aquí —insistió Iago, con un tono que buscaba una respuesta que ella no estaba dispuesta a darle.

El pecho de Lucía se apretó. Recordó la última vez que sintió esa misma presión, en la fiesta de Madrid, cuando ella misma, con una sonrisa que no llegaba a sus ojos, había escrito en su libreta roja, articulando su deseo de ser una persona diferente, mientras Mateo Reglero leía en voz alta las páginas que no estaban destinadas a nadie más. Ese momento, cuando su intimidad fue desnudada ante un grupo de personas que solo buscaban carnaza, se le clavó en el

pecho como un veneno tóxico que no dejaba pasar la luz. La humillación no era un evento pasado; era un presente continuo que la perseguía incluso aquí, en la seguridad de Caboalto.

—No tengo nada que decir, Iago. A veces, simplemente no hay nada —dijo ella, con una frialdad que la sorprendió a sí misma.

Intentó imaginar que ella era un edificio, una estructura que él intentaba leer, pero las columnas de su confianza estaban agrietadas. La libreta roja, oculta en el fondo de su bolso, le quemaba como si tuviera brasas dentro. Cada palabra que ella había escrito en sus páginas, cada secreto sobre su insatisfacción, ahora le parecía una amenaza, un riesgo que no podía permitirse que nadie más, ni siquiera él, llegara a descifrar.

—Vale —concedió Iago, soltando un suspiro largo—. Si quieres silencio, tendrás silencio. Pero no me pidas que finja que no pasa nada cuando te veo así, como si estuvieras a punto de resquebrajarte.

Lucía sintió una punzada en la sien. El aire olía de repente a pescado crudo y a la humedad del puerto, un olor tan real, tan pedestre, que le provocó un mareo leve. Se separó del muro y comenzó a caminar por el muelle, alejándose del hombre que, a pesar de sus intentos, no podía comprender la magnitud de la crisis que habitaba en ella.

—Tengo que irme —murmuró, sin mirar atrás.

Iago se quedó allí, un guardián de un puerto que ella ya no sentía como su hogar. Mientras se alejaba, el sonido de sus pasos sobre el hormigón agrietado resonaba con un eco metálico. Lucía sintió que cada paso la alejaba más de la posibilidad de ser comprendida. Había buscado en Caboalto un refugio, pero el puerto, con su ince-

sante movimiento de barcos y redes, solo le devolvía el reflejo de una vida en constante cambio, un lugar donde, a pesar de todo, ella seguía siendo una extranjera.

Se detuvo un instante ante una pila de redes, observando cómo la niebla se tragaba el muelle. Tenía que decidir: seguir huyendo hacia la casa de Avelina. Pero, por ahora, el silencio era lo único que podía permitirse. El peso de su propia historia la mantenía atada a la tierra.

* * *

La humedad del puerto se adhería a la piel como una película aceitosa, cargada de un efluvio marino que dejaba un regusto metálico en la lengua. A cada lado del pantalán, los cascos de los barcos cabeceaban con una cadencia hipnótica, chocando contra las defensas de caucho con un sordo golpeteo que resonaba en los dientes de Lucía. Era un ritmo constante, casi mecánico, que no ofrecía tregua al caos que le palpitaba en la sien izquierda. El aire olía intensamente a gasóleo y a pescado viejo, una mezcla que le revolvía el estómago mientras sus pies sorteaban las bobinas de cabos y las redes amontonadas, formando relieves de una geología áspera y enredada sobre el hormigón. Una pequeña mota de polvo, quizá una escama de bacalao, se le pegó al labio superior y, con un gesto mecánico, se la quitó mientras observaba cómo las gaviotas se disputaban los restos de una caja de plástico volcada. Todo en aquel entorno le resultaba pesado, como si la misma arquitectura del muelle estuviera diseñada para mantenerla anclada a una realidad que no era la suya, una estructura de hierro y hormigón que le impedía articular cualquier pensamiento que no fuera el de su propio aislamiento.

Iago apareció desde detrás de una caseta de madera, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta desgastada. Su presencia era una intrusión, una nota discordante en el murmullo de la dársena. Se acercó con la seguridad de quien conoce cada grieta del suelo, sorteando los charcos de agua sucia con una naturalidad que a ella le parecía una afrenta a su propia torpeza. Lucía apretó la correa de su bolso, donde la libreta roja descansaba como una carga pesada, y fijó la vista en un remolcador que se balanceaba con parsimonia a pocos metros. No quería que él la viera, pero el sonido de sus pasos sobre el metal del pantalán, un golpe seco y rítmico, delataba su aproximación.

—Te he visto desde el muelle principal —dijo Iago, deteniéndose a una distancia prudente—. Fíjate, si no te conociera, diría que estás esperando a alguien que ya se ha ido.

Lucía sintió una punzada en la sien. Se pasó una mano por el cabello, sintiéndolo apelmazado por la humedad, y negó con la cabeza sin mirarlo. Sus dedos rozaron un pequeño corte en el borde de su falda, un deshilachado que se había hecho esa misma mañana con una esquina de la mesa en la casa de Avelina.

—No espero a nadie, Iago. Solo necesitaba caminar —respondió ella, forzando un tono neutro que ocultara su irritación—. No sé por qué te empeñas en buscarme.

—Porque el camino es estrecho y al final solo hay agua —contestó él, con esa calma directa que a veces la desesperaba—. Tú verás, pero no parece el mejor sitio para pasear cuando tienes esa cara de pocos amigos.

Lucía soltó un suspiro, sintiendo cómo el cansancio se le acumulaba en los hombros. La presencia de Iago era un recordatorio constante de su incapacidad para encajar, de cómo cada palabra suya

parecía desmoronarse ante la solidez de la vida de él. Ella era un error de cálculo en aquel puerto, una pieza que no encajaba en los engranajes de la vida marinera.

—No necesito que nadie me vigile, gracias —dijo ella, girándose por fin para enfrentarlo. Sus ojos se encontraron, y Lucía sintió que la mirada de él, habituada a los horizontes y a la claridad del mar, atravesaba sus defensas—. ¿Es que no tienes nada mejor que hacer que seguirme? ¿Alguna práctica, algún ensayo para el Conservatorio Superior de Música?

Iago se encogió de hombros, imperturbable. Observó el movimiento de una red que alguien izaba a lo lejos, un gesto que para él era instintivo, una forma de leer el mundo que ella jamás podría traducir.

—La música puede esperar, Lucía. La marea, en cambio, no hace concesiones. A veces hay que saber cuándo parar y simplemente observar. Tú verás.

Ella apretó los labios. La insistencia de Iago era como una costra que se acumulaba en el fondo de su paciencia, una capa de expectativas ajenas que la enterraba poco a poco. Deseaba que él se marchara, que la dejara sola con su migraña y con el eco de sus propios pensamientos, pero el silencio que se instaló entre ambos era tan tenso que parecía vibrar. A unos pasos de ellos, un marinero gritó algo ininteligible a un compañero, un sonido que rebotó contra las paredes de los almacenes y se perdió en el aire pesado. Lucía sintió un picor en el brazo y se rascó con vehemencia, desesperada por sentir algo que no fuera aquella opresión.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Lucía, bajando la voz—. ¿Quieres que te diga que me voy a quedar? ¿Que la casa de Avelina es mi sitio? Porque no lo es. Todo aquí es un caos constante, Iago. No pertenezco a este lugar, y tú deberías dejar de fingir que hay algo que salvar.

Iago se quedó en silencio un momento, mirando hacia la bocana del puerto, donde la luz del atardecer comenzaba a teñir el agua de un azul ceniciento. Se notaba que buscaba las palabras, pero su vocabulario era tan directo, tan carente de artificios, que cualquier intento de consuelo sonaba a reproche.

—Nadie te ha pedido que salves nada —dijo finalmente—. Fíjate en cómo están las cosas. Solo te pregunto si vas a estar aquí mañana. Es una pregunta sencilla.

—No lo sé —respondió ella, y esta vez, su voz tembló ligeramente—. No sé si estaré aquí, no sé si habrá casa, y no sé por qué te importa tanto. Es agotador, Iago. No quiero hablar de planes, ni de música, ni de lo que pasará después. Solo quiero estar un momento sin que nadie me examine como si fuera un problema que hay que resolver.

Se dio la vuelta, ignorando la expresión de él. Necesitaba alejarse, poner distancia física entre ella y el puerto antes de que el mareo se volviera insoportable. Empezó a caminar, primero con pasos medidos, intentando mantener la compostura, y luego más rápido, dejando que el sonido de sus suelas contra el suelo de cemento ahogara cualquier otra intención de Iago de seguirla. A medida que se alejaba, el olor a diésel se disipaba y era reemplazado por la humedad del mar abierto, una brisa más fría que le golpeó la cara y

le alivió momentáneamente la presión en la frente. No miró hacia atrás, ni siquiera cuando escuchó una última vez su nombre siendo pronunciado por el socorrista.

Cada paso hacia el final del muelle se sentía como una huida, un intento desesperado por recuperar una parcela de privacidad que sentía que le estaba siendo arrebatada por todos los frentes. La libreta roja, oculta bajo su brazo, le recordaba que cada palabra que escribía era un secreto que temía ver expuesto, una confesión que no estaba dispuesta a compartir con nadie, y menos con alguien como Iago, cuya vida era un libro abierto frente al mar. Se detuvo al borde del pantalán, donde las olas rompían con una violencia contenida contra las rocas del rompeolas, y cerró los ojos, dejando que el viento le despeinara el pelo. El dolor de cabeza seguía allí, punzante y constante, pero al menos, por unos instantes, la soledad era absoluta. No quería respuestas, no quería consuelo; solo quería que el puerto la dejara de mirar, que el mundo dejara de pedirle cuentas por existir. Se quedó allí, inmóvil, mientras la sombra de Iago se desdibujaba en la distancia, sabiendo que, a pesar de su rechazo, el peso de su propia incertidumbre era una carga que tendría que arrastrar sola, un lastre que ni el mar ni el silencio podían aliviar.

* * *

La bruma marina se pegaba a los labios de Lucía, una costra húmeda que sabía a rencor y a la humedad persistente del puerto. A sus pies, la madera del muelle crujía con un sonido sordo, rítmico, mientras las barcazas golpeaban las defensas de caucho con un vaivén monótono. Era un sonido que solía calmarla, pero hoy, bajo la luz mortecina de las farolas que empezaban a parpadear, le resultaba inquietante, como el tictac de un reloj que marcaba los segundos

que le quedaban antes de perderlo todo. Se pasó la mano por la nuca, sintiendo el picor de un mechón de pelo enredado por el viento, y apretó la libreta roja contra su pecho con tanta fuerza que los bordes de cartón le dejaron marcas en la piel.

Recordó la imagen de Mateo en la terraza de Madrid. Aquella intrusión no era solo una falta de respeto; era la confirmación de que, hiciera lo que hiciera, siempre habría alguien dispuesto a usurpar su voz. La rabia, fría y afilada, le subió por el cuello. Aquí, en Caboalto, el aire debería haber sido distinto, pero se sentía tan atrapada como en el Conservatorio Superior de Música, donde la mirada de sus padres siempre planeaba sobre ella como una losa de granito. Se obligó a mirar el agua negra, buscando en su profundidad un refugio que no encontraba. Todo lo que había construido en estas semanas parecía ahora un castillo de naipes a punto de desplomarse.

—Lucía, no tienes por qué irte así. Solo estaba intentando hablar —la voz de Iago llegó desde unos pasos atrás, grave y directa como siempre.

Ella no se giró. El sonido de sus botas sobre el hormigón, una cadencia familiar y terrenal, le provocó una punzada de migraña justo detrás del ojo izquierdo. Se llevó los dedos a la sien, frotando con desesperación.

—¿Hablar de qué, Iago? ¿De lo que crees que necesito? —Lucía se volvió finalmente, con el rostro tenso—. No sé por qué te empeñas en buscar explicaciones donde solo hay ganas de silencio.

Iago se detuvo, manteniendo una distancia prudente. Sus hombros, anchos y acostumbrados a la carga de las redes, se tensaron bajo la camiseta húmeda.

—Fíjate en cómo me tratas. Ni siquiera me has dejado explicarte lo de esta mañana. Tú verás qué haces con lo que sientes, pero no me trates como si fuera un extraño que se ha colado en tu vida.

Lucía sintió una grieta en su pecho, una desconexión insoportable entre la necesidad de ser comprendida y el miedo atroz a que cualquier conexión se convirtiera en otra atadura. Si dejaba que Iago se acercara, si le contaba sobre las presiones de su madre, sobre la venta de la casa de Avelina o sobre el vacío que sentía al pensar en su futuro, él se convertiría en un testigo de su fracaso. Y ella no quería testigos. Quería ser invisible.

—No eres un extraño, Iago, pero eso no te da derecho a invadir este espacio —respondió ella, su voz apenas un susurro tenso—. Tú tienes tus planes, tu música, tu forma de entender este lugar como si fuera un escenario. Yo solo intento sobrevivir a este verano sin que nadie más me diga quién debo ser.

—Tú sabes que eso no es verdad —replicó él, negando con la cabeza—. Aquí, frente al mar, no eres la niña que tus padres quieren llevar a Madrid. Aquí eres otra persona. O al menos lo eras hasta hace cinco minutos.

Lucía sintió que el agotamiento la vencía. Su cuerpo pesaba, cargado con el resto de meses de fingimiento. La tentación de dejar caer la libreta, de gritarle que su vida era una farsa y que ella era la principal cómplice, le quemó la garganta. Pero en lugar de eso, alzó un muro, el único mecanismo de defensa que le quedaba para proteger su frágil integridad.

—¿Crees que puedes entenderme porque sabes cómo huele el puerto a bajamar? —la pregunta de Lucía salió cargada de una crueldad que no reconoció como propia—. Eres un buen socorrista, Iago.

Seguramente serás un trompetista decente. Pero no tienes ni idea de lo que significa que te arrebatan hasta el último rincón de tu privacidad. Para ti, esto es una salida. Para mí, es un naufragio.

Iago se quedó inmóvil. La luz de una farola le golpeó el rostro, dejando en sombra la mitad de sus facciones, pero Lucía pudo ver cómo sus ojos se oscurecían. El dolor no era una explosión; era una retirada, un desvanecimiento lento de la chispa que solía brillar cuando hablaban de música o del horizonte.

—Si eso es lo que piensas de mí, entonces no hay nada más que decir —dijo él, con una parquedad que dolió más que cualquier reproche.

—Exacto —respondió Lucía, aunque el corazón le latía contra las costillas con una violencia impropia—. No hay más que decir.

Se dio la vuelta antes de que él pudiera ver cómo se le empañaban los ojos. El muelle parecía interminable. Cada paso que daba alejándose de Iago era una confirmación de su soledad, un paso más hacia ese lugar sin cobijo donde ningún otro ser humano podría alcanzarla. Escuchó sus pasos retroceder, un sonido seco que se perdía entre el golpeteo de los cabos contra los mástiles. No se detuvo. No miró atrás. Se internó en las callejuelas empedradas del pueblo, donde el olor a pescado fresco y diésel todavía flotaba en el aire, sintiendo que con cada segundo que pasaba, el abismo entre ella y el resto del mundo se volvía más profundo, más real, más insalvable. El dolor en su frente era ahora un pulso constante, un recordatorio físico de que, a partir de ese momento, estaría sola. Totalmente sola.

Verdades amargas en la panadería

El aire dentro de la panadería pesaba, saturado por el aroma a levadura y el calor denso que irradiaba el horno de leña al fondo del local. Al cruzar el umbral, la campanilla sobre la puerta anunció su llegada con un tintineo agudo, pero Lucía apenas lo registró. El contraste térmico fue brutal; el vaho del interior se condensó instantáneamente sobre los cristales de sus gafas, cegándola por completo. Se las quitó con un gesto torpe, frotándose los ojos, y el mundo se convirtió en una mancha borrosa de sombras y claroscuros donde el calor, más que reconfortar, le oprimía el pecho como una losa. Un tic nervioso le recorrió el párpado izquierdo, un recordatorio físico de la migraña que amenazaba con aparecer tras la discusión en el puerto. Apoyó las manos, aún frías y temblorosas, sobre la madera gastada del mostrador, sintiendo la textura de la harina esparcida como un polvo de estrellas olvidadas sobre la superficie.

Olalla no levantó la vista de inmediato. Sus manos, blancas por el trabajo, se hundían en una masa elástica con un ritmo mecánico, casi violento, que hacía crujir la corteza de un pan recién sacado de la bandeja metálica. Lucía intentó articular un saludo, pero su garganta se cerró, bloqueada por un nudo de amargura.

—No te quedes ahí parada, Lucía, elige algo. O dime a qué has venido, ¿sabes? —la voz de Olalla cortó el silencio, seca y directa, sin el rastro de la calidez que Lucía esperaba encontrar.

Lucía bajó la cabeza, observando cómo sus propios dedos, finos y nerviosos, se entrelazaban sobre el mostrador. La tensión del encuentro con Iago todavía le quemaba en la nuca; el modo en que él la había mirado, como si ella fuera una extraña, un cuerpo extraño en su mundo de redes y de mar abierto, era una disonancia que no lograba encajar en su mente.

—Solo necesitaba... respirar —murmuró Lucía, aunque el aire allí dentro sabía a trabajo duro y a una realidad que no le pertenecía.

Olalla se detuvo. Limpió el exceso de harina de sus manos frótándolas con un trapo, dejando una estela blanquecina en su delantal oscuro. Sus ojos, afilados como el borde de un acantilado, escrutaron a Lucía con una severidad que no dejaba lugar a la complacencia.

—He visto a Iago bajar del muelle hace poco. Tenía la cara de quien acaba de ver a un fantasma o de quien se ha cansado de cargar con pesos ajenos —dijo Olalla, manteniendo una distancia infranqueable—. Aquí las cosas son como son, no como quieres que parezcan, Lucía. No esperes que te dé la razón solo porque has venido a buscar refugio entre mis panes.

Lucía sintió que el suelo se le movía bajo los pies, un estrato inestable que cedía ante la presión de su propia culpa. ¿Cómo podía explicarle que su vida, vista desde fuera, parecía una construcción sólida, cuando en realidad se sentía como una ruina a punto de desplomarse? Pensó en la libreta roja, oculta en el fondo de su mochila, con sus páginas llenas de confesiones que le quemaban el alma. La intrusión de Mateo, aquel que había decidido exhibir sus secretos como si fueran mercancía pública, había dejado una herida que no

cerraba. Madrid era un lugar donde la privacidad se desvanecía, y ahora, en Caboalto, sentía que tampoco tenía un rincón donde ser ella misma.

—No quiero que me des la razón, solo... me faltan las palabras — dijo Lucía, buscando las palabras exactas, pero encontrando solo el eco de su propia inseguridad—. Supongo que me he sentido fuera de lugar. Siempre.

—El problema de buscar consuelo es que a veces solo encuentras un espejo —replicó Olalla, volviendo a su masa, el amasado cada vez más firme—. Ya es tarde para pretender que no pasa nada. Si buscas respuestas, pregúntatelas a ti misma, no al primero que te cruces en la calle. ¿Es que acaso esperabas que el mundo se detuviera por tus dramas?

Lucía sintió una punzada en la sien. Aquella frialdad era un recordatorio brutal de que su presencia en Caboalto era, en el mejor de los casos, una anomalía. La propiedad familiar, con su corredor encalado y su jardín orientado al puerto, se sentía cada vez más ajena, una estructura cuyas paredes parecían cerrarse sobre ella mientras su madre, desde lejos, movía hilos que ella no podía ver.

—Ya —dijo ella, con un hilo de voz—. Ya entiendo.

Se quedó allí, inmóvil, observando el polvo de harina suspendido en el haz de luz que entraba por la ventana. Era un paisaje monótono, sin la grandilocuencia de las cosas que le contaban en el instituto. Se dio cuenta de que no había huida posible; el recuerdo de la mirada de Mateo, invasiva y triunfante, le volvió a la mente con la nitidez de una fotografía quemada. Él había roto el límite, había expuesto lo más íntimo de su ser, y aquí, bajo el escrutinio de Olalla, Lucía se sintió tan vulnerable como alguien que se ha quedado sin techo bajo el sol de justicia de un mediodía de agosto.

Olalla suspiró, un sonido que mezclaba el cansancio con algo parecido a la compasión, aunque no se permitió suavizar su expresión.

—En fin, si tienes hambre, el pan es lo único que puedo ofrecerte gratis —añadió la panadera, señalando una barra dorada sobre la mesa—. Pero si lo que quieres es que te diga que todo va a ir bien, mejor vuelve cuando estés preparada para aceptar que Caboalto no es un escenario para tus fugas.

Lucía asintió, sintiendo el peso de la realidad caer sobre sus hombros. La tentación de sacar la libreta, de volcar su angustia sobre el papel, era abrumadora, pero se contuvo. Necesitaba que esa parte de ella siguiera siendo suya, un último bastión ante un entorno que, pieza a pieza, le arrebatava su voluntad. Se giró hacia la puerta, sintiendo cómo el frío de la tarde comenzaba a filtrarse por la madera vieja, un recordatorio de que, aunque el verano persistiera, el tiempo se agotaba inexorablemente, dejando tras de sí solo el residuo de sus propias decisiones. Sin decir nada más, salió a la calle, dejando que el tintineo de la campanilla se perdiera tras ella en el bullicio del puerto.

* * *

El aire dentro de la panadería estaba tan espeso con la harina en suspensión que Lucía sintió cómo se le pegaba a la garganta con cada respiración. El zumbido constante de la amasadora mecánica, un sonido sordo y rítmico que vibraba en el suelo de madera, parecía marcar el pulso de su propio nerviosismo. Se aferró al borde del mostrador, notando la superficie fría y pulida bajo sus dedos, mientras intentaba ignorar el picor en sus ojos. Un rastro de sudor le bajaba por la nuca, una molestia física que se sumaba a la pesadez

que arrastraba desde que cruzó el umbral. Olalla, con los brazos enharinados hasta los codos, no levantó la vista de la masa que estaba plegando con movimientos mecánicos y decididos. El calor que irradiaba el horno era casi insoportable, una bofetada de aire seco que contrastaba con la humedad salada que entraba desde el puerto cada vez que la puerta se abría.

Olalla dejó caer la masa sobre el mármol con un golpe seco que resonó en el local vacío. Se secó las manos en el delantal con una parsimonia que a Lucía le resultó deliberadamente irritante.

—¿Te vas a quedar ahí mirando cómo trabajo o vas a decirme de una vez qué te pasa por la cabeza? —preguntó Olalla, sin elevar la voz, pero con una firmeza que obligó a Lucía a enderezarse—. No me mires con esa cara de niña a la que le han quitado un juguete. Aquí el tiempo no se detiene porque tú decidas que el mundo es un lugar injusto.

Lucía tragó saliva, sintiendo el gusto a harina y levadura en el paladar. Se sintió como un edificio cuya cimentación hubiera sido socavada por una filtración constante, una estructura que amenazaba con venirse abajo ante el menor sismo.

—Ni idea de a qué te refieres, Olalla —respondió Lucía, intentando que su voz no temblara—. Solo necesitaba un momento de paz. Las cosas en casa están... tensas.

—Las cosas en casa están como tú permites que estén —cortó Olalla, acercándose al mostrador. Sus ojos, oscuros y directos, no mostraban ni un ápice de lástima—. Te escondes tras esa libreta, como si fueras la única persona en este pueblo con problemas. ¿Sabes? La gente aquí tiene memoria, y lo que estás haciendo con Iago es una falta de respeto imperdonable.

Lucía bajó la mirada hacia sus manos, que jugueteaban nerviosas con el dobladillo de su camiseta. Un mechón de pelo se le pegó a la mejilla sudorosa, una molestia nimia que, sin embargo, le impedía concentrarse.

—Iago no entiende lo que significa para mí todo esto —dijo Lucía, eligiendo sus palabras con cuidado—. Él ve Caboalto como su hogar, pero para mí, esto es solo un lugar donde todo se desmorona. Siento que mi identidad es una falla geológica que se ensancha cada vez que intento explicarles quién soy.

—Tu identidad no es una falla, Lucía, es una excusa —respondió la panadera mientras comenzaba a limpiar la mesa con un trapo—. Te escudas en la ruptura con Mateo para justificar tu frialdad, pero Mateo ya no está aquí. Tú eres la que sigue alimentando ese dolor como si fuera un tesoro. Estás creando un vacío en tu propia vida, una grieta que tú misma te niegas a reparar porque te da miedo ver lo que hay al otro lado.

Lucía sintió un pinchazo de migraña comenzando detrás de su sien izquierda, un latido punzante que le nublabla la visión. Cerró los ojos un instante, intentando visualizar su vida como un plano arquitectónico, tratando de encontrar el muro maestro que sostuviera su voluntad, pero solo encontró ruinas. Recordó la tarde en que Iago había intentado hablar con ella frente al puerto, la forma en que él la miraba buscando una verdad que ella le negaba sistemáticamente, protegiendo sus secretos como si fueran reliquias sagradas. Aquel día, la brisa marina le había traído el aroma a profundidad oceánica y a esperanza, un contraste doloroso con la amargura que ella destilaba.

—No es tan simple —susurró Lucía—. No puedes pedirme que abra las puertas de mi vida cuando todo lo que he construido se ha convertido en polvo.

—Pues sigue guardando el polvo en esa libreta tuya —replicó Olalla, encogiéndose de hombros—. Pero no esperes que el resto del mundo se quede quieto mientras tú te hundes en tu propio lodo. Iago es un buen chico, y se merece algo mejor que una sombra que teme a su propia sombra. ¿Sabes? A veces, la mayor valentía consiste en dejar de protegerse de lo que ya te ha herido. En fin, tú sabrás.

Lucía sintió que el suelo bajo sus pies perdía solidez. La dureza de Olalla no era una agresión, sino un espejo, y ver su propio reflejo descompuesto en la mirada de la panadera le provocó una náusea repentina. Se obligó a respirar hondo, buscando el aire fresco que, a duras penas, se filtraba por la rendija de la puerta. Necesitaba salir, necesitaba correr hasta que sus pulmones ardieran y el ritmo de sus pasos ahogara la voz de Olalla, que seguía retumbando en su cabeza con la precisión de un martillo.

—No quiero dañarle —dijo Lucía, y esta vez su voz sonó pequeña, despojada de cualquier pretensión de superioridad.

—Ya lo has hecho —sentenció Olalla, volviendo a su labor con los panes—. El daño no es un evento futuro, es algo que ya está ocurriendo. Si quieres cambiar eso, tendrás que dejar de tratar a todos como si fueran parte de un escenario que puedes desmontar a tu antojo.

Lucía se quedó inmóvil, observando cómo las manos de la mujer amasaban con una seguridad aplastante. Un hormigueo le subió por los brazos, una sensación de entumecimiento que la obligó a apretar los puños. Se sentía pequeña, vulnerable, como si estuviera desnuda frente al escrutinio de la vida de un pueblo que no le pertenecía. La

tentación de sacar la libreta y escribir una justificación, una mentira piadosa que explicara su comportamiento, le quemaba en el bolsillo del pantalón. Pero, por primera vez, el peso del papel le pareció insoportable.

Se giró hacia la salida, sintiendo el cambio de temperatura mientras la puerta se abría con un chirrido metálico. El aire del atardecer le golpeó la cara, pero no trajo el alivio que esperaba. Afuera, el puerto seguía con su rutina, los barcos balanceándose en el agua oscura y los pescadores recogiendo sus redes. Nada de lo que ella sintiera cambiaría ese orden, y esa constatación le resultó más aterrador que cualquier confrontación. Se alejó de la panadería sin mirar atrás, con los hombros tensos y el sabor de la levadura, persistente y amargo, todavía en sus labios. Cada paso que daba sobre el empedrado de la calle le recordaba que estaba sola en su propia desolación, un territorio que ella misma había cartografiado y que, sospechaba, estaba empezando a hacerse demasiado pequeño para contenerla.

* * *

El calor en la panadería era un ente denso, un abrazo sofocante que se pegaba a la piel y hacía que el simple acto de respirar se volviera una tarea pesada. Olalla golpeaba la masa contra la mesa de madera con una cadencia hipnótica, un ritmo de percusión sorda que parecía marcar el pulso mismo de Caboalto. Lucía permanecía junto al marco de la puerta, sintiendo cómo el polvo de harina se depositaba en sus pestañas, una fina capa blanquecina que le confería un aspecto fantasmagórico. Cada vez que el horno crepitaba, soltando un siseo de madera quemada, Lucía se tensaba, como si el sonido fuera una recriminación directa a su indecisión. Olalla no se

detenía; sus antebrazos, marcados por pequeñas quemaduras antiguas, se movían con la soltura de quien no necesita pensar para sobrevivir. Aquella determinación, cruda y sin adornos, hacía que las dudas que Lucía cargaba en su interior parecieran juguetes rotos, objetos sin valor ante la urgencia vital de aquel oficio.

Olalla se detuvo en seco, dejando las palmas apoyadas sobre la masa blanda. Se limpió el sudor de la frente con el dorso de la mano y miró a Lucía con una fijeza que desarmaba, sin rastro de esa amabilidad social que Lucía estaba acostumbrada a recibir en la capital.

—¿Te vas a quedar ahí mirando cómo trabajo, o es que esperas que el pan se hornee solo con tu presencia? —preguntó Olalla, su voz cortando el aire estancado—. Dime, niña, ¿qué haces aquí realmente? Y no me salgas con cuentos, que ya nos conocemos.

Lucía sintió un pinchazo en la boca del estómago, una punzada de hambre que, paradójicamente, le quitó cualquier deseo de comer. Se fijó en un paño de cocina sucio, olvidado sobre el mostrador, y en cómo una mosca insistía en posarse sobre el borde de un cuenco metálico.

—Quién sabe —respondió Lucía, y la palabra sonó vacía incluso para ella misma—. Supongo que solo busco un poco de aire.

—¿Aire? —Olalla soltó una carcajada seca—. Aquí el aire es aliento de tormenta y trabajo, no es ese aire limpio que os venden en las revistas. Te veo caminar por la rambla, siempre con la mirada baja, como si pidieras perdón por ocupar espacio. ¿Es esto lo que quieres, o simplemente te han dicho que es lo que te toca? ¿Sabes? A veces parece que vives para que otros no tengan que esforzarse en entenderte.

Lucía bajó la vista, sintiendo cómo la distancia entre lo que sentía y lo que permitía que los demás vieran se hacía más profundo. En Madrid, todo estaba dispuesto como una fachada arquitectónica, muros de carga invisibles que sus padres habían levantado para que ella no hiciera más que habitarlos. La idea de que su vida fuera un diseño ajeno, un plano trazado por manos que no eran las suyas, la asfixiaba. Aquí, en la panadería, la harina era una sustancia honesta; si te equivocabas, la masa no subía. No había margen para la diplomacia, ni para ocultar los errores bajo una capa de cortesía.

—Mis padres tienen sus planes —dijo Lucía, intentando que su voz no temblara—. Esperan que vuelva, que siga con Mateo, que mantenga el ritmo. Supongo que es más fácil ser la persona que otros necesitan que enfrentarse al vacío de no saber qué quieres ser tú misma.

Olalla se acercó, arrastrando los pies. Su presencia llenaba el espacio con una autoridad tranquila.

—Mateo no es más que otro ladrillo en el muro que te están construyendo —sentenció Olalla—. Él se cree con derecho a entrar en tu vida sin llamar, igual que tus padres se creen con derecho a vender esta casa. ¿Tú qué piensas de todo eso? ¿O es que la mella de tanto cumplir con las expectativas te ha dejado sin voz?

Lucía sintió una súbita oleada de calor que nada tenía que ver con el horno. Recordó a Mateo, su insistencia por conocer cada detalle de su día, su intromisión constante que ella había confundido con interés. Él no la veía a ella; veía un componente de su propia estabilidad social.

—A veces siento que mi vida es un ejercicio de contención —admitió Lucía, dejando que la confesión escapara sin filtro—. Como si mi esencia se estuviera erosionando por el roce constante con los

deseos de los demás. Cuando estoy aquí, contigo, me pregunto si soy capaz de sostener algo que sea exclusivamente mío, o si mi identidad es solo el reflejo de las personas que me rodean.

—Es una pregunta peligrosa, Lucía —respondió Olalla, bajando el tono, casi como un murmullo—. Pero es la única que vale la pena hacerse. ¿Te da miedo saber qué hay debajo de todo ese sacrificio? ¿Te da miedo descubrir que, si dejas de servir a los demás, quizá no encuentres nada?

Lucía guardó silencio. Un campanilleo lejano, el anuncio de que alguien pasaba por la puerta principal de la calle, le devolvió a la realidad del pueblo. Se dio cuenta de que había estado usando su abnegación como un escudo. Si ella era la hija perfecta, la novia ejemplar, la chica que nunca causaba problemas, entonces no tenía que responder a la pregunta de quién era Lucía Calderón Bensaude. Podía seguir escondida, esperando a que el tiempo pasara mientras el mundo decidía su destino por ella.

—Es una forma de protección, supongo —dijo Lucía, tratando de hilar sus pensamientos—. Si me entrego a los demás, no tengo que hacerme cargo de mi propio extravío. Si el barco se pierde, es culpa del capitán, no mía. Pero en el fondo, sé que soy yo quien ha soltado las amarras.

Olalla volvió al horno, su figura recortada contra el resplandor anaranjado. Su labor era necesaria, terrenal, innegable.

—Pues ya es hora de que cojas el timón, niña. Antes de que el viento te lleve a un lugar donde ni tú misma te reconozcas. En fin, si te quedas ahí plantada, la masa se va a endurecer y perderemos el día.

Lucía asintió, aunque el miedo no desapareció. Se acercó a la mesa, sintiendo la textura de la harina bajo sus dedos, un contacto que se sentía más real que cualquier conversación que hubiera mantenido en meses. Se preguntó cuántas veces más tendría que sentir esa quemazón antes de ser capaz de cambiar el rumbo. Por primera vez, el peso en su bolsillo, la libreta roja, no le pareció un refugio, sino una cuenta pendiente. Tenía que escribirlo, sí, pero también tenía que empezar a vivirlo, incluso si eso significaba derrumbar todo lo que habían construido a su alrededor. Se ajustó el pelo, sintiendo un mechón rebelde caer sobre su frente, y por un instante, el calor del horno le pareció menos una amenaza y más una advertencia: el pan debía cocerse, y ella, al fin, estaba empezando a entender que su propia vida no podía ser una excepción.

* * *

El silencio en el obrador era una presencia sólida, casi tan tangible como la harina que flotaba en el aire, suspendida en la luz dorada que se filtraba por la pequeña ventana. Olalla había salido hacia el despacho, dejándola sola con el goteo rítmico y persistente de un grifo mal cerrado. *Toc, toc, toc*. Cada gota golpeaba el metal con una precisión implacable, marcando los segundos de un tiempo que, se dio cuenta, ya no le pertenecía a nadie más que a ella. Lucía observó el agua, fascinada por la regularidad del sonido, preguntándose si ella misma había pasado toda su vida esperando a que alguien cerrara esa llave, a que alguien decidiera por ella cuándo el tiempo dejaba de desperdiciarse.

Se miró las manos. Estaban cubiertas de una capa blanca y fina de harina, un polvo que se metía en los pliegues de sus nudillos y bajo las uñas. Eran manos que habían pasado demasiado tiempo en

reposo, manos esculpidas para la inacción, para el gesto elegante que no mancha. Había pasado años intentando encajar en los moldes que otros habían diseñado para ella, como si su propia existencia fuera una cimentación de piedra que se veía obligada a sostener una estructura inestable, ajena y pesada. Sus dedos, ahora pegajosos por la masa que acababa de amasar, le parecieron extraños, como si pertenecieran a una desconocida que, de repente, se hubiera despertado en su cuerpo. Se preguntó si ese era el principio de su propia cimentación personal: reconocer que la forma de su vida no era una casualidad, sino el resultado de haber aceptado cada ladrillo que le impusieron.

Mientras limpiaba la mesa de madera, sus dedos rozaron el bolsillo de su delantal, donde descansaba la libreta roja. El cuero gastado de la cubierta le recordó el día que empezó a escribir en ella, allá en Madrid, cuando el ruido de la ciudad le resultaba insoportable y el silencio de su habitación le parecía un abismo. En aquel entonces, cada página era un intento desesperado por encontrar un punto de apoyo en medio de una vida que se le escapaba entre los dedos. «¿Qué soy cuando nadie mira?», había escrito en la primera hoja, con una letra temblorosa. Ahora, en el obrador de Olalla, la respuesta le parecía tan obvia que casi le dolía. Había usado la escritura como un muro contra la inestabilidad, una forma de contener el miedo, pero la libreta también se había convertido en una condena: un registro de todas las veces que no se había atrevido a alzar la voz.

¿Cuántos de sus miedos a Madrid eran reales? Se detuvo, apoyando las manos en la superficie harinosa. ¿Cuántos eran solo pretextos para no tener que enfrentarse a la posibilidad de fracasar bajo sus propios términos? Mateo, con su arrogancia y su desprecio por

los límites, había sido la excusa perfecta para esconderse tras una fachada de víctima. Pero al recordar la manera en que él había invadido su espacio, no sintió el terror de antes, sino una extraña claridad. Era mucho más fácil culpar a los demás de los muros que ella misma había levantado. La insatisfacción no era una consecuencia de su entorno, sino una arquitectura que ella había ayudado a sostener con su silencio y su complacencia.

Se puso a recoger los boles de metal con una cadencia solemne, casi ritual. El sonido metálico del acero contra la encimera resonaba en las paredes encaladas. Cada cuenco, cada espátula, cada paño de cocina que colocaba en su sitio le devolvía una sensación de control que jamás había experimentado. No era la autoridad de los demás, sino la suya propia, pequeña y humilde, pero innegablemente suya. Había pasado tanto tiempo temiendo el juicio externo que se le había olvidado cómo reconocer su propio valor. Mientras ordenaba los utensilios, sintió una punzada de hambre —un vacío en el estómago que le recordó que era humana, que estaba allí, viva— y, por un instante, no quiso nada más que ese momento de honestidad bruta.

Pensó en Iago. Pensó en el sonido de su trompeta, una frecuencia que parecía vibrar en los cimientos de la villa, y se preguntó si lo que sentía por él era algo tan simple como un refugio. No, se corrigió, sintiendo el calor del horno que aún irradiaba hacia su espalda. Eso no era una huida. Lo de Iago era una confrontación, un espejo honesto donde ella se veía reflejada como alguien que finalmente se atrevía a desear algo sin pedir permiso. Él no buscaba encajarla en ningún plano, ni le pedía que cumpliera con una función predeterminada. Iago simplemente estaba allí, con sus propias grietas y su propia música.

Se secó el sudor de la frente, dejando una marca de harina sobre la piel, y suspiró. La vida en Caboalto, con sus rocas y su mar, se le presentaba no como una salvación, sino como un lienzo. Olalla tenía razón: si no cogía el timón ahora, el viento terminaría por llevarla a un puerto que no le pertenecía. La incertidumbre seguía ahí, acechando como una sombra en los rincones del obrador, pero ya no era un peso muerto. Era la textura de la vida misma, algo que había que amasar con paciencia, sin miedo a las manos sucias ni a los errores que, inevitablemente, acabarían por definir quién era ella en realidad. Se guardó la libreta roja en el bolsillo, sintiendo cómo el papel se adaptaba a su cuerpo, y se dispuso a terminar de limpiar. Mañana sería otro día, y esta vez, el pan lo amasaría con la convicción de quien ha decidido dejar de ser solo una espectadora de su propia historia. No sé, pensó, mientras el goteo del grifo finalmente cesaba, ya no tengo prisa por encontrar respuestas ajenas. Supongo que, al final, todo es cuestión de aprender a sostener el peso de la propia voluntad sin quebrarse en el proceso.

PARTE 4



El susto de la abuela

La luz de la tarde entraba en la casona de Caboalto como una cuña pesada, filtrándose a través de las contraventanas entreabiertas para iluminar motas de polvo que danzaban en el aire estancado. Lucía sintió un escalofrío al cruzar el umbral; el silencio de la estancia principal no era el de siempre, sosegado y cargado de historia, sino uno más denso, como si las paredes mismas contuvieran el aliento. Sobre la mesa de roble, una taza de té olvidada dejaba un cerco oscuro de humedad, y varios libros de encuadernación antigua estaban apilados en un desorden impropio de la meticulosa Avelina. Una rama de albahaca, arrancada del jardín, yacía marchita sobre el suelo de madera, dejando una mancha verdosa y seca que parecía una grieta en la arquitectura de aquel hogar. Lucía dejó la mochila en el recibidor, sintiendo cómo el hambre le retorció el estómago — había olvidado almorzar entre las prisas del día— mientras el crujido de las tablas bajo sus pies resonaba con una intensidad que le erizaba la piel.

—¿Avelina? —llamó, pero su voz sonó pequeña, engullida por los rincones sombríos.

Caminó hacia el salón, recorriendo el pasillo donde el olor a cera antigua solía ser reconfortante, pero hoy le resultaba punzante, casi metálico. La puerta del despacho estaba entornada, y un rayo de sol horizontal le permitió ver un fragmento de la enramada que Avelina

solía cuidar en el patio, ahora descuidada y extendiéndose contra el cristal. Recordó, con un nudo en la garganta. Lucía se detuvo un instante, sintiendo cómo el desorden de la situación le oprimía el pecho. Todo en aquel espacio parecía estar fuera de su sitio, como si un sismo invisible hubiera alterado la disposición de las cosas.

Entró en el salón principal y el vacío la golpeó con una fuerza física. Avelina estaba desplomada en su sillón de orejas, una pieza de mobiliario que siempre había parecido un trono de piedra labrada. Sus manos, habitualmente ocupadas en hilar o en leer, descansaban inánimes sobre sus faldas, una más alta que la otra, como si intentaran seguir una frecuencia distinta a la del resto del cuerpo. Lucía sintió un pinchazo en la base del cráneo, el aviso de sus migrañas, pero lo ignoró. Se acercó a pasos lentos, con las rodillas temblándole, observando cómo la mirada de la anciana, velada y distante, se fijaba en un punto inexistente del techo, sobre la viga maestra.

—Avelina, soy yo. ¿Me oyes? —Lucía se arrodilló a sus pies, atrapando la mano derecha de la mujer. Estaba fría, con la piel tan fina como papel de arroz.

Avelina parpadeó con lentitud, un movimiento carente de toda coordinación. Intentó abrir la boca, pero solo salió un sonido gutural, una vibración rota que murió en su garganta antes de formar palabra alguna. Lucía sintió que el aire se le escapaba.

—Hija... —logró articular Avelina finalmente, aunque el sonido fue un arrastre de vocales distorsionadas, un eco lejano de su voz de siempre.

—Estoy aquí, no te muevas —dijo Lucía, intentando mantener la calma, aunque el corazón le latía contra las costillas con una violencia que le dificultaba pensar—. Por favor, mírame. ¿Qué ha pasado?

Avelina intentó levantar el brazo izquierdo, pero este apenas se separó unos centímetros del reposabrazos antes de caer con un golpe seco. Sus ojos, nublados, buscaron los de Lucía con una urgencia desesperada, una súplica muda que le heló la sangre. El desajuste era total; la mujer que siempre había sido el ancla de aquella casa, la que conocía cada secreto escondido tras la cal de las paredes, estaba ahora cautiva en su propia fragilidad. Lucía recordó que, en su libreta roja, había anotado días atrás que la estabilidad de Caboalto dependía del equilibrio de sus habitantes, y ahora, al ver aquel desplome, comprendió que el cimiento más profundo se estaba agrietando.

—Anda, dímelo otra vez —insistió Lucía, apretándole la mano con fuerza, buscando cualquier señal de lucidez—. ¿Te duele algo? ¿Necesitas que llame al médico?

Avelina volvió a emitir aquel sonido, un balbuceo que se perdió en el aire, mientras una lágrima solitaria se deslizaba por su mejilla, siguiendo el rastro de una arruga profunda. Lucía sintió una náusea repentina; era como si el lenguaje, el medio principal de su conexión, se hubiera fracturado en mil pedazos. No había rastro de su habitual elocuencia, solo aquel intento fallido de comunicarse, un esfuerzo agotador que dejaba a Avelina sin aliento.

—Es un desconcierto total, no encuentro el rumbo —susurró Lucía para sí misma, levantándose con brusquedad. Sus manos le sudaban, y el vello de sus brazos se le erizó.

Miró alrededor buscando el teléfono, pero la casa parecía haberse vuelto inmensa y hostil. La realidad se le presentó con una claridad brutal: la caída del brazo, la parálisis parcial de la cara, el habla ininteligible. Los síntomas se agolparon en su mente como una marea alta: era un ictus. El conocimiento le golpeó con la fuerza de

un rayo, despojándola de la adolescencia y empujándola a una responsabilidad que no sabía cómo gestionar. Si Avelina no recibía atención médica de inmediato, la casa.

—Escúchame —dijo Lucía, acercando su rostro al de la anciana, intentando transmitirle una calma que no sentía—. Voy a llamar a urgencias ahora mismo. No te voy a dejar sola.

Avelina la miró, un destello de reconocimiento cruzó sus pupilas, pero el resto de su cuerpo seguía sumido en aquel letargo forzado. El silencio de la casa se vio interrumpido por el grito lejano de una gaviota, un sonido punzante que enfatizó la soledad de aquel lugar entre los dos cabos. Lucía corrió hacia el pasillo, buscando el teléfono fijo, mientras sentía que cada paso era una lucha contra la gravedad. En su interior, el temor era una piedra.

Al llegar al teléfono, sus dedos se torcieron sobre el plástico, notando el polvo acumulado en la base del aparato. Marcó el número de emergencias, con la voz entrecortada por el llanto que empezaba a subirle por la garganta. La urgencia era una nota alta, sostenida, que vibraba en cada rincón de la casona. Mientras esperaba a que alguien respondiera al otro lado de la línea, Lucía se giró una vez más hacia la entrada del salón, viendo a Avelina desde la distancia. La anciana parecía una pieza de ajedrez olvidada en un tablero demasiado grande, un vestigio de un tiempo que se desmoronaba ante sus ojos. El destino de la casa, su carga de memoria, el suelo mismo que pisaba, se tambaleaban. Lucía cerró los ojos un instante, intentando retener el recuerdo de Avelina sana, activa, hablando de las mareas y de la vida, antes de que el silencio de la enfermedad lo cubriera todo. La ambulancia tardaría en llegar, y en ese tiempo, la vida de Avelina colgaba de un hilo tan fino que cualquier movimiento brusco de la luz o del aire parecía capaz de romperlo. Era una

carrera contra la propia naturaleza de la fragilidad humana, y ella, allí, a solas, era la única que podía sostener la otra punta de la cuerda.

* * *

El aire en el centro médico era tan fino que parecía cortar la garganta. Lucía arrastraba los pies sobre el linóleo, un suelo moteado que brillaba bajo la luz fría de los fluorescentes, y cada paso le devolvía un eco seco, metálico. A su lado, Avelina pesaba más de lo que recordaba, un bulto frágil envuelto en un cárdigan de lana que olía a humedad y a leña. Lucía sentía un hormigueo constante en los dedos; la presión de sostener a la anciana le dejaba marcas blancas en los nudillos. No sabía cómo explicarle al personal de urgencias que aquel percance no era solo una cuestión de años, sino un quiebro repentino, una grieta que se había abierto en el cimiento de su propia vida. El pitido rítmico de un monitor cercano le marcaba el pulso, un sonido clínico que le recordaba que allí, en esta orfandad de la urgencia, sus dudas no tenían lugar.

Cerró los ojos un segundo y, de pronto, la imagen volvió: la cocina de la casona, el estrépito de una taza de cerámica hecha pedazos contra la baldosa y Avelina desmoronándose como si sus huesos fueran de arena. Aquel recuerdo le pesaba más que el propio cuerpo de la mujer. En aquel momento, la realidad de Caboalto se había fracturado. Ya no existía la tranquilidad de las mañanas frente al puerto, ni la seguridad de que las cosas seguirían en su sitio al despertar. Todo era una fluctuación constante, una sensación de estar perdiendo el equilibrio en un terreno que antes consideraba

firme. La casa, que para ella siempre había sido un refugio, ahora se le aparecía como una estructura vacía, un cascarón que se desmoronaba mientras ella intentaba desesperadamente buscar un asidero.

Se acercó a la ventanilla de recepción, donde una enfermera con el uniforme impecable tecleaba sin levantar la vista. Lucía aclaró su garganta, notando un sabor metálico, como si tuviera una moneda vieja bajo la lengua.

—Por favor —dijo, intentando que su voz no temblara, aunque se sentía desarmada—. Necesito que alguien la vea. Se ha desplomado en casa.

La enfermera le dedicó una mirada rápida, un gesto mecánico que le provocó una punzada de irritación. Lucía se sintió pequeña frente a la burocracia de los formularios, pero no permitió que su angustia se desbordara. Debía ser fuerte, aunque por dentro sintiera que su propia identidad se estaba deshaciendo. Ya no era la chica que obedecía las expectativas de Madrid; aquel viaje, aquel verano, la habían obligado a mirar de frente los cimientos de su existencia.

—No sé cuánto tiempo más puede esperar —añadió Lucía, viendo cómo la enfermera suspiraba antes de coger un historial—. Supongo que es un caso grave.

Avelina, con los ojos entreabiertos y la respiración errática, murmuró algo apenas perceptible, un sonido que se perdió en el ajetreo del pasillo. Lucía le apretó la mano, sintiendo la piel rugosa, una enramada de venas y arrugas que guardaba la historia de toda una vida.

—Tranquila, Avelina, ya casi estamos —susurró Lucía, inclinándose para que solo ella pudiera escucharla—. Tienes que aguantar, ¿sabes? Todo este linaje, toda la fuerza que siempre me has demostrado, tiene que estar aquí conmigo ahora. Tienes un peso de historias que no puede desaparecer así como así, no hoy.

La anciana apretó sus dedos con una fuerza sorprendente, un último resto de energía que le desgarró el alma. Lucía sintió que el peso de sus propias penas, el miedo a lo que vendría después de este verano, a las decisiones de su madre y a la distancia con Iago, se asentaba en el fondo de su pecho. El hospital era un lugar de verdades crudas donde no se permitían las medias tintas. Allí, rodeada de olor a alcohol antiséptico y a desinfectante, Lucía comprendió que no podía volver a ser la pieza decorativa que otros habían tallado para ella. Si Avelina se iba, se llevaba consigo el único mapa que tenía para navegar en su propio mundo.

—Os vais a ocupar de ella, ¿verdad? —insistió Lucía, dirigiendo sus ojos hacia la enfermera, que ahora llamaba a un celador.

La joven se quedó allí, de pie en mitad del pasillo, con las manos entrelazadas y la mirada clavada en la puerta por la que acababan de llevarse a Avelina. Un picor insoportable le recorrió el cuello, el sudor frío de los nervios, y se dio cuenta de que se había olvidado de respirar correctamente. Observó su propio reflejo en el cristal de la puerta: se veía despeinada, con los ojos hinchados y una mancha de polvo en el hombro de la chaqueta. Ya no le importaba. El contraste entre la frialdad del entorno y la calidez de su cariño por la anciana era una brecha demasiado grande para salvarla solo con palabras.

Se dejó caer en una de las sillas de plástico duro, sintiendo cómo el cansancio, un peso físico que le bajaba por la espalda hasta las piernas, la inmovilizaba. Miró al techo, a los focos que zumbaban

con una frecuencia constante, y cerró los ojos de nuevo. En su mente, todavía podía ver la casona. Se prometió que, pasara lo que pasara, no dejaría que el recuerdo de Avelina se convirtiera en un fantasma, ni que la casa perdiera su alma. Se quedaría allí, en la vigilia, sosteniendo el hilo hasta que las luces blancas del hospital se apagaran o hasta que, por fin, el aire volviera a tener un sentido.

* * *

El aire en el centro médico era tan denso que parecía sólido, una mezcla de alcohol antiséptico y el vaho rancio de quienes esperaban demasiado tiempo. Lucía se hundió en el plástico de la silla, cuya textura fría se clavaba en sus muslos a través de la falda. Tenía un hambre sorda, un vacío en el estómago que no era apetito sino una tensión acumulada en el diafragma, y cada vez que inhalaba sentía cómo el polvo invisible flotaba en la luz blanca del techo. A unos metros, un pitido rítmico marcaba una frecuencia que le martilleaba las sienes, recordándole que allí, la vida no era más que una serie de pulsos controlados por máquinas. Se pasó la mano por la nuca; el vello se le erizaba con cada paso de goma sobre el linóleo que resonaba en el pasillo, un eco sordo que anunciaba cualquier intrusión.

Las puertas automáticas se abrieron con un siseo metálico. Su madre entró en la sala, con los hombros rectos y el bolso de cuero apretado contra el costado, como si fuera un escudo. No miró a las paredes, ni a los otros pacientes; su mirada, afilada y directa, encontró a Lucía con una precisión casi quirúrgica. Tenía el rostro tenso, una máscara de preocupación que a Lucía le resultaba tan distante como una arquitectura ajena, un edificio de cristal sin puertas donde no cabía el consuelo.

—Lucía, por favor, levántate —dijo su madre, acercándose con pasos medidos—. No tiene sentido que te quedes aquí, paralizada. Debemos evaluar la situación con cabeza fría.

Lucía se puso en pie, sintiendo un pequeño calambre en el gemelo izquierdo, un recordatorio banal de su propio cuerpo agotado.

—Está ahí dentro, mamá —respondió Lucía, señalando el pasillo—. No sé nada todavía.

Su madre suspiró, un gesto rápido, y comenzó a caminar de un lado a otro en un espacio apenas más amplio que un vestíbulo.

—He estado revisando la viabilidad de mantener la casona en estas condiciones. Es una estructura que exige atención constante, una carga que ya no podemos sostener. El cálculo de los gastos de mantenimiento frente al uso real resulta ahora del todo inviable. Necesitamos centrarnos en la prioridad que realmente importa ahora: el bienestar de Avelina, sí, pero también el nuestro. No puedes pretender que nos anclamos a un edificio que solo nos devuelve problemas.

Lucía cerró los puños. Las palabras de su madre sonaban a informe técnico, una losa de hormigón que aplastaba el recuerdo del jardín y la luz del atardecer sobre el puerto.

—¿Estás hablando de vender la casa? ¿Ahora? —Lucía sintió que el mundo se estrechaba—. Está en la unidad de cuidados intensivos, y tú solo piensas en cómo deshacerte de su hogar.

—No me obligues a ser dura, Lucía. La realidad no espera a que tú decidas procesar tus emociones —respondió su madre, deteniéndose ante ella. Su voz mantenía ese tono clínico, desprovisto de cualquier atisbo de duda—. La casa es un activo que pierde rendimiento cada

día que pasa desatendida. Debemos ser realistas: Avelina ya no volverá a ese corredor, y tú tienes una vida que retomar en Madrid. No es una cuestión de afecto, es una cuestión de lógica.

Lucía sintió una opresión en la garganta. La desconexión de su madre era un abismo, una falla tectónica que separaba la casona, con sus muros de piedra que guardaban la historia de la familia, de la visión fría y calculadora que su madre proyectaba sobre el futuro. Mientras su madre hablaba, Lucía se refugió en el silencio. Recordó el ictus, la caída súbita de su madre en el salón, y cómo en lugar de buscar consuelo, Avelina había empezado a buscar tasadores por teléfono en cuanto la ambulancia cruzó la puerta.

—Es un lugar, Lucía. Solo piedra y madera —insistió su madre, acortando la distancia—. Deberías dejar de aferrarte a cosas que ya no cumplen su función.

Lucía se metió la mano en el bolsillo del cárdigan y tocó el borde de la libreta roja. Era su único refugio, el lugar donde el lenguaje no era un informe contable, sino una forma de respirar cuando el aire se volvía irrespirable. Buscó en sus páginas una respuesta, un argumento que pudiera perforar el caparazón de su madre, pero las letras se le antojaban ajenas, casi borrosas bajo la luz fría del hospital. ¿Cómo explicarle que la casa no era un activo, sino la piel de su propia infancia?

—Eso no se reduce a simple piedra —dijo Lucía, en un hilo de voz—. Si la vendes, habrás borrado todo lo que significa haber estado aquí.

—Cariño, deberías entender que las decisiones difíciles son las que aseguran la estabilidad futura. No te equivoques, el sentimentalismo es un lujo que no podemos permitirnos hoy.

Su madre se ajustó la pulsera del reloj con un gesto mecánico. Lucía la observó, sintiendo una soledad profunda. El ictus de Avelina no había sido un aldabonazo a la conciencia de su madre, sino el detonante para acelerar sus planes inmobiliarios. Cada palabra sobre la casa era un clavo más en el ataúd de sus recuerdos en Caboalto.

—No voy a dejar que lo hagas —afirmó Lucía, aunque sabía que su voz carecía de la fuerza necesaria para detener la maquinaria administrativa que su madre ya había puesto en marcha.

—No tienes el control de estas gestiones, Lucía. Es una cuestión de responsabilidad.

Lucía bajó la mirada, fijándose en la punta de sus zapatos. El suelo de linóleo brillaba con un resplandor antiséptico, casi doloroso. Se sintió más sola que nunca, atrapada entre el pitido rítmico de la sala de espera y la impasibilidad de su madre. La libreta roja, oculta en su bolsillo, quemaba contra su muslo como si contuviera brasas vivas, un secreto que su madre nunca llegaría a descifrar, una verdad que no aparecía en ningún balance ni en ninguna estructura de costes.

Cerró los ojos, intentando visualizar el corredor de la casona, pero solo pudo ver la luz blanca y plana del hospital. La frialdad era absoluta. Su madre dio media vuelta, caminando hacia el mostrador de enfermería con una determinación que no admitía réplicas, dejándola sola en la silla. Lucía apretó la libreta con más fuerza, sintiendo la textura del papel bajo sus dedos, el único anclaje que le quedaba en un mundo donde todo lo que amaba estaba siendo puesto a la venta, pieza a pieza, por alguien que no sabía distinguir entre

un hogar y una cifra. La casa, el puerto, la bruma sobre la playa de arena oscura; todo parecía desvanecerse en el aire viciado de aquel pasillo, dejando solo el rastro frío de una realidad impuesta.

* * *

La sala de espera del centro médico se sentía como una jaula de plástico inyectado, donde las sillas, unidas en filas interminables, parecían diseñadas para impedir cualquier atisbo de comodidad. Lucía hundió los dedos en el borde de su falda, sintiendo la tela rugosa mientras un picor insoportable le recorría el antebrazo. A su lado, el silencio era una sustancia densa, solo interrumpida por el zumbido eléctrico de los fluorescentes que parpadeaban con una frecuencia errática sobre sus cabezas. El olor a alcohol antiséptico era tan penetrante que le dejaba un regusto metálico en la lengua, recordándole que allí, en aquel blanco aséptico y sin memoria, el tiempo no transcurría con la misma cadencia que en la casona. Sus músculos estaban tensos, atrapados en una rigidez que le provocaba un dolor punzante en la base del cráneo, un prelude habitual a sus migrañas, pero no se atrevió a moverse.

Su madre regresó del mostrador con el paso firme, los tacones resonando contra el linóleo como disparos. Se sentó a su lado, ajustándose la falda con una precisión milimétrica.

—He hablado con la gestoría, Lucía —dijo, sin mirarla—. La prioridad es cerrar el expediente antes de que acabe el mes. El mantenimiento de la casa de Avelina es una sangría de recursos injustificable.

Lucía sintió que una capa de piedra se formaba en su garganta. Miró a su madre, observando la forma en que sus facciones se endurecían bajo la luz fría, como si su rostro fuera solo un plano técnico sin profundidad.

—Es un hogar, no un activo que debas liquidar —respondió Lucía, obligándose a mantener la voz firme—. No puedes simplemente borrar la historia de la familia porque las cuentas no cuadran este trimestre.

—Cariño, deberías entender que las emociones no sirven para pagar los gastos de una estructura tan ineficiente —replicó la mujer, manteniendo un tono perfectamente nivelado—. Si observas la viabilidad del proyecto, te darás cuenta de que la propiedad es un lastre. La cifra definitiva arroja números rojos y no podemos permitirnos más pérdidas.

Lucía sintió un nudo en el estómago. La frialdad con la que su madre hablaba de las vigas, de la piedra, del corredor encalado, le devolvió una imagen clara: la arquitectura de una vida reducida a una columna de números.

—¿No te importa que sea el único sitio donde Avelina todavía se siente ella misma? —preguntó Lucía, aunque sabía que la respuesta ya estaba escrita en el desinterés de su madre.

—La realidad es que debemos centrarnos en el rendimiento del patrimonio —insistió la madre, ignorando la pregunta—. La venta es la única solución lógica.

Lucía apretó las mandíbulas, sintiendo cómo sus dientes chocaban con una fuerza que le hacía daño. Sus manos buscaron el bolsillo de su chaqueta, acariciando el lomo de la libreta roja. Pensó en los estratos de piedra de la costa, en cómo el registro geológico se acumula durante milenios para formar los acantilados que protegían

Caboalto. Su madre no veía la historia de la casa; solo veía un edificio que necesitaba reparaciones y cuyos costes superaban cualquier beneficio esperable.

De repente, el recuerdo la golpeó con la violencia de una marea alta. Vio el pasillo de la casona. Recordó a su madre desplomándose, la fragilidad de sus huesos contra el suelo de madera, un instante donde la vida pareció detenerse, suspendida en un abismo que ninguna gestión administrativa podría jamás comprender o sanar. Ave-lina, en aquel momento, solo se había preocupado por llamar a la ambulancia sin dejar de mirar su reloj, como si la urgencia del ictus de su madre fuera un contratiempo en su agenda.

—No voy a dejar que lo hagas —susurró Lucía, sintiendo un temblor en las manos—. Esa casa es el único lugar donde no tengo que interpretar el papel que habéis diseñado para mí.

Su madre suspiró, un sonido breve y carente de compasión.

—Tus palabras son solo un capricho temporal en tu maduración —dijo la madre, con esa condescendencia que le resultaba más hiriente que cualquier grito—. Deberías aprender que la vida real se construye sobre decisiones sólidas, no sobre fantasías de permanencia en lugares que ya no cumplen ninguna función útil.

Lucía se puso en pie, sintiendo el peso de la falta de abrigo emocional bajo la que la obligaban a vivir. Se dio cuenta de que no estaba luchando solo contra una transacción inmobiliaria, sino contra una forma de entender el mundo que ella rechazaba con todas sus fuerzas. Su madre la observó desde abajo, con la mirada de quien evalúa un error en un informe, ajena por completo a la tormenta que se gestaba en el interior de su hija.

Por primera vez, Lucía comprendió que su rechazo no era un simple capricho de adolescente, sino el primer muro que levantaba en su vida. Aquella casa era su única defensa frente a una existencia que la empujaba hacia una dirección que ella no había elegido. Apretó la libreta contra su pecho, sintiendo el papel bajo las yemas de sus dedos, una superficie rugosa que le servía de ancla en aquel pasillo blanco. Iba a proteger aquel refugio, aunque tuviera que enfrentarse a cada cifra, a cada balance y a cada argumento profesional que su madre desplegara para dismantelar su mundo. La frialdad del centro médico ya no la asustaba; la utilizaba para enfriar su propia determinación. Se dio la vuelta y empezó a caminar, dejando atrás las explicaciones vacías de su madre, sabiendo que, a partir de ahora, cada paso que diera en Caboalto sería un acto de resistencia.

* * *

La luz de la tarde, mortecina y grisácea, se filtraba por las rendijas de las contraventanas, proyectando franjas de polvo en suspensión sobre el suelo de madera. El salón principal de la casa de Avelina parecía un escenario espectral; los muebles, cubiertos con sábanas blancas que habían amarilleado con el tiempo, aguardaban bajo un silencio espeso. Había una desolación inerte en aquel mobiliario, como si el alma de la casona se hubiera retirado a las esquinas, dejando que la humedad y el vaho del Cantábrico reclamaran su territorio. Lucía sintió un hormigueo eléctrico en la nuca. Se detuvo en el umbral, observando cómo la penumbra se adueñaba de los retratos cubiertos y del aparador donde Avelina solía guardar las piezas de porcelana. Era una arquitectura de recuerdos ahora clau-

surada, un espacio que se sentía extraño bajo la mirada clínica de su madre, quien ya avanzaba hacia el centro de la estancia con paso firme.

El crujido de las tablas bajo sus pies resonó en el vacío, un sonido seco que pareció una queja de la estructura misma. Mamá caminaba sin dudar, ignorando el peso de los años que se acumulaban en cada rincón. Su madre se detuvo junto a la mesa camilla y dejó caer una caja de cartón vacío con un golpe sordo, un gesto demasiado pragmático para aquel entorno.

—Tenemos que organizar esto con celeridad, Lucía —dijo Mamá, su voz sonando extrañamente plana entre las paredes altas—. Es una cuestión de viabilidad económica. Si dejamos que el inmueble se deteriore más, el valor de liquidación se verá gravemente perjudicado. Deberías empezar a seleccionar lo que sea estrictamente necesario.

Lucía evitó mirar hacia el rincón de la biblioteca, donde sabía que aún descansaban los libros de tapas de piel que Avelina le leía cuando era pequeña. No quería ver los objetos; cada uno de ellos era una estratigrafía, una capa de sedimentación emocional que temía remover.

—Me resulta imposible confirmar si puedo hacer esto ahora —respondió Lucía, pasando la mano por la textura rugosa de la pared encalada—. Siento que, si tocamos algo, la casa entera se va a desmoronar. ¿No ves que todo esto tiene una historia que no cabe en tus cajas?

Mamá suspiró, un sonido breve y carente de inflexión, mientras extraía un bolígrafo del bolsillo de su chaqueta.

—La historia no paga los impuestos de mantenimiento, cariño. Es una prioridad que cerremos este capítulo. Si no mantenemos un rendimiento constante en la gestión de nuestros activos, perderemos el control sobre el futuro. Deberías entender que el apego sentimental es un lastre cuando se trata de una propiedad de estas dimensiones.

Lucía se alejó hacia la ventana, sintiendo cómo el frescor de la piedra se filtraba a través de sus dedos. Sus ojos recorrieron el jardín abandonado, donde las hierbas habían crecido sin orden, ocultando la albahaca que solía perfumar las tardes. La casa, con sus tres plantas enfrentadas al puerto, le parecía ahora una fortaleza sitiada. Sobre la mesa, un álbum de fotos se encontraba entreabierto, con las páginas alabeadas por la humedad. Al acercarse, Lucía vio una imagen de Avelina junto al espigón, su rostro iluminado por una sonrisa que no conocía la rigidez de los números. Rozar el borde del papel le provocó un escalofrío; le pareció que estaba tocando la piel de su abuela, una huella biográfica que su madre pretendía borrar con un simple trámite.

—Mamá, ¿es que nunca te detienes a pensar en lo que significa esto para mí? —preguntó Lucía, con el tono quebradizo por la contención—. No es solo una casa. Es el lugar donde aprendí que las cosas no siempre tienen que ser útiles para ser valiosas.

Su madre, sin embargo, ya estaba revisando una carpeta de cuero que había sacado de su maletín. Lucía se acercó y, con un movimiento rápido, vio el encabezado de los documentos: un contrato de compraventa ya redactado, con los espacios en blanco esperando solo una firma. La frialdad de aquel papel, limpio y sin rastro de vida, la golpeó como un mazazo.

—Está todo decidido, ¿verdad? —susurró Lucía, sintiendo un sabor metálico en la boca—. No hemos venido a recoger nada. Has venido a cerrar el trato.

—He preparado los documentos legales para la transferencia de la propiedad —admitió Mamá, sin levantar la vista de las cláusulas—. Es la única salida lógica. Cualquier objeción que presentes ahora es meramente dilatoria.

Lucía sintió que el suelo bajo sus pies se volvía inestable. La certeza de que su madre había planeado aquello con antelación, sin una sola consulta, le confirmó que su refugio estaba perdido. Se dio la vuelta para alejarse de la mesa, pero su pie tropezó con una irregularidad en el pavimento. La alfombra se había movido, revelando una marca extraña en la madera, un grabado profundo que parecía representar un mapa o quizás unas coordenadas antiguas, oculto durante décadas bajo la decoración. Se agachó, curiosa, y pasó la yema de los dedos sobre la hendidura. Era un detalle fuera de lugar, una fisura en la superficie del salón que sugería una historia que nadie, ni siquiera Avelina, le había contado jamás. Aquella marca, oculta a plena vista, le pareció un secreto que la casa intentaba susurrarle justo antes de ser entregada a otros. Sin decir nada a su madre, Lucía se puso en pie, guardando aquel hallazgo en su memoria, un pequeño acto de resistencia contra el orden impuesto.

La llamada de la incertidumbre

El salón principal de la casa de Avelina se sumergía en una quietud espesa, casi mineral. Las motas de polvo flotaban inmóviles en los haces de luz que se filtraban por los postigos entreabiertos, dibujando líneas diagonales sobre las alfombras desgastadas. El aire, denso y cargado con el olor a cera de muebles antiguos y la albahaca que trepaba por el jardín, parecía haberse detenido. Lucía se quedó allí, apoyada contra la pared de encalado cuya textura rugosa le rascaba la palma de la mano, sintiendo cómo el frescor de la piedra contrastaba con el calor sofocante de la tarde. No se movió. Apenas respiraba, observando cómo la luz tamizada acariciaba la superficie de la mesa donde descansaba la libreta roja, un objeto que, a sus ojos, funcionaba como un cimiento inestable de sus días. Un pequeño cambio en el orden de las cosas —una silla ligeramente apartada de su sitio original— le devolvió a la realidad, recordándole que aquel espacio ya no le pertenecía del todo, que las paredes parecían estar contrayéndose para expulsarla.

De repente, el repique metálico y estridente del teléfono de baquelita, colocado sobre el aparador de roble, rasgó el vaho opresivo del salón. El sonido vibró en las paredes de la casona con una insistencia casi violenta, provocando un respingo involuntario en Lucía.

Se acercó con paso lento por las escaleras de madera que crujían bajo sus pies, sintiendo una punzada de ansiedad en el pecho. Sus dedos, levemente sudorosos, rodearon el auricular frío.

—¿Diga? —preguntó, con la voz algo quebrada.

Al otro lado, tras un breve silencio que Lucía supo interpretar como una barrera, la voz de Iago resonó, tensa y desprovista de cualquier calidez habitual.

—Lucía. Tengo noticias —dijo él. Su tono era gélido, como si la distancia entre ellos no fuera física, sino una falla geológica que se había ensanchado de la noche a la mañana.

—Iago, ¿qué ocurre? —Lucía intentó mantener la calma, aunque el vacío en la boca de su estómago empezaba a expandirse, una sensación física tan real como una falta de hierro—. ¿Estás bien?

—Ha llegado la carta del Conservatorio Superior de Música —respondió Iago. Su voz sonaba lejana, casi mecánica, como si estuviera recitando un guion—. La audición final. Es la semana que viene. Me han convocado.

Lucía sintió que el suelo perdía solidez. La noticia, aunque esperada en el fondo de su lógica, se le clavó como una espina. Aquel talento que ella tanto había admirado, aquel sonido que llenaba las noches de Caboalto, se convertía ahora en el preludio de una desaparición inminente. Él se iba. La posibilidad de que su vida en la villa fuera solo una etapa transitoria se hizo evidente en la sequedad de su respuesta.

—Es lo que querías, ¿verdad? —dijo ella, buscando en el silencio del auricular una señal de que él todavía era el mismo chico que practicaba junto a la orilla—. Es una gran oportunidad, Iago.

—Es una necesidad —replicó él, cortante.

Lucía intentó explorar aquel miedo, aquel hermetismo que Iago se imponía como una armadura invisible—. ¿Tienes miedo de no estar a la altura? ¿Es la técnica lo que te preocupa tanto?

—La técnica es lo único sobre lo que tengo control absoluto. Si la nota sale limpia, no hay nada que cuestionar —dijo Iago, ignorando la carga emocional de la pregunta—. En Madrid, o sueñas o no sueñas. No hay más. Tú verás si quieres seguir dándole vueltas a todo esto.

Lucía apretó el auricular contra su oreja, sintiendo el roce del plástico viejo. La frialdad de su respuesta le dolía, pero sobre todo le confirmaba una sospecha: él no quería que ella le acompañara en su inquietud. Se estaba protegiendo, levantando muros de piedra contra el afecto que, hasta ese momento, había sido su único anclaje.

—No se trata de lo que yo piense, Iago —murmuró Lucía, con el tono confesional de quien se siente fuera de lugar—. Solo quería decirte que... me alegro por ti. Aunque el vacío que dejas aquí sea inmenso.

—No me hagas hablar de cosas que no vienen al caso —atajó él, y por un momento, Lucía imaginó su mandíbula apretada, esa postura rígida que adoptaba cuando el mundo le pedía explicaciones que no quería dar—. Fíjate en la realidad, Lucía. La vida no es lo que escribes en tus papeles. Si no hay más que decir, me tengo que ir a ensayar.

—¿Vas a irte sin más? —preguntó ella, sintiendo cómo una lágrima contenida amenazaba con empañar su visión.

—Tú verás. La música no espera a nadie —concluyó Iago.

El tono de marcado se escuchó al otro lado, un zumbido sordo que se prolongó hasta volverse insoportable. Lucía dejó el auricular en su sitio con manos temblorosas. Se quedó de pie, observando el

polvo que seguía danzando en el haz de luz. Comprendió entonces, con una nitidez dolorosa, que su estabilidad en Caboalto había dependido siempre de un equilibrio frágil, y que al marcharse Iago, ella quedaba totalmente desprotegida, expuesta a los designios de quienes decidían el futuro de la casa sin contar con ella. La casona, con su silencio y sus paredes descascarilladas, le pareció de pronto un escenario vacío, un lugar donde el tiempo se había detenido, pero donde ella ya no sabía cómo habitar. Se sentó en el escalón más bajo de la escalera, cerrando los ojos mientras el olor a albahaca del jardín, que antes le resultaba reconfortante, se volvía ahora una presencia invasiva, el recordatorio de un verano que se escapaba entre los dedos.

* * *

Las sombras de la tarde se filtraban por las contraventanas, extendiéndose sobre los muebles cubiertos con sábanas blancas como si la estancia principal fuera un mausoleo de recuerdos. El aire, denso y cargado con el olor a cera antigua, pesaba en los pulmones de Lucía. Afuera, el puerto de Caboalto parecía adormecido, pero bajo esa calma subyacía un presagio de tormenta que prometía borrar la línea del horizonte. Lucía se frotó las sienes, sintiendo el latido sordo de una migraña que comenzaba a florecer tras sus ojos. La madera del suelo crujió con un quejido seco cuando se puso en pie, obligándola a buscar apoyo en la pared desconchada. El contacto con el encalado frío le devolvió una pizca de realidad, aunque su mente seguía atrapada en la llamada telefónica que le había confirmado su soledad.

El sonido de la puerta principal, abriéndose con brusquedad contra el viento, cortó el silencio. Iago se giró y vio a Lucía. Entró en el recibidor cargando su estuche de trompeta como si fuera un escudo, su presencia llenando el espacio con un aire salino y una urgencia que no le pertenecía. Se detuvo en seco al verla, y por un instante, su mirada esquiva recorrió el suelo antes de encontrarse con la de él. No hubo saludo; solo una tensión cortante que hacía que el aire en la casa se volviera irrespirable.

—Has venido —dijo Lucía, tratando de mantener la voz firme, aunque esta tembló ligeramente.

Iago dejó el estuche sobre la mesa de entrada con un golpe metálico que resonó en las vigas del techo. Se pasó una mano por el pelo, humedecido por la brisa del mar, y evitó responder con otra mirada hacia las ventanas.

—No pensaba dejar esto a medias —contestó él, con su tono directo—. Dijiste que necesitabas hablar. Pues aquí estoy.

Lucía sintió que el pecho se le oprimía, como si el cimiento mismo de la casona se estuviera fracturando bajo sus pies. Caminó hacia él, evitando mirar la libreta roja que reposaba sobre una consola cercana, un objeto que contenía demasiadas verdades que él jamás entendería.

—He pensado mucho en lo que dijiste antes, en cómo la música es lo único que parece importar —comenzó ella, sintiendo que sus palabras buscaban una salida desesperada—. Pero el Conservatorio Superior de Música no es solo un edificio en Madrid, Iago. Es una decisión. Y para ti, esa decisión significa dejarlo todo atrás. ¿Es que no ves que nuestra vida, la de este verano, es solo un rastro que se va acumulando sin que sepamos muy bien qué hacer con él?

Iago soltó un bufido, apartando la mirada hacia un rincón del salón.

—Fíjate, Lucía. Tú siempre intentas buscarle un sentido a las cosas que no lo tienen. La música es técnica, es aire pasando por metal, no es una cuestión de planes. Si paso la prueba, me voy. No es que quiera dejarte atrás, es que no puedo quedarme estancado en este puerto para siempre.

—¿Estancado? —Lucía dio un paso hacia él, sintiendo una punzada de dolor detrás de los ojos—. ¿Llamas estancarse a lo que hemos construido aquí? Quizá sea solo una duda temporal en tu vida, pero para mí, este verano era el único lugar donde podía ser alguien que no fuera la hija de mis padres o la sombra de lo que Mateo esperaba.

Iago se tensó, apretando la mandíbula.

—Mateo no tiene nada que ver con esto. No metas a gente que ni siquiera está aquí para intentar justificar lo que sientes. Tú verás lo que haces con tu vida, pero no pretendas que yo sacrifique mi carrera por un ideal romántico que no existe.

Lucía bajó la mirada. La brecha entre sus mundos, algo que siempre habían reconocido con un respeto tácito, se había vuelto de repente un abismo insalvable. Ella pertenecía a un lugar donde las paredes estaban construidas para durar generaciones, mientras que él necesitaba romper los muros de su origen para poder respirar.

—Supongo que ya lo sabía —dijo ella, con una voz apenas audible—. Pero tenía la esperanza de que, al menos, este lugar significara algo más para ti que una simple escala. Me siento como si estuviera totalmente a la deriva, Iago. Sin techo, sin refugio, mientras tú te preparas para despegar hacia un sitio donde yo no tengo cabida.

Iago se acercó entonces, pero no para tocarla. Se mantuvo a una distancia prudente, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta de socorrista. Su lenguaje corporal era el de alguien que ya había puesto un pie en el tren.

—La ambición no es algo que se pueda elegir, Lucía. Simplemente sucede —dijo él, su voz perdiendo parte de su aspereza para tornarse grave—. He pasado años practicando para salir de aquí. Madrid no es una huida, es el único lugar donde puedo ser lo que quiero. Si eso significa que lo nuestro se termina, pues es el precio que hay que pagar.

Ella asintió, sintiendo cómo una lágrima se escapaba por fin, marcando un surco cálido en su mejilla. Había esperado una negación, una promesa de que las cosas podrían funcionar a pesar de la distancia, pero Iago era demasiado honesto para mentirle. En ese momento, Lucía comprendió que no había nada más que negociar. La incertidumbre que había temido desde el principio se había materializado en una certeza devastadora: él ya se había ido, incluso antes de cruzar la puerta de salida.

Se giró hacia la ventana, observando cómo la luz del atardecer teñía el puerto de un color cobrizo, casi artificial. El jardín de Avelina, oculto entre sus sombras, parecía ahora un lugar ajeno, un escenario que pronto pasaría a manos de desconocidos, tal como su madre había planeado. El dolor de cabeza arreciaba, punzante, como si el propio edificio estuviera intentando recordarle que nada en esta vida estaba destinado a permanecer.

—No sé qué decirte —admitió Lucía, su voz quebrándose—. Supongo que, al final, siempre supe que serías tú quien se iría primero.

Iago suspiró, un sonido largo y cargado de una fatiga que no le correspondía a sus dieciocho años. Recogió su estuche y lo ajustó sobre el hombro.

—No te culpes por esto, Lucía. Tú verás cómo sigues adelante. Yo solo puedo ofrecerte lo que soy, y lo que soy está en la trompeta.

Sin añadir nada más, se dio la vuelta. Sus pasos resonaron sobre la madera vieja de la escalera, un sonido seco que se fue alejando hasta que el portazo final cerró la casa en un silencio sepulcral. Lucía se quedó inmóvil, observando el polvo que flotaba en el aire, sintiendo cómo cada partícula de su verano en Caboalto se disolvía, dejando solo la amargura de una despedida que, en realidad, nunca necesitó palabras para confirmarse. Se desplomó en la silla más cercana, consciente de que, a partir de ese momento, cada minuto en la casona no sería más que una cuenta atrás hacia un vacío que ya no tenía intención de llenar.

Conversaciones bajo la luna

El aire nocturno en la Playa de Caboalto golpeaba el rostro con una intensidad salina que erizaba la piel. Sobre la arena negra, el agua de la marea baja se retiraba con un siseo constante, revelando un lecho de piedras pulidas que brillaban bajo la luz pálida de la luna, como si fueran fragmentos de un rompecabezas olvidado por la tierra. Lucía Calderón Bensaude caminaba con paso vacilante, sintiendo cómo el frío del agua le calaba los tobillos cada vez que la espuma alcanzaba el borde de sus zapatos. El yodo saturaba el ambiente; era un olor denso, terroso, que le recordaba la antigüedad de aquel lugar, un cimiento de roca sobre el cual las generaciones de su familia habían edificado sus vidas. No había ni rastro del bullicio de Madrid, solo el sonido monótono de las olas rompiendo contra el horizonte azul plomizo, un compás que parecía marcar el tiempo de forma más lenta, casi ajena a los deseos humanos.

Se detuvo un instante, presionando la palma de la mano contra su costado. Bajo la tela fina de su blusa, el relieve familiar de la libreta roja descansaba contra su piel, una presencia constante que le devolvía un atisbo de calma en medio de la agitación. Sus dedos, entumecidos por el viento, trazaron el contorno del cuaderno. Intentó respirar hondo, pero la tensión en su pecho era un peso sólido, una opresión que le dificultaba el aire. Lucía se acarició el brazo, sintiendo un pequeño rasguño, un recuerdo trivial de haber tropeza-

do con una rama en el jardín de la casa de Avelina minutos antes. Aquel dolor pequeño y cotidiano la anclaba a la realidad, recordándole que seguía siendo ella misma, a pesar de la fractura que sentía en sus planes.

¿Cómo explicarle a Iago que todo lo que él consideraba un destino inamovible para ella era, en realidad, un edificio construido sobre cimientos ajenos? No sé si será capaz de escucharme, supongo que ya habrá decidido qué parte de mi historia le conviene creer. El peso del secreto —esa insatisfacción que palpitaba en cada página de la libreta roja— se sentía como una falla geológica bajo sus pies. Recordó la primera vez que escribió allí, en la penumbra de su habitación madrileña, cuando el silencio le pareció tan insoportable que necesitó convertirlo en tinta. Entonces, escribir fue un acto de rebeldía, una forma de romper la cáscara de las expectativas que sus padres habían depositado sobre ella como una losa pesada. Al poner en palabras su malestar, comprendió que su libertad no era un camino trazado, sino una grieta por la que empezaba a filtrarse la luz de otra vida.

Sus pies avanzaban sobre la arena compacta, dejando una estela efímera que las olas borran con una insistencia casi cruel. Cada paso le exigía un esfuerzo mayor, como si el propio suelo intentara retenerla, atrapándola en la memoria de lo que había sido hasta aquel verano. Miró hacia adelante, intentando distinguir entre las sombras de las rocas algo más que la negrura de la noche. El viento le revolvió el cabello, pegando un mechón húmedo contra sus labios, y se lo apartó con un gesto mecánico, saboreando una gota de sal que le sabía a melancolía.

Entonces, lo vio.

Una silueta alta se recortaba contra la espuma, inmóvil junto a la orilla. Era Iago, con la postura característica de quien espera sin prisa, mirando hacia el mar con la misma atención con la que, según decía, escuchaba los compases de una melodía compleja. Lucía se detuvo un par de metros antes de llegar a su altura. Sus corazones parecían latir en frecuencias distintas, una brecha necesaria antes de que la conversación comenzara a fluir. Se preguntó si él también sentía que el suelo bajo sus pies se volvía inestable, o si para él el mar era solo un escenario donde practicar sus escalas de trompeta.

—¿Has tardado mucho? —preguntó ella, tratando de que su voz no temblara, aunque el frío le recorría la espalda.

Iago se giró lentamente. Sus ojos, acostumbrados a la oscuridad del puerto, la buscaron con una intensidad que la hizo sentir expuesta. Él no respondió de inmediato, simplemente asintió con esa parquedad que a veces la desesperaba y otras veces la reconfortaba. Lucía se cruzó de brazos, sintiendo cómo el viento le arrebatava el calor corporal. Sabía que esta reunión no era solo un encuentro entre amigos que compartían la orilla; era el punto de inflexión, el momento en que las placas tectónicas de sus mundos —el conservatorio, la casa de Avelina, Madrid, la pesca— chocarían inevitablemente.

—El mar está hoy especialmente inquieto —dijo Iago, su voz grave rompiendo el murmullo de la rompiente—. ¿Te vas a quedar ahí, o vas a acercarte?

Lucía dio un paso más, sintiendo que la arena húmeda cedía bajo su peso. No era el momento de las palabras vacías ni de las cortesías ensayadas. Miró el horizonte, donde el cielo se unía con el agua en una línea casi invisible, y se sintió pequeña, un grano de polvo en la inmensidad de un proceso que no podía controlar. Ya no había vuel-

ta atrás. Con la mano aún apretada sobre la libreta, se preparó para decir lo que durante tanto tiempo había guardado para sí, consciente de que, al hacerlo, quizás perdería el único refugio que le quedaba en aquel pueblo.

—Supongo que no he venido para hablar del tiempo, Iago —murmuró ella, sintiendo el peso de la sinceridad clavándose en su garganta—. Tengo cosas que no puedo seguir guardando, aunque me aterre lo que pueda pasar cuando las diga en voz alta.

Iago se acercó entonces, acortando la distancia entre ambos. Lucía notó el olor a tabaco y a brisa atlántica que emanaba de su ropa, un aroma tan cotidiano y familiar que le provocó un nudo en el estómago. Él la miró, no con la autoridad de quien juzga, sino con una curiosidad contenida que la obligó a mirarle a los ojos. En el aire se palpaba una tensión eléctrica, una espera que parecía dilatarse hasta el infinito. El silencio se volvió denso, interrumpido únicamente por el choque rítmico de la marea, mientras Lucía buscaba en la profundidad de la mirada de Iago una señal, un lugar donde poder dejar caer su carga sin miedo a que el mundo se desmoronara. Pero el mar seguía subiendo, borrando sus huellas, y ella comprendió que el único suelo firme era aquel que ella misma lograra construir, palabra a palabra, en medio de la noche.

* * *

La brisa nocturna bajaba desde los acantilados con un silbido constante, cargada de una humedad que se le pegaba a la piel como una segunda capa, gélida y persistente. El oleaje oscuro rompía contra la arena negra de la playa deCaboalto. Lucía se abrazó a sí misma, notando cómo un escalofrío le recorría la espalda mientras el yodo impregnaba el ambiente. Sus dedos, entumecidos por el frío,

apretaban con fuerza el lomo de la libreta roja; era un objeto sólido, una presencia que le recordaba quién era antes de que la presión de las expectativas ajenas empezara a resquebrajar sus cimientos. A su alrededor, el litoral era un esqueleto de piedra, un entorno que conocía de memoria pero que, bajo la luz mortecina de la luna, parecía haber cambiado de forma, como si cada roca fuera un pilar fallido en la base de su propia vida.

Iago se aproximó con paso lento, calculando la distancia como quien atraviesa un terreno inestable. Se detuvo a unos metros, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta desgastada, manteniendo un margen que Lucía interpretó no como respeto, sino como un escudo. La arena húmeda crujía bajo sus botas con un sonido seco, casi metálico. Él no la miró directamente al principio; sus ojos estaban fijos en el vaivén del agua, buscando en el movimiento de la espuma una respuesta que ninguno de los dos se atrevía a formular. Aquel espacio vacío entre ambos era como una falla geológica, una grieta que se ensanchaba con cada segundo de silencio.

—No sé qué esperas encontrar en esta oscuridad, Lucía —dijo él, su voz apenas un murmullo que el viento se llevó casi al instante—. Fíjate, el agua está subiendo rápido y pronto no quedará lugar donde ponerse de pie.

Lucía sintió una punzada en las sienes; la migraña, su vieja enemiga, empezaba a asomar con un latido rítmico detrás de sus ojos. Intentó articular una respuesta, pero la garganta se le cerró. ¿Cómo explicarle que buscaba precisamente eso, un lugar donde el suelo desapareciera para dejar de fingir que todo seguía igual?

—No es lo que busco, Iago —respondió ella, forzando una sonrisa que sabía amarga—. Es más bien lo que intento soltar. Supongo que este lugar se ha convertido en mi propio fardo, una acumulación de cosas que ya no me sirven pero que me da pánico remover. ¿Tú también sientes que todo se desmorona cuando te quedas quieto?

Iago soltó un suspiro corto y sacudió la cabeza, su silueta recortada contra el horizonte azul plomizo. Se veía tan ajeno, tan distinto a la vida que Mateo Reglero le describía en sus mensajes constantes. Mateo, con su visión del mundo limpia y ordenada, nunca entendería que aquí, en la orilla, las grietas no se reparan, simplemente se habitan hasta que la casa entera cede.

—Tú verás, Lucía —replicó él, su tono seco, carente de cualquier consuelo—. Yo solo sé que la trompeta suena bien o no suena. No hay términos medios. Aquí, el aire sabe a marejada y a fin de temporada. Madrid es otra cosa, un lugar de ruido donde es fácil esconderse. No te hagas la idea de que esto va a durar para siempre porque los dos sabemos que el verano se agota.

Lucía bajó la mirada hacia la arena brillante. Un grano de sal se le había quedado pegado al labio, picándole ligeramente. Se sentía como una intrusa en su propio refugio. La sombra de su madre, las gestiones para vender la casa de Avelina. Cada palabra de Iago era una piedra más en el muro que levantaban para protegerse el uno del otro, una defensa necesaria ante la certeza de la partida inminente.

—A veces me pregunto si alguna vez seré capaz de tomar una decisión que no esté escrita en el guion de otros —confesó ella, dejando que el tono confesional tiñera sus palabras—. Siento que todo este

tiempo he estado viviendo en un plano arquitectónico diseñado por personas que ni siquiera saben qué color tiene este mar por la noche.

Iago no respondió de inmediato. Se giró, clavando la mirada en el horizonte, lejos de ella, como si cualquier contacto visual fuera un peligro que no podía permitirse. Su rechazo a mirarla era más elocuente que cualquier discurso. Lucía observó la rigidez de sus hombros; Iago estaba levantando las defensas, preparándose para el final, negándose a otorgarle la validación que ella buscaba desesperadamente. Era una táctica de supervivencia, un modo de no dejar que la melancolía lo arrastrara antes de tiempo.

—El futuro no se negocia con lo que sientes, Lucía —dijo Iago, dando un paso atrás, un movimiento brusco que terminó de fracturar la ilusión de cercanía que ella había intentado sostener—. Tú verás lo que haces, pero no esperes que el Conservatorio Superior de Música sea el lugar donde vas a resolver tus dudas sobre quién eres. Eso es algo que se hace solo, en el silencio, no con música de fondo.

La frialdad de su sentencia fue como un golpe en el estómago. Lucía vio cómo él se disponía a marcharse, alejándose hacia las rocas donde la sombra era más espesa. Aquel retroceso, aquel paso físico que lo separaba de ella, era la confirmación final. La conexión que habían construido durante el verano no era más que un puente temporal sobre un abismo insalvable. Ella se quedó allí, con la libreta apretada contra el pecho, escuchando cómo el viento silbaba entre las piedras, un lamento que parecía burlarse de su intento de permanencia. La playa de Caboalto ya no era su refugio; era solo el escenario de una despedida que, por mucho que intentara posponer, ya había comenzado. La distancia entre lo que ella deseaba y lo que la realidad le devolvía era absoluto, una falla que ya no podía sellar

con palabras, por mucho que las buscara en la profundidad de sus pensamientos. Iago se perdió en la negrura de la noche sin mirar atrás, dejando a Lucía sola con el ritmo implacable de la marea.

* * *

Las olas del Cantábrico rompían contra los cantos rodados con una cadencia pesada, un golpeteo sordo que parecía querer remodelar la costa a cada impacto. Lucía se envolvió más fuerte en su chaqueta, sintiendo cómo el viento silbaba entre las rocas, filtrándose por los huecos como si buscara algo que llevarse consigo. El horizonte azul plomizo se fundía con la negrura del agua, y el rastro de la bajamar se le pegaba a la piel, dejando un regusto áspero en los labios. A unos pasos, Iago seguía quieto. Su figura recortada contra la espuma parecía una columna de basalto, firme y ajena a la agitación de la marea que subía. El frío del agua, que en otros momentos le habría parecido refrescante, ahora le calaba hasta los huesos, recordándole que agosto se terminaba con una rapidez insoportable.

Lucía hundió la mano en el bolsillo de su abrigo, buscando el tacto familiar de la libreta roja. Sus dedos acariciaron el lomo de cuero, un objeto que, a pesar de su tamaño, pesaba en su pensamiento más que cualquier otra pertenencia. La presión de la libreta contra su muslo funcionaba como un ancla, impidiéndole salir huyendo hacia la seguridad de la casona de Avelina. No quería mirar a Iago a los ojos. Temía que, al hacerlo, la honestidad de su mirada terminara de deshacer lo poco que les quedaba de verano. En lugar de eso, se quedó observando cómo un pequeño trozo de madera, arrastrado por la resaca, chocaba una y otra vez contra una piedra más grande, atrapado en un ciclo sin salida. El cansancio le pesaba

en los párpados; una migraña sorda empezaba a latirle en la sien derecha, un recordatorio físico de que su cuerpo siempre reaccionaba antes que su razón ante la tensión.

Iago se removió, y el crujido de la arena bajo sus botas rompió el ritmo del mar. Se pasó una mano por el pelo.

—No hay manera de tocar una nota si no estás dispuesto a ensuciarte las manos con el esfuerzo, Lucía —dijo él, sin volverse hacia ella—. El conservatorio no es un sitio al que vas a que te aplaudan. Es un lugar donde te desmontan pieza a pieza. Si me voy a Madrid, es para ver si queda algo de mí después de ese proceso. No puedo llevarme conmigo este verano ni lo que ha pasado aquí. Fíjate bien en lo que te digo: si mezclo mis raíces con mis ambiciones, no voy a llegar a ninguna parte.

Lucía sintió una punzada, no de dolor, sino de una lucidez fría y cortante. Era como contemplar un edificio cuyas vigas maestras hubieran cedido, una estructura que ya no podía sostenerse en pie, por mucho que intentara apuntalarla con sus deseos.

—Supongo que la música te obliga a ser así de radical, ¿no? —respondió ella, forzando una calma que no sentía—. Como si tuvieras que vaciarte para volver a llenarte de otra cosa. Es una forma de arquitectura vital muy exigente, Iago.

—Es lo que hay —sentenció él, encogiéndose de hombros—. Tú verás si crees que esto puede durar en la distancia. Yo prefiero ser directo: no quiero prometerte algo que el invierno se va a llevar por delante. Madrid es un lugar que te devora si no tienes claro qué es lo que has ido a buscar.

Lucía asintió, aunque sabía que él no podía verla bien en la penumbra. Se sintió como un despojo, una capa de realidad acumulada tras años de vivir bajo el peso de expectativas ajenas, incapaz de

desprenderse de esa carga que la definía ante los demás. La idea de volver a la vida que Mateo Reglero y su madre le habían diseñado — una vida de planes ya trazados y silencios impuestos— le provocaba una náusea leve. Pero, ¿qué otra opción tenía? ¿Acaso podía construir un refugio nuevo aquí, entre el salitre y las rocas, ignorando la realidad de su propia procedencia?

—No te pido que me prometas nada —dijo Lucía, y su voz sonó más firme, más articulada de lo que esperaba—. Ni siquiera sé si yo misma quiero seguir siendo la que era antes de llegar a este puerto. Solo sé que hay una contradicción enorme entre lo que sentimos ahora y lo que nos espera al otro lado de septiembre. Es como si estuviéramos intentando levantar un muro de piedra en medio de una tormenta; al final, el viento siempre gana.

Iago se giró finalmente. La luz tenue de la luna, filtrándose entre las nubes, iluminó sus facciones, marcadas por una seriedad que no le correspondía a su edad.

—A veces, el silencio es la única respuesta que queda —dijo él—. No hay que buscarle un significado a todo. Hay cosas que terminan simplemente porque el tiempo se acaba. Y está bien así.

Lucía dejó de apretar la libreta. Se dio cuenta de que, en el fondo, ambos estaban haciendo lo mismo: preparándose para una desnudez emocional que no podían evitar. Ella no quería que él le mintiera, y él, a su manera, estaba siendo el único que no le ofrecía una ilusión barata. El viento arreció, lanzando una ráfaga de arena contra sus tobillos. La incomodidad de la arena en los zapatos, el picor de su propia piel bajo la lana del abrigo, todo aquello era el mundo real, el que no se podía editar ni corregir con una pluma sobre papel.

—Ya —murmuró Lucía—. Supongo que es la única forma de respetarnos. Dejar que el verano se quede en el verano.

Iago no respondió de inmediato. Suspiró, un sonido largo que se perdió en el estruendo de una ola mayor. Se acercó un paso, lo suficiente para que ella notara el aroma del yodo que siempre lo acompañaba, una fragancia tan propia de Caboalto que, cuando pensara en él en el futuro, sería eso lo que le vendría a la memoria antes que el sonido de cualquier trompeta.

—Tú verás si te guardas esto en algún sitio o si dejas que se lleve la corriente —dijo él, señalando con un gesto vago hacia la inmensidad del mar—. Pero no intentes buscarle un sentido que no tiene. A veces, la verdad es solo lo que queda cuando ya no te queda nada más que perder.

Lucía bajó la mirada a la arena negra y brillante, un suelo que, en pocas semanas, dejaría de pisar. No hubo más palabras. No hacían falta. La despedida ya estaba presente en la forma en que el aire se enfriaba, en la distancia que, sin tocarse, ya los separaba. Ella se dio la vuelta, sintiendo cada gramo de arena húmeda en las suelas de sus botas, y empezó a caminar hacia la casa de Avelina, dejando a Iago solo con su música, con sus silencios y con el mar implacable de Caboalto.

* * *

El agua salada lamía la costa con una cadencia cansada, una insistencia rítmica que arrastraba los restos del día hacia la profundidad. Lucía observaba cómo la espuma blanca se deshacía sobre la arena negra, perdiendo su forma casi al instante, como si el propio océano se negara a guardar cualquier rastro de lo que ocurría en la orilla. El viento silbaba entre las rocas de los cabos, un sonido agudo

que se colaba bajo su chaqueta fina, provocándole un escalofrío que le recorrió la columna. Sus pies, enterrados ligeramente en el grano fino y húmedo del suelo, comenzaban a entumecerse por el contacto con el frío del agua, pero no se movió. A su lado, la presencia de Iago era una línea firme, una columna de sostén que pronto dejaría de estar al alcance de su mano. El horizonte, teñido de un azul plumizo, parecía encogerse, cerrando el círculo de aquel verano en una estancia estanca de la que ella pronto sería expulsada.

Lucía sintió una punzada sorda detrás de los ojos, el prelude familiar de una de sus migrañas, pero esta vez no intentó ocultarlo ni buscar refugio. La inminencia de su partida a Madrid no era ya una sombra que evitaba, sino un hecho con peso propio, como una viga maestra que sostuviera toda la arquitectura de su futuro próximo. Observó sus manos entrelazadas, los nudillos tensos, y pensó en cómo los sentimientos, lejos de ser algo etéreo, se sedimentaban en el cuerpo igual que la sal dejaba su marca en las piedras de Caboalto tras la pleamar. No había ya lugar para los anhelos imposibles que la habían atormentado semanas atrás. Aquel vínculo, forjado en la brecha entre dos mundos que apenas se rozaban, era una estructura frágil, hermosa por su brevedad y, sobre todo, por su incapacidad para sobrevivir fuera de este arenal. Se dio cuenta de que su dolor no venía de una pérdida, sino de la aceptación de que la realidad, a menudo, no tiene espacio para todo lo que una persona desea conservar.

Iago se pasó una mano por la nuca, un gesto que ella conocía bien, marcado por el cansancio de una jornada vigilando la rompiente. Sus ojos, fijos en algún punto distante donde el mar se encontraba con el cielo, denotaban una resolución que no admitía réplica.

—No te engañes, Lucía —dijo él, rompiendo el murmullo del viento con su voz directa—. La trompeta no miente, nunca lo hace. O suena o no suena, y mi vida ahora mismo solo tiene una frecuencia que merece la pena seguir.

Lucía asintió, sintiendo que el vacío que se abría entre ellos no era una falta de afecto, sino la constatación de una divergencia. Él hablaba de su música como si fuera una vocación que lo consumía todo, sin dejar espacio para la negociación que ella, en algún rincón de su mente, había intentado plantear.

—Ya —respondió ella, suavizando la aspereza de sus palabras—. Supongo que es lo que tiene que pasar. No podemos pedirle a un verano que se convierta en una vida entera. Fíjate, hasta el mar cambia de sitio según la luna, y nosotros no somos tan distintos.

Iago soltó una risa corta, sin alegría, más bien como un reconocimiento de la ironía del momento. Se giró hacia ella, y por un instante.

—Tú verás qué haces con lo que queda de esto —añadió él, señalando el vacío con un movimiento seco de cabeza—. Pero no intentes darle un sentido que no tiene. Madrid es un lugar donde vas a buscarte, Lucía, no donde vuelves a buscar lo que dejaste en la arena.

Lucía se mordió el labio inferior, sintiendo un pequeño pellejo suelto que le molestaba, una distracción minúscula en mitad de aquel instante definitivo. Recordó los días anteriores, las tardes en la rambla y las conversaciones compartidas durante la noche de hogueras, cuando todo parecía posible porque el tiempo todavía era una cantidad infinita de horas por gastar. Esos recuerdos ahora se sentían como piezas de un puzzle que nunca terminó de encajar, un paréntesis necesario que, al cerrarse, dejaba una marca indeleble pero estática.

—Fue real —dijo ella, más para sí misma que para él—. Ese tiempo que pasamos fue real, aunque no fuera para siempre.

—Fue suficiente —corrigió Iago, con un tono que no buscaba consolarla, sino cerrar el expediente—. Y para mí, eso es todo lo que necesito saber.

Ella lo miró, analizando la dureza de sus rasgos, la manera en que se mantenía erguido como si estuviera a punto de echarse a caminar hacia el puerto en cualquier segundo. Comprendió que no había nada más que decir. Cualquier intento de alargar la despedida, de buscar una promesa o un compromiso, no sería más que una grieta en la honestidad de aquel adiós. Renunciar a las promesas vacías le aportaba, extrañamente, una paz inmensa. Ya no tenía que preocuparse por cómo encajaría su vida de Madrid con la de Caboalto; simplemente, no lo haría. Aceptar esa imposibilidad era, al fin y al cabo, el acto de madurez más grande que podía ofrecerle.

Se giró hacia el camino que subía por el acantilado. Un poco de arena, húmeda y pesada, se quedó pegada a sus calcetines, un recordatorio físico de dónde había estado. Iago no se movió; permaneció allí, firme, una sombra recortada contra el horizonte azul plomizo, un músico que ya había empezado a componer su silencio. Ella comenzó a caminar, sintiendo la brisa fresca del atardecer, dejando atrás el mar y la presencia constante de aquel chico que, pronto, no sería más que un nombre en los recuerdos de su verano. No miró hacia atrás; sabía que, si lo hacía, la imagen se desvanecería igual que la espuma en la orilla, y no quería que el último recuerdo fuera el de algo roto, sino el de algo que, simplemente, se había cumplido.

El adiós de los veraneantes

La luz de la tarde caía sobre la rambla con esa insistencia dorada que solo se encuentra al final de agosto, cuando el sol parece querer compensar su ausencia con un exceso de brillo. El aire, cargado de una salinidad pegajosa que se adhería a la piel como una segunda capa, transportaba el murmullo constante de las conversaciones en las terrazas próximas y el tintineo metálico de las cucharas contra el cristal. A pesar del bullicio veraniego, un silencio sordo se instalaba en los rincones donde la sombra de los pinos era más densa, un refugio donde el tiempo parecía haber levantado sus propios muros. Lucía observaba desde la seguridad de los troncos, sintiendo cómo una pequeña astilla se le clavaba en la palma de la mano al apoyarse en la corteza rugosa. No se movió. La incomodidad de aquel roce físico la mantuvo anclada a la realidad, lejos de cualquier pensamiento abstracto.

A pocos metros, los Reglero se movían en una coreografía apresurada y ruidosa que rompía con la cadencia pausada de la villa. Mateo cargaba el maletero del coche con una parsimonia irritante, como si cada maleta fuera un bloque de piedra que estuviera colocando en los cimientos de un edificio que ya no le pertenecía. Lo observó con una atención casi gélida. Sus movimientos carecían de la urgencia de quien parte hacia una aventura; tenían, en cambio, la pesadez de quien se desprende de un lastre. Lucía notó una punzada

de alivio en el pecho. Aquel era un quiebro necesario en la ordenación de su mundo, el cierre definitivo de una arquitectura social que le habían impuesto sin consultarla.

Se llevó la mano a la sien; una migraña leve, apenas un susurro de presión, comenzaba a manifestarse tras sus ojos, pero no le dedicó más atención que la que uno le presta a un cambio de temperatura. Sus padres, desde la distancia de la capital, siempre habían configurado su entorno como si fuera una estructura de hormigón, inamovible y opresiva, donde Mateo era la pieza angular destinada a sostener el techo. Sin embargo, al verlo allí, cerrando el portón trasero con un golpe seco que resonó en toda la rambla, Lucía comprendió que él nunca había sido más que un extraño con el que compartía una geografía prestada. No había dolor, solo una comprensión técnica de la distancia que los separaba. Era como mirar un estrato rocoso; ella podía ver las capas de tiempo y decepción que se habían compactado entre ellos hasta volverse inalcanzables.

Un recuerdo fugaz le cruzó la mente, desprovisto ya de su filo original. Se vio a sí misma entrando en su habitación, semanas atrás, y encontrando la libreta roja sobre la mesa, abierta por una página que no recordaba haber dejado expuesta. En aquel momento, el descubrimiento de que Mateo había violado su intimidad —leyendo palabras que solo pertenecían al papel y a ella— le había parecido una catástrofe personal, un terremoto en su pequeña vida privada. Ahora, sin embargo, el recuerdo se presentaba como un fósil inerte. La traición ya no le quemaba; era simplemente el punto de fractura donde la relación había dejado de ser una posibilidad para convertirse en un dato histórico. La libreta roja, con sus confesiones y sus

miedos, seguía siendo suya, pero el hecho de que él la hubiera tocado solo servía ahora para confirmar que nunca habrían compartido un lenguaje común.

El motor del coche rugió, una frecuencia baja y vibrante que hizo temblar las hojas de los pinos cercanos. Lucía contuvo la respiración, no por angustia, sino por una curiosidad casi científica. Mateo se subió al asiento del conductor, y durante un segundo, ella esperó que él mirara hacia los pinos, que buscara alguna señal en la espesura. Él no lo hizo. Arrancó con una soltura indiferente, y el vehículo comenzó a rodar por el camino, levantando una nube de polvo gris que se suspendió en el aire como una neblina fina. La estela del coche se asentó sobre la rambla, cubriendo las baldosas desgastadas por la sal, y con ella se llevó cualquier atisbo de la expectativa que sus padres habían depositado sobre sus hombros.

El polvo le provocó una leve tos, un malestar banal que la obligó a frotarse la garganta. La rambla recuperó su sonido habitual: el cloqueo de la vajilla y el aroma a helado de vainilla mezclado con el yodo del puerto. Lucía sintió que el peso que había cargado durante todo el verano se evaporaba, dejando espacio para una tranquilidad inmensa y un tanto melancólica. Ya no había nadie que esperara que ella fuera otra persona. La partida de Mateo era el final de una obra de teatro donde ella había olvidado el guion, pero en la que el telón acababa de caer. Se dio la vuelta y comenzó a caminar de regreso hacia la casa de Avelina, sintiendo bajo sus pies el firme suelo de Caboalto, un terreno que, por fin, le pertenecía solo a ella. No miró atrás. La ausencia, descubrió mientras caminaba, era mucho menos pesada que la presencia forzada. El horizonte se mantenía despejado, como una página en blanco donde las únicas líneas que se escribirían a partir de ahora serían las que ella decidiera trazar.

* * *

El sendero de tierra batida serpenteaba entre los matorrales, una línea sinuosa que cortaba el verde oscuro de la costa antes de desplegarse hacia el puerto. Lucía caminaba con paso lento, sintiendo cómo la humedad del aire le erizaba la piel de los brazos. A su derecha, la inmensidad del Cantábrico se extendía, un lienzo de azul profundo bajo un cielo tan límpido que parecía haber sido lavado por la lluvia reciente. El horizonte, libre de cualquier atisbo de nubes, se mostraba como un umbral abierto, una invitación a caminar sin rumbo fijo. Había una quietud inusual en el ambiente, solo interrumpida por el roce constante de las hierbas altas contra sus tobillos. Lucía se detuvo un momento para quitarse una brizna seca que se le había quedado pegada al dobladillo del pantalón, un gesto sencillo que la anclaba a la tierra, recordándole que no todo era el bullicio de las expectativas ajenas. Aquí, entre el aroma a yodo y la tierra húmeda, el mundo parecía tener una lógica propia, una arquitectura natural que no dependía de los planes de nadie.

1. Avelina apareció al final de la vereda, emergiendo de la sombra de los pinos como si fuera parte del propio paisaje. Caminaba con una cadencia pausada, apoyándose apenas en la barandilla de madera que bordeaba el inicio de la rambla. Su figura se recortaba contra la luz de la tarde, firme a pesar de la fragilidad que la convalecencia le había dejado grabada en el rostro. Cuando vio a Lucía, su rostro se iluminó con una sonrisa que disipó, por un instante, cualquier rastro de duda, mientras Lucía volvía a Madrid, escribiendo el inicio de su nueva vida en su libreta.

—Anda, hija, que no te esperaba tan pronto —dijo Avelina, con una voz que conservaba la calidez de siempre, aunque algo más quebradiza—. Me he dicho que ya era hora de pisar la calle, de dejar que el sol me diese un poco de vida tras tanto encierro.

Lucía se acercó con cuidado, observando la postura de Avelina. Se fijó en cómo la mujer se esforzaba por mantener el equilibrio, un forcejeo entre su voluntad y sus fuerzas que le encogió el corazón.

—¿Te encuentras bien, Avelina? ¿No te has cansado demasiado al subir la cuesta? —preguntó Lucía, acercándose para ofrecerle su brazo.

Avelina aceptó el apoyo con un asentimiento breve, dejando que su peso se repartiera entre sus propios pies y el brazo de la joven.

—El cuerpo es sabio, Lucía, y sabe cuándo necesita reposo y cuándo necesita el mundo. No te preocupes, que mis huesos aún guardan memoria de este camino. Es como una enramada antigua, por mucho que se doble, sabe hacia dónde debe crecer.

Lucía sintió una punzada de alivio. Aún recordaba el miedo que le había paralizado semanas atrás, cuando la urgencia de los médicos y el silencio de la casa le habían hecho temer lo peor. Aquellos días en que Avelina apenas respiraba, atrapada en una sombra que parecía querer borrarla, habían sido un resto amargo en su memoria, un peso que le costaba sacudirse. Ahora, verla caminar, aunque fuera con dificultad, le devolvía una parte de la paz que creía perdida.

—Pensé que no volverías a bajar a la rambla —confesó Lucía, bajando la voz—. Me pasé días enteros en la cocina, escuchando solo el tictac del reloj, esperando alguna señal de que todo volvería a ser como antes.

Avelina se detuvo un instante y miró hacia el puerto, donde los barcos se balanceaban con el vaivén del agua.

—Toda enfermedad es una forma de exilio, hija, una manera de estar lejos de uno mismo. Pero el linaje no se pierde por una mala racha, y yo soy de esta tierra, igual que las piedras que forman los cimientos de mi casa. No te dejes llevar por el miedo, que a veces nos nubla la vista y nos hace creer que el final es definitivo cuando solo es una pausa.

Lucía asintió, aunque una sombra de inquietud le recorrió la espalda. Miró hacia arriba, hacia la casona que se alzaba sobre el acantilado, blanca y encalada, ignorante de las conversaciones que su madre mantenía a sus espaldas. ¿Cómo decirle que aquel hogar, el único lugar donde ella se sentía a salvo, estaba en el punto de mira? Sentía que el suelo bajo sus pies, aunque firme, era una ilusión. La casa era una ofrenda que Avelina cuidaba con la vida, una herencia de historias y silencios que el mundo exterior consideraba prescindible.

—A veces me pregunto si todo este lugar se mantendrá en pie si nosotros no estamos —dijo Lucía, tratando de buscar una respuesta en los ojos de la mujer.

Avelina soltó una pequeña risa, una nota clara que se perdió en la brisa.

—Las casas tienen sus propias maneras de perdurar. No pienses en lo que vendrá después, vive lo que tienes ahora. La vida es un tejido que se va hilando con los días, no con los temores.

Caminaron en silencio un tramo, rodeadas por el murmullo de las conversaciones de los veraneantes que se dispersaban por las terrazas cercanas. El cloqueo de la vajilla y las risas distantes le parecieron a Lucía un eco de una realidad que ya no le pertenecía.

Ella estaba allí, con Avelina, en una especie de desamparo, intentando asimilar el cambio que se avecinaba. Recordó entonces su libreta roja, oculta en el cajón de su escritorio, guardando sus pensamientos más privados, aquellos que temía que alguien pudiera leer algún día. Aquella libreta era su única forma de ordenar el caos, de poner nombre a la insatisfacción que sentía desde hacía tiempo, pero aquí, en Caboalto, las palabras le sobraban.

—¿Sabes? —dijo Lucía tras un largo rato—. A veces siento que mi vida en Madrid es como un decorado. Todo parece encajar, todo tiene su lugar, pero si tiras de un hilo, se desmorona. Aquí, en cambio, siento que soy yo, aunque no sepa bien quién es esa persona todavía.

Avelina le apretó el brazo con una mano huesuda pero firme.

—Eso es porque aquí no tienes que representar ningún papel. El mar no pide explicaciones, y la rambla no espera que seas la hija de nadie. Solo tienes que ser tú, y eso, te lo aseguro, es suficiente.

Lucía miró el horizonte, donde el sol empezaba a teñir el agua de un tono cobrizo. Sentía una mezcla de gratitud y una angustia sorda. Sabía que su madre no se detendría ante nada, que las gestiones para la venta de la casa estaban en marcha, aunque ella no tuviera pruebas concretas. Cada detalle de la casona —las vigas de madera, el corredor encalado, el jardín que Avelina mimaba cada primavera— le parecía ahora una pieza de museo a punto de ser subastada. El peso de esa amenaza, una presencia invisible pero constante, le tensaba los hombros.

—Quiero que todo siga igual, Avelina —susurró, casi para sí misma—. Quiero que esta rambla siempre sea el sitio donde venimos a hablar.

—Nada se queda igual, hija, pero las cosas buenas tienen la forma de volver, de una manera u otra. Anda, sigamos un poco más; el aire me sienta bien y no quiero que se me acabe la fuerza antes de tiempo.

Continuaron avanzando entre los matorrales. Lucía se fijó en una flor silvestre, una pequeña mancha amarilla entre el gris de la tierra seca. Se inclinó para tocarla, sintiendo la fragilidad de sus pétalos bajo la yema de sus dedos. La vida era tan tenaz y a la vez tan vulnerable, igual que ellas dos, igual que la casa que las cobijaba. Por primera vez en mucho tiempo, Lucía no sintió la necesidad de buscar una solución inmediata, ni de trazar un plan para salvar el futuro. Se permitió simplemente estar allí, sintiendo la brisa salina que le humedecía la piel, compartiendo el paso lento de Avelina hacia el atardecer. El desajuste entre el mundo que le imponían y el mundo que ella deseaba seguía existiendo, una grieta que se abría en su interior, pero al menos, en ese momento, el terreno bajo sus pies no se movía. Todo lo demás, el futuro, las ventas, las expectativas de sus padres, tendría que esperar. Ahora, solo importaba el camino y la compañía, y la extraña certeza de que, a pesar de todo, ella todavía conservaba el derecho a decidir dónde quería echar raíces.

* * *

La brisa comenzaba a agriarse a medida que el sol se ocultaba tras los perfiles afilados de los acantilados, tiñendo los matorrales de la Rambla de Caboalto con tonos ocre y violáceos. Lucía notó cómo el frío se colaba por el cuello de su chaqueta, una punzada repentina que le recordó la fragilidad de aquel final de agosto. A sus pies, las baldosas desgastadas por la sal empezaban a perder el calor acumulado durante la tarde, mientras el murmullo lejano de las te-

rrazas llegaba hasta ellas como un eco moribundo. Avelina caminaba despacio, apoyándose con una firmeza sorprendente en el brazo de Olalla, quien ajustaba su paso al de la anciana con una paciencia que Lucía no le conocía.

—El aire ya no tiene la misma fuerza, ¿verdad? —preguntó Avelina, deteniéndose un instante para observar cómo el horizonte se fundía en una neblina gris—. Es la hora en que el mar reclama su parte de silencio.

Olalla asintió, apartándose un mechón de pelo que el viento le azotaba contra la cara.

—Siempre pasa lo mismo al terminar la temporada, ¿sabes? —comentó Olalla mientras buscaba una piedra lisa donde Avelina pudiera descansar—. Los veraneantes se marchan como si huyeran de una tormenta, y de repente, Caboalto vuelve a ser de quienes realmente nos quedamos aquí. En fin, supongo que es el ciclo de siempre.

Lucía permaneció a unos pasos, sintiendo un leve hormigueo en las manos por el descenso de la temperatura. Observó el grupo: la anciana, la joven que conocía el pulso del pueblo y ella misma, una intrusa que, por derecho propio, empezaba a sentir el abismo entre el destino que le habían trazado y la paz que encontraba en aquel rincón.

—¿No os da pena? —murmuró Lucía, rompiendo el mutismo que se había instalado entre ellas—. Ver cómo todo se vacía, cómo la gente vuelve a sus rutinas, a sus vidas de ciudad.

Avelina dejó escapar un suspiro suave antes de sentarse, con la espalda recta, sobre la piedra.

—Hija, lo que se marcha es solo ruido. El linaje de esta tierra es paciente; sabe esperar a que las mareas cambien y los ánimos se calmen. Las raíces no se mueven porque cambie el calendario. Anda, siéntate con nosotras un momento, que el atardecer aún nos permite ver el puerto antes de que las luces de las guirnaldas se enciendan.

Lucía se acomodó a su lado, sintiendo la dureza de la piedra bajo su falda. Pensar en Madrid le provocaba una presión sorda en las sienes, el aviso de una de sus migrañas, pero aquí, rodeada por la inmensidad del agua, el dolor parecía mitigarse. Recordó, con un nudo en el estómago, cómo escribía en su libreta roja, articulando su deseo de ser una persona diferente. Mateo nunca entendería que aquel objeto no era un objeto de consulta, sino el único refugio donde ella podía ser, sin filtros, sin expectativas de éxito ni el peso de las metas que sus padres colgaban sobre sus hombros como abrigos demasiado pesados.

—A veces me pregunto si todo lo que hemos vivido este verano se quedará aquí, como un rastro en la arena —confesó Lucía, mirando sus manos, que aún conservaban restos de tierra—. O si, al volver, me sentiré otra vez como si fuera una desconocida en mi propia casa.

Olalla se encogió de hombros, mirando hacia las luces que empezaban a parpadear en el puerto.

—Tú eres la que decide qué te llevas en la maleta, Lucía. Madrid tiene sus cosas, pero aquí has aprendido a escuchar otra frecuencia. Si dejas que el ruido te alcance, es porque tú les das permiso. ¿Sabes? Nadie puede quitarte lo que has guardado bajo llave en tu cabeza.

—Es una enramada difícil de desbrozar, la de las obligaciones — añadió Avelina con voz queda—. Pero la impronta que nos dejan los lugares no se mide por lo que otros esperan de nosotros, sino por lo que nosotros sentimos al caminar por ellos. No te dejes llevar por vientos que no son tuyos, Lucía.

Lucía cerró los ojos, dejando que la brisa le despeinara. Pensó en su madre, en los trámites que intuía ocultos, en la extraña urgencia con la que hablaban de vender aquel espacio que, para ella, significaba algo más que una propiedad. Se preguntó si algún día tendría la valentía de decir que no, de reclamar aquel suelo como suyo, de trazar una línea que ni Mateo ni su madre pudieran cruzar. El silencio se prolongó, solo interrumpido por el cloqueo de la vajilla que llegaba de las terrazas más cercanas y el sonido rítmico del mar chocando contra los pilares del puerto.

—Ya —dijo Lucía, más para sí misma que para ellas—. Supongo que, al final, una tiene que aprender a sostener su propia voz, incluso cuando el entorno insiste en que haga silencio.

Avelina le puso una mano sobre el antebrazo. El contacto era seco, firme, lleno de una sabiduría que no necesitaba de libros ni de protocolos académicos.

—Eso es, hija. Ahora, antes de que el frío nos gane la partida, será mejor que volvamos. La noche de hogueras está cerca, y aún nos quedan muchas cosas que compartir bajo este cielo.

Se levantaron despacio. Lucía caminó detrás de ellas, sintiendo que, a pesar de la melancolía que teñía el final de la tarde, algo se había asentado en su interior. La rambla, con sus sombras alargadas y su olor a mar, ya no era solo un lugar de paso, sino el cimiento donde empezaba a construir una versión de sí misma que no dependía de la mirada de los demás. Mientras bajaban hacia las luces del

puerto, Lucía se prometió que, sin importar lo que ocurriera en los meses venideros, ella siempre encontraría el camino de regreso a aquel silencio, aquel refugio donde, finalmente, era dueña de su propia historia.

La defensa del legado familiar

El aire de Caboalto arrastraba un perfume de marismas que se pegaba a la piel, un aliento invisible que terminaba por opacar los vidrios de la casona. Lucía observó la fachada con el ceño fruncido; la piedra, antaño firme, parecía ahora un organismo fatigado, surcado por grietas profundas donde la hiedra se aferraba con desesperación, buscando una grieta donde esconderse de la brisa constante del Cantábrico. Era una arquitectura que se rendía ante el paso del tiempo, una estructura que se deshacía como si las paredes mismas estuvieran perdiendo el interés por sostener el techo. La humedad de la marea ya había empañado los ventanales que daban al puerto, convirtiendo la vista del pueblo en una mancha borrosa, un gris acuoso que le recordaba lo poco que quedaba de la firmeza de antaño.

Al cruzar el umbral. Lucía se detuvo, sintiendo cómo el frescor de la piedra caliza se filtraba a través de sus suelas, un frío que le recorrió las piernas hasta instalarse en el estómago. El olor a cera antigua y albahaca seca flotaba en el ambiente, una mezcla que evocaba tardes interminables de su infancia, pero que ahora se sentía cargada de un peso extraño. Se llevó una mano a la sien; una punzada sutil, el prelude de una migraña, comenzó a latir con la cadencia de un metrónomo invisible detrás de su ojo derecho. No sé

si es el cansancio del viaje o la propia casa, pensó, mientras observaba una mancha de humedad que florecía en el rincón del techo como una herida abierta.

Recorrió el vestíbulo con pasos lentos, evitando las tablas que sabía más blandas, más castigadas por el abandono. En su bolso, la libreta roja pesaba como un ancla; sabía que, en Madrid, su madre ya movía los hilos para deshacerse de este refugio, negociando el futuro de estas paredes como si fueran meros activos en una cartera de valores que no le pertenecía. La idea de la inestabilidad entre lo que ella sentía y lo que su familia pretendía le oprimía el pecho. Aquí, el olvido era una forma de erosión, una falla tectónica que amenazaba con derrumbar todo el pasado de Avelina. Supongo que mi madre piensa que esto es solo madera podrida y piedra que se desmorona, masculló para sí misma, sintiendo un hambre repentina que le recordó que no había probado bocado desde el desayuno. Se llevó un dedo a la comisura de los labios, retirando un cabello suelto que se le había pegado por la humedad, y continuó su inspección, analizando cada viga, cada zócalo, como si pudiera apuntalar el edificio con la pura fuerza de su voluntad.

La memoria la asaltó al pasar frente al salón principal. Recordó el día en que el ictus de su madre lo cambió todo, el momento en que la fragilidad de Avelina se tornó en una metáfora del propio declive de la casa. Aquella tarde, el silencio del pasillo no había sido pacífico, sino un vacío cargado de presagios, el inicio de una cuenta atrás que nadie se atrevió a verbalizar. Su madre había sido el cimiento que mantenía la estructura en pie, y desde que la mente de Avelina comenzó a divagar, el edificio entero parecía haber entrado en una fase de abandono, como si la casa supiera que su alma estaba marchitándose. El conocimiento de que la venta era un plan gestado

desde hacía meses le quemaba; era una traición silenciosa, un plan urdido entre despachos de la capital mientras ella apenas empezaba a entender el valor histórico de estos muros.

Se detuvo ante el ventanal principal, el más grande, aquel que en otro tiempo le permitía observar la entrada de las barcas tras el marisqueo. La luz que entraba por las contraventanas entreabiertas caía en haces polvorientos, iluminando el caos de muebles cubiertos con sábanas blancas que parecían figuras fantasmales en la penumbra. Lucía apoyó la palma de la mano contra el cristal frío, sintiendo la vibración del viento contra el vidrio. Ya no era solo una cuestión de nostalgia. Tenía que reclamar este espacio, convertirlo en el eje de su propia existencia, en el único terreno firme que le quedaba antes de que todo se desmoronara.

Iago, a veces, hablaba de la música como de una forma de arquitectura sonora, algo que debía construirse con precisión para no desmoronarse en la primera nota falsa. Ella, en cambio, veía la casa como una geología personal: cada grieta, cada viga cedida, eran capas de su propia historia que no estaba dispuesta a dejar que otros enterraran bajo una escritura de propiedad. Se preguntó si él entendería esa necesidad de anclaje, ese miedo a la inestabilidad absoluta que le provocaba pensar en su vida en Madrid, tan lejos de este puerto de arena oscura.

La humedad le provocó un escalofrío que le erizó el vello de los brazos. Se ajustó la chaqueta, sintiendo el tejido grueso contra su piel, un contraste banal frente a la magnitud de sus pensamientos. No permitiría que la casa se vendiera sin una batalla. Si su madre quería eliminar el rastro de Avelina, se encontraría con que ella misma se había convertido en el principal obstáculo, un muro de contención contra la ambición que asolaba su mundo. Se miró en el

reflejo distorsionado del cristal; su rostro se veía pálido, casi espectral, pero sus ojos guardaban una determinación que no conocía la mañana. Aquí, en medio del crujir de la madera vieja y el aroma a cera, el desajuste entre su vida anterior y su destino en Caboalto se volvía, por fin, una línea clara, una frontera que estaba dispuesta a defender contra todo pronóstico. Al menos, aquí, el suelo, aunque viejo, todavía le permitía sostenerse en pie.

* * *

El crujido de la madera vieja bajo las pisadas de sus padres resonó en el salón como una sentencia. Cada paso de papá parecía medir la resistencia de las vigas, un escrutinio calculado que Lucía sentía en sus propios huesos. Las paredes blancas, con sus desconchados dejando ver el latido de la piedra, guardaban un silencio tenso, solo interrumpido por el eco distante de las gaviotas que sobrevolaban el puerto. Ella permanecía inmóvil junto a la mesa de roble, sintiendo cómo el polvo, agitado por la llegada de los adultos, danzaba en la luz tamizada por las contraventanas.

—Verás, Lucía, la estructura acusa el paso de los años con demasiada evidencia —dijo papá, mientras golpeaba con los nudillos un pilar que parecía ceder bajo la presión—. Bueno, es una cuestión de integridad. Esta viga, por ejemplo, está totalmente vencida.

Lucía apretó los labios, sintiendo un leve hormigueo en las yemas de los dedos. Caminó hacia el centro del salón, tratando de ignorar el olor a cera de muebles antiguos que impregnaba cada rincón.

—No es solo una viga, papá. Es parte de la casa, tal como Avelina la dejó —respondió ella, con la voz apenas un poco más alta que el susurro del aire.

Mamá, mientras tanto, recorría la estancia con una libreta en la mano, anotando cifras con una meticulosidad que a Lucía le provocaba un vacío en el estómago. Se detuvo ante una grieta en el encalado y suspiró.

—Cariño, deberías entender que los gastos corrientes son insostenibles —sentenció mamá, sin levantar la vista de sus anotaciones—. La viabilidad de una propiedad no puede sostenerse sobre el valor sentimental. La prioridad es el rendimiento de los activos y ahora mismo, esta estructura supone una carga financiera absoluta.

—Es una cuestión de arquitectura familiar —replicó Lucía, buscando en el rostro de ambos alguna grieta en su fachada de pragmatismo—. Si perdemos este lugar, perdemos mucho más que una edificación.

Sin esperar respuesta, Lucía se dirigió al armario del rincón, aquel que Avelina siempre mantenía bajo llave. Sus manos temblaron ligeramente al apartar la pesada tela de lino que cubría el cofre de madera de nogal. El objeto pesaba más de lo que recordaba, un bloque compacto de historia que parecía anclarla al suelo. Al abrirlo, el aire se llenó de un aroma a papel seco y tiempo guardado. Sacó un fajo de cartas atadas con una cinta de seda desteñida.

—Mirad esto —pidió Lucía, extendiendo los documentos sobre la mesa—. No son solo papeles. Son los testimonios de cómo se levantó cada muro, de los inviernos que pasaron aquí antes de que el mundo decidiera que todo debía ser eficiente.

Mamá se acercó, aunque su expresión seguía siendo analítica. Sus ojos, acostumbrados a leer balances y proyecciones, se posaron sobre la caligrafía elegante y angulosa de Avelina. Una de las cartas, fechada décadas atrás, detallaba la construcción del corredor encalado, mencionando cada piedra traída desde el acantilado.

—La letra es impecable —susurró mamá, sorprendida por la calidez del trazo, aunque su tono no perdió su habitual frialdad—. Pero, Lucía, una casa no es un archivo histórico.

Papá, por su parte, se quedó mirando las cartas con una mezcla de curiosidad técnica y fatiga. Intentó encontrar algún fallo, alguna falta de lógica en la distribución de las habitaciones descrita en los textos, pero el silencio que se instaló entre los tres se volvió, por un momento, denso y cargado de una historia que él no podía tasar.

Lucía observó a sus padres. El peso de su propia historia personal, esa que ella había comenzado a registrar en la libreta roja, chocaba frontalmente contra el muro de números y plazos que ellos habían levantado. ¿Cómo explicarles que en cada centímetro de estas paredes residía su propia identidad, que aquí, lejos de Madrid y de Mateo, ella podía respirar sin sentir que el aire estaba viciado por las expectativas ajenas?

—Sé que para vosotros solo es un problema de gestión —dijo Lucía, mientras acariciaba el borde de las cartas—. Pero para mí, este es el único lugar donde la memoria de la familia permanece intacta. Si vendéis, estaréis destruyendo la única prueba de que alguna vez fuimos algo más que una serie de éxitos académicos y sociales.

Mamá dejó la libreta sobre la mesa, justo al lado de las cartas. Sus dedos, largos y hábiles, rozaron el papel amarillento. Por un segundo, Lucía creyó ver una duda en su mirada, un ligero temblor en la máscara de profesionalidad que siempre llevaba puesta.

—La viabilidad de mantener esto sigue siendo, objetivamente, un desastre —dijo mamá, pero su voz sonó más baja, menos imperativa que antes—. Sin embargo, el valor documental de estos escritos es, ciertamente, un factor que no habíamos integrado en el balance.

Papá soltó un suspiro largo y se pasó la mano por el cabello, un gesto que Lucía conocía bien. Significaba que su plan de acción, ese que venía ensayando desde la llegada, estaba tambaleándose ante la realidad de la casa.

—Bueno, tal vez podamos considerar una prórroga para evaluar el coste de una reforma estructural —concedió papá, aunque sus ojos seguían buscando fallos en el techo—. Pero no te hagas ilusiones. La prioridad sigue siendo evitar pérdidas innecesarias.

Lucía sintió una mezcla de alivio y angustia. Había ganado tiempo, una pequeña victoria en medio de una guerra que apenas empezaba. Sabía que sus padres no cederían por puro afecto, pero al menos había logrado que el pragmatismo de ellos se viera obligado a convivir, aunque fuera por un instante, con el espíritu de Avelina. Mientras ellos volvían a discutir sobre presupuestos y materiales, Lucía se apoyó contra la pared, sintiendo el frescor de la piedra a través de su chaqueta. La batalla por la casa era una constante, un recordatorio de que, a veces, para mantener aquello que amas, debes estar dispuesta a enfrentarte incluso a quienes te dieron la vida. Afuera, las gaviotas seguían gritando sobre la bahía, y ella, en silencio, decidió que la libreta roja sería su arma secreta para documentar cada rincón de la casona, convirtiéndola en un monumento imposible de vender.

* * *

El salón principal de la casa de Avelina conservaba un aire estancado, una mezcla de cera antigua y aliento de las profundidades que parecía haberse quedado suspendida entre las vigas maestras. La luz mortecina del atardecer entraba por las contraventanas, cortada en láminas delgadas que revelaban el polvo en suspensión, danzando

sobre el piano de cola cubierto por una sábana amarillenta. Lucía permanecía inmóvil junto al ventanal, observando cómo las sombras alargaban las patas de las sillas de caoba, testigos silenciosos de un abandono que se sentía, más que como una dejadez, como una herida abierta en la estructura misma de la estancia. Un crujido seco, producto de la madera dilatándose por el cambio de temperatura, rompió el silencio. Lucía se pasó la lengua por los labios secos, notando el sabor metálico que siempre precedía a sus migrañas, pero esta vez, el dolor era secundario; su atención estaba clavada en sus padres.

—No podéis medir esto con metros cuadrados —dijo Lucía, su voz resonando con una firmeza que no sabía que poseía—. Habláis de la casa como si fuera un activo muerto, pero cada pared aquí es un estrato, como las capas de roca que veis en el acantilado. Si arrancáis esto, borráis la única historia que no necesita ser justificada ante nadie.

Mamá, que revisaba unos documentos sobre la mesa auxiliar, levantó la vista con una expresión impasible.

—Lucía, escucha, la realidad es que el mantenimiento de este edificio no ofrece ninguna viabilidad a largo plazo. Debéis entender que el volumen de egresos nos obliga a tomar decisiones complejas. No es falta de sentimiento, es una cuestión de gestión responsable.

Papá se cruzó de brazos, tamborileando con los dedos sobre su propio antebrazo, un hábito que delataba su impaciencia técnica.

—Verás, Lucía, bueno, los cálculos no fallan. La estructura necesita una intervención de base y eso, en términos de rendimiento, es un pozo sin fondo. No se trata solo de la memoria, se trata de no hipotecar el futuro de la familia por un edificio que, siendo honestos, ya no cumple ninguna función lógica.

Lucía sintió una punzada en la sien, pero se obligó a no apartar la mirada. En su interior, una voz le confirmaba que ese espacio era su única raíz real, una cimentación sólida en medio de su vida en Madrid, tan llena de ruido y de la intrusión constante de Mateo. Ella no estaba defendiendo ladrillos; defendía su propia capacidad de recordar quién era cuando nadie esperaba nada de ella.

—¿Recordáis cuando Avelina sufrió el ictus? —preguntó Lucía, su tono bajando un nivel, volviéndose más denso—. Estuvisteis todos en Madrid, negociando vuestros contratos, y fui yo quien tuvo que aprender a medir su pulso en esta misma habitación. Aquí, con el sonido del mar colándose por las rendijas, ella pudo descansar. No fue una cuestión de eficiencia, fue una cuestión de dignidad. Esta casa no es un activo, es el lugar donde el tiempo se detuvo para que ella pudiera irse en paz. Si la vendéis, no estáis eliminando una propiedad, estáis borrando el último refugio que nos queda de ella.

El silencio que siguió fue denso, cargado por el zumbido de una mosca que chocaba contra el cristal. Papá desvió la mirada hacia el jardín. Sabía, tan bien como ella, que aquellos días en Caboalto habían sido los únicos en los que Lucía no había parecido una pieza más de su tablero de ajedrez personal.

—Esa es una perspectiva subjetiva —respondió mamá, aunque su tono había perdido algo de su rigidez—. Sin embargo, la prioridad es que vosotras tengáis estabilidad. No podemos permitir que el apego sentimental nuble la necesidad de un plan de vida estructurado.

—¿Estabilidad? —Lucía soltó una risa amarga, acariciando la moldura rugosa de la ventana—. Mi estabilidad depende de no sentir que mi vida se reduce a vuestros informes. Vosotros buscáis un re-

sultado, pero yo solo busco no perder el suelo bajo mis pies. Esta casa es la única cosa que no se puede comprar en un despacho de Madrid.

Papá soltó un suspiro, bajando la guardia por un momento. Sus ojos, acostumbrados a buscar fallos en planos y presupuestos, se perdieron en el veteado de las vigas del techo.

—Bueno, es un argumento complejo. No es solo dinero, está claro —admitió él, aunque rápidamente recuperó la compostura—. Pero incluso reconociendo eso, el deterioro es innegable. Si queréis que consideremos conservarla, tendríamos que presentar una propuesta que justifique el gasto desde una perspectiva de uso, no de nostalgia.

Lucía sintió un alivio fugaz, un destello de victoria que le recorrió la espalda como un escalofrío. Sabía que no se rendirían fácilmente, que la lógica financiera de sus padres era una losa difícil de mover, pero al menos les había obligado a reconocer que la casa tenía una dimensión que sus números no alcanzaban a cubrir. Observó a su madre, que seguía mirando el balance con un ceño fruncido, buscando desesperadamente una cifra que cuadrara con la realidad emocional que acababa de presentar.

La determinación de Lucía, tan repentina y afilada, parecía haber alterado la atmósfera del salón. Ya no era la hija que escuchaba instrucciones; era alguien que, por primera vez, reclamaba su derecho a habitar su propia historia. Sus padres intercambiaron una mirada rápida, un intercambio sutil de gestos que Lucía no pudo descifrar del todo, pero que confirmaba que habían dejado de verla como una niña obstinada para tratarla, al menos en ese instante, como un interlocutor.

—Mañana hablaremos de nuevo —dijo papá, mientras se ajustaba la chaqueta y se dirigía hacia la puerta—. Necesito revisar los planos de la cimentación. Si vamos a mantener esto en pie, al menos debemos saber si el suelo se sostiene.

Cuando salieron, el crujido de sus pasos por la escalera de madera fue el único sonido que quedó en el salón. Lucía se quedó sola, rodeada por el olor a albahaca que subía del jardín y el frescor de la piedra que empezaba a filtrarse por las paredes. Sacó la libreta roja de su bolsillo, sintiendo el tacto de la cubierta bajo sus dedos. Tenía mucho que anotar, muchas palabras que registrar antes de que la noche cayera por completo sobre Caboalto, convirtiendo la casa en un monumento a todo lo que se negaba a desaparecer. Caminó hacia el centro de la sala, sus pies descalzos sintiendo la textura de la madera vieja, y se sentó en el suelo, allí donde la luz del atardecer dibujaba un cuadrado perfecto sobre el parqué desgastado, lista para escribir el primer capítulo de su propia defensa.

* * *

Las vigas del techo crujieron bajo el peso del silencio, un lamento grave que parecía responder al vaivén constante del puerto. Desde el exterior, el murmullo de las mareas se colaba por las contraventanas, arrastrando el eco lejano de las gaviotas. Lucía permanecía inmóvil, con la libreta roja apretada contra el pecho. A sus pies, la madera vieja se combaba levemente, un recordatorio de que la estructura, aunque sólida, vivía en un perpetuo estado de abandono ante el clima. El aire, denso por el aroma a cera y el rastro de albahaca, vibraba con una tensión acumulada. Mamá caminó hacia la ventana, sus dedos rozando el encalado rugoso con una lentitud calculada, mientras papá observaba las grietas del techo como si

intentara descifrar un mapa geológico. Había una ruptura palpable entre las expectativas de sus padres y la realidad que ella habitaba, una costra de dudas que amenazaba con sepultar cualquier intento de entendimiento.

—Papá, mamá —comenzó Lucía, su voz articulada cortando la penumbra—. No sé cómo explicaros que esto no es un capricho. Habéis pasado semanas hablando de números, pero aquí hay algo más. Esta casa es el único lugar donde no siento que debo encajar en un molde ajeno. Si la vendéis, no solo perdéis metros cuadrados; rompéis el único refugio donde mi mente encuentra calma.

Mamá se giró, sus ojos repasando la estancia con una frialdad analítica. Su mirada, acostumbrada a evaluar activos, se detuvo en la libreta.

—Lucía, cariño —respondió ella, suavizando el tono pero manteniendo una distancia clínica—. Deberías entender nuestra prioridad. El mantenimiento de esta propiedad requiere un esfuerzo logístico que no parece sostenible. Debemos evaluar la viabilidad de conservar un activo que, en este momento, solo genera gastos innecesarios. Nuestra situación patrimonial no puede ignorar la realidad del mercado.

Lucía sintió un pequeño espasmo en la sien, el inicio de una de sus migrañas estacionales, pero forzó la calma. Se levantó y caminó hacia ellos.

—¿Qué pasa con la enramada del jardín? —la voz de Avelina surgió desde el umbral, serena y profunda—. ¿Acaso el linaje de esta piedra no cuenta? No habláis de un hogar, habláis de números fríos. Esta casa tiene raíces que se hunden más allá de vuestras intenciones.

Papá suspiró, acercándose a la mesa central donde reposaban los papeles. Su rostro, marcado por la rigidez militar, parecía buscar una salida que no implicara ceder, pero la persistencia de su hija lo desgastaba.

—Verás, Lucía —dijo él, evitando mirar a Avelina—. Bueno, es complejo. No se trata solo de querer, sino de gestionar el futuro. Pero entiendo que este lugar tiene un valor que no aparece en los planos. Sin embargo, necesito saber que esto es una decisión madura, no una huida.

Iago observó a su madre. Detectó una pequeña contracción en su mandíbula, una rendición silenciosa que se manifestaba en la forma en que ella bajaba la guardia. La tensión acumulada durante semanas se disolvió, dejando un vacío extraño, una ligereza que casi le impedía respirar. Mamá no buscó más argumentos sobre la rentabilidad; simplemente suspiró y dejó caer sus manos sobre la mesa, cruzándolas con una parsimonia que confirmaba el cambio de rumbo. Era un alivio compartido que transformaba el salón en algo menos parecido a un tribunal y más a un lugar de encuentro.

—Si vamos a mantenerla —murmuró mamá, su voz perdiendo parte de su severidad técnica—, tendremos que establecer un plan de mantenimiento estricto. La prioridad ahora será asegurar que la estructura aguante. No podemos permitirnos descuidos.

Papá, sin decir una palabra, retiró los documentos de venta que ocupaban el centro de la mesa. Los dobló con parsimonia, como si estuviera guardando un arma que ya no iba a necesitar, y los deslizó hacia el fondo del cajón. Avelina, apoyada en el marco de la puerta, observaba la escena con una paz antigua, sus manos entrelazadas sobre su delantal, aprobando en silencio el desenlace.

—Está bien —concedió papá, mirándola directamente—. Nos quedamos con la casa. Pero que quede claro: seréis vosotras quienes debáis cuidar de que esto no se convierta en una ruina. Es un compromiso, no un simple deseo de verano.

Lucía asintió, sintiendo que el suelo bajo sus pies finalmente se estabilizaba. La casa, con sus paredes blancas desconchadas y su historia silenciosa, permanecía bajo su custodia. Ya no había más incertidumbre. El futuro, que antes parecía un vector forzado hacia un destino que no le pertenecía, se abrió ahora ante ella como un mapa en blanco. Sus padres se retiraron hacia el comedor, comentando ya los detalles logísticos de la próxima revisión de las vigas, pero ella se quedó allí, en el centro de la sala, respirando el aire fresco que entraba desde el jardín. Había ganado el derecho a seguir siendo quien era, en el único lugar donde esa verdad tenía sentido. El ciclo de las dudas se cerraba, y por primera vez en mucho tiempo, el silencio de Caboalto no le pareció una amenaza, sino una promesa.

Primera página del nuevo curso

El zumbido grave del motor del autobús vibraba bajo los pies de Lucía. Fuera, la lluvia golpeaba con una insistencia suave el techo metálico del vehículo, un repiqueteo que aislaba el interior del bullicio del andén. El aire dentro del habitáculo resultaba denso, cargado con una mezcla de olor a café frío y ese perfume dulzón que dejaban los pasajeros tras largas horas de trayecto. Lucía se hundió en el asiento tapizado, sintiendo cómo el desgaste de la tela rascaba sus brazos. Un pequeño hilo suelto de la tapicería, cerca del reposabrazos, se enredaba en su dedo; tiró de él, nerviosa, mientras el autobús iniciaba su balanceo rítmico hacia la oscuridad.

Se aferró a la correa de su mochila, sintiendo bajo la tela el relieve familiar y reconfortante de la libreta roja. A través del cristal empañado por el vaho de su propio aliento, sus ojos buscaron la figura de sus padres entre las luces fugaces de la estación. Iban perdiendo nitidez, convirtiéndose en manchas de color que se diluían con la lluvia. ¿Eran ellos quienes realmente la esperaban al otro lado, en Madrid, o era solo la proyección de lo que ellos deseaban que fuera? No sé, se dijo, mientras trazaba un círculo en el cristal con la yema del dedo, borrando el paisaje exterior. Supongo que esa pregunta sería mi única compañera de viaje. Su madre se

alejaba, ajena a la firmeza que Lucía había descubierto en su propio pecho, esa coraza que había levantado para proteger los recuerdos de Avelina.

Recordaba con una claridad punzante cómo el destino de la casona estuvo a punto de colapsar bajo el peso de las decisiones ajenas. Ahora, sin embargo, la estructura de piedra y sal permanecía a salvo, un cimiento sólido frente a los intentos de venta que amenazaban con derribar el pasado. La casa, con su corredor encalado, era como una formación rocosa que se negaba a erosionarse; una estratificación de momentos que formaban la verdadera base de su identidad. Mientras el autobús tomaba la curva que dejaba atrás el puerto, Lucía sintió un nudo en el estómago. Ya no era la misma joven que llegó en junio, cargada de migrañas y expectativas prestadas.

La brecha entre la Lucía que se sentaba en este asiento y la que sus padres querían ver en la capital era ahora una distancia insalvable. Ya había aprendido que no necesitaba encajar en los moldes de Mateo ni en las exigencias de una vida social que le resultaba ajena. Observó cómo las luces de Caboalto desaparecían, engullidas por la negrura de la noche. Se preguntó si Iago estaría practicando en su trompeta, dejando que las notas flotasen sobre la playa de arena oscura, ajeno al hecho de que ella ya estaba en movimiento. Había un consuelo amargo en esa distancia, una aceptación de que los mundos, a veces, son como placas tectónicas que se desplazan sin tocarse jamás.

Sacó la libreta roja de la mochila. El tacto del papel, rugoso y viejo, le devolvió la calma. Necesitaba registrar el inicio de este trayecto, uno que ella misma había decidido definir, sin las imposiciones que antes sentía como cadenas. Apoyó la libreta sobre sus

rodillas, sintiendo el roce de la tela del pantalón contra la piel. El autobús pasó sobre un bache, obligándola a afianzar el bolígrafo con fuerza.

Comenzó a escribir, viendo cómo sus palabras formaban una línea recta sobre la hoja, una pequeña arquitectura de pensamientos que nadie más podría leer. Madrid, con su ritmo frenético y sus silencios impuestos, le aguardaba al final del camino, pero por primera vez, el viaje no era una huida, sino una elección. La lluvia seguía cayendo, borrando cualquier rastro de la villa marinera, dejando a Lucía sola con la certeza de que su propia voz, por pequeña que fuera, era el único motor que importaba. Ya no buscaba la validación de quienes no sabían mirar más allá de la superficie. Cerró los ojos por un instante, dejando que el zumbido del motor y el vaivén del vehículo la arrullasen. Al abrir los ojos. El trayecto sería largo, pero ya no le temía al silencio que lo acompañaba. Cada kilómetro que la alejaba de Caboalto era un paso más hacia la mujer que, por fin, empezaba a habitar.

* * *

El zumbido grave del motor del autobús se filtraba a través de las paredes laterales, una vibración constante que le recorría la espalda y le recordaba, con cada centímetro de asfalto devorado, que la vuelta a la capital era inevitable. Las luces amarillentas de la carretera cortaban la oscuridad del habitáculo en ráfagas intermitentes, revelando por breves segundos los asientos tapizados desgastados que quedaban vacíos a su alrededor. Lucía se ajustó la chaqueta, sintiendo un leve picor en la nuca. El aire dentro del vehículo,

pesado y reciclado, le devolvía un sabor metálico cada vez que inspiraba, muy distinto al olor a mar que, hasta hacía apenas unas horas, se le metía hasta los huesos en Caboalto.

Se encogió en su rincón, intentando hacerse pequeña frente a la sombra de lo que le esperaba. Madrid no era solo una ciudad de asfalto y ruido; era un engranaje de expectativas talladas en piedra, un lugar donde cada paso estaba medido por miradas ajenas. Sentía cómo la presión de la capital intentaba reclamar el espacio mental que había logrado esculpir durante el verano, como si la propia ciudad estuviera enviando sus tentáculos para borrar la calma que ella había cultivado entre los muros de la casa de Avelina. Allí, lejos del ritmo frenético, había aprendido a distinguir su propia voz, pero aquí, en la semipenumbra, esa voz le parecía un hilo demasiado fino, propenso a romperse ante el primer cambio de presión.

La casona de su abuela, con su corredor encalado que miraba al puerto, le parecía ahora un bastión de memoria, una estructura que se alzaba sobre su pasado como si fuera una formación rocosa inamovible frente al embate del tiempo. Recordaba con nitidez el día en que Mateo cruzó los límites de su privacidad, aquel instante en el que comprendió que su intimidad no era más que un objeto de consumo para otros. Aquella traición había funcionado como un sismo, una fractura que le obligó a cimentar su independencia sobre las ruinas de su antigua inocencia. El hogar de Avelina, con sus muebles cargados de historia, no era solo una propiedad que su madre quería vender; era la única base sólida que le quedaba para entenderse a sí misma, un refugio que, aunque ahora se sentía inalcanzable, seguía latiendo en su recuerdo con la fuerza de un pilar fundamental.

Sus dedos, ligeramente fríos por la corriente de aire que se filtraba por la ventana, buscaron en la mochila el cuero gastado de la libreta roja. Al rozar la superficie rugosa, una descarga de alivio recorrió su brazo. Ese pequeño objeto, esa modesta arquitectura de papel, era el único ancla que mantenía su equilibrio en medio de la incertidumbre. La sacó con cuidado, evitando que el roce contra el asiento despertara algún sonido que pudiera atraer la atención de los pocos pasajeros que dormitaban más adelante. Abrió la tapa y el olor a papel viejo y tinta le inundó los sentidos, una fragancia terrosa que le recordaba la dureza y la honestidad de la tierra.

Miró las páginas en blanco, una extensión infinita de posibilidades donde cada trazo se sentía como una marca en la corteza terrestre. La punta del bolígrafo tembló apenas un milímetro antes de tocar el papel. No sabía exactamente qué escribir, ya que el miedo a lo que vendría en Madrid le paralizaba las manos, pero el simple hecho de sostener la pluma le devolvía parte de su autonomía. Debía decidir quién sería ella cuando el autobús llegara a su destino, una mujer que no se plegara ante las exigencias de nadie, una voz que no dependiera de la validación ajena.

—No sé—susurró para sí misma, con la voz apenas audible bajo el rugido de los neumáticos sobre la carretera—, supongo que todo esto no es más que una forma de encontrar mi lugar en medio del caos constante de mi vida.

La idea de que su identidad fuera un proceso de formación geológica, un lento depósito de experiencias que finalmente darían forma a algo resistente, le dio una paz inusual. Quizás Madrid no fuera el fin de su búsqueda, sino simplemente otro estrato, una capa más que añadir a su historia personal. Debía ser valiente, debía aceptar

que gran parte de lo que sentía ahora era el resultado de una lucha interna, una batalla por no dejar que las expectativas de sus padres terminaran por erosionar su esencia.

Se inclinó sobre la libreta y, con una caligrafía firme, comenzó a trazar las primeras palabras. Cada letra era un pequeño bloque, una pieza que encajaba en la estructura de su propio destino. El autobús se balanceó en una curva cerrada, obligándola a corregir la postura, pero ella no dejó de escribir. Sentía que, al plasmar sus dudas, el peso de la incertidumbre se volvía más ligero, como si los problemas, al ser nombrados, perdieran su capacidad de lastimar. Ya no le importaba si sus palabras eran coherentes o si seguían algún orden lógico; lo que importaba era la autenticidad del gesto, la capacidad de registrar su existencia lejos de las fachadas que otros le obligaban a habitar.

El motor volvió a cambiar de ritmo, un gruñido metálico que anunció una pequeña bajada, y Lucía sintió que, por primera vez, el miedo comenzaba a disiparse, dejando tras de sí un espacio abierto, un terreno virgen que ella misma se encargaría de poblar. La libreta roja, bajo la luz mortecina del autobús, parecía absorber toda su atención, convirtiéndose en el centro de su mundo. Ya no era solo una joven huyendo de un verano que se terminaba; era una arquitecta de su propio futuro, alguien que sabía que, incluso en la mayor de las confusiones, siempre se puede empezar de nuevo. Cerró los ojos por un segundo, sintiendo el ritmo del vehículo como si fuera el pulso de su propio corazón, y al abrirlos, vio su reflejo en la ventana, una mirada que, aunque cansada, estaba llena de una determinación nueva. Ya no se dejaría llevar por la corriente de los demás. A partir de ahora, su vida sería, página a página, su propia creación, una obra que, aunque llena de errores y dudas, sería, por fin, suya.

El asfalto, un río de sombra interminable, se deslizaba bajo las ruedas del autobús con un siseo constante que parecía querer borrar cualquier rastro de la ruta recorrida. Dentro, el aire reciclado cargaba con el peso de los viajeros dormidos, un aroma seco que se pegaba a la garganta. Lucía observaba cómo las luces de la carretera cruzaban el cristal como relámpagos mudos, ajenos a su zozobra. El balanceo del vehículo era un arrullo constante, pero ella, con la espalda dolorida por la rigidez del asiento, no encontraba reposo. Sus dedos, fríos por el aire acondicionado, trazaban surcos invisibles sobre la tela desgastada del reposabrazos, una textura áspera que le recordaba la dureza de los pilares de piedra en la casa de Avelina. El zumbido grave del motor se filtraba por las paredes, un ruido monótono que, en la quietud de la madrugada, se transformaba en el eco de su propia ansiedad, una fractura inevitable entre el lugar que dejaba atrás y el vacío frente a ella.

Había algo en la velocidad del trayecto que le devolvía el recuerdo de su partida de Madrid. Rememoraba el andén de la estación, el bullicio que no era más que un ruido estéril frente a su necesidad de silencio. Allí, entre el gentío, Mateo había intentado retenerla con una insistencia que olía a posesión, sus palabras rodando como piedras sin valor. Él nunca había entendido que su existencia no era un solar vacío donde otros pudieran edificar sus expectativas; él veía la vida como un plano trazado por la norma, una jerarquía de pasos a seguir para cumplir con lo que dictaban los demás. Lucía apretó los labios, sintiendo el sabor amargo de la impotencia, esa misma que le provocaba una punzada sutil en la sien, un aviso de que la migraña acechaba tras el cansancio. Pero ya no importaba. Aquella despedida no había sido el fin de algo, sino el derrumbe necesario de

una estructura que nunca le permitió respirar. Recordó las palabras de su madre, las exigencias sobre la venta de la casona, como si los recuerdos de Avelina fueran solo ladrillos de segunda mano sin peso histórico, y sintió un alivio frío, casi geológico, al saber que ella ya no estaba allí para sostener las paredes de esa mentira.

No le debía explicaciones a nadie. Ni a Mateo, que había violado la intimidad de sus pensamientos con una ligereza insultante, ni a los que esperaban que ella regresara a Madrid para ocupar el espacio que le habían asignado por inercia. La presión en su frente seguía ahí, un recordatorio físico de su fragilidad, pero ya no la combatía con la urgencia de quien teme perderse. Comprendió que su vida era una cimentación en constante movimiento, un terreno que se reconfiguraba con cada elección. La idea de que el futuro fuera una línea recta le parecía ahora una falacia, una ilusión que los adultos vendían para no enfrentarse a la incertidumbre. Ella, en cambio, se sentía como un estrato de roca que, tras siglos de presión, empezaba a cristalizar de una forma distinta, más auténtica y más libre de las imposiciones que antes la asfixiaban.

Con un movimiento lento, casi ritual, se inclinó hacia adelante y extrajo la libreta roja de su mochila. El cuero, suave al tacto, contrastaba con la frialdad del asiento. Sus rodillas actuaron como soporte para el cuaderno que contenía, ahora, la única verdad que le pertenecía. Iba a escribir, no para registrar los hechos de su día, sino para consolidar el mapa de esta nueva versión de sí misma. Se ajustó el pelo, apartando un mechón que le molestaba en los ojos, y abrió la libreta por una página en blanco, un lienzo donde la tinta aún no había sido profanada por las expectativas ajenas. El bolígrafo, una herramienta tosca, le resultó extrañamente pesado, un instrumento con el que pretendía trazar los cimientos de su porvenir.

Respiró hondo, notando cómo el ritmo del autobús se sincronizaba con su pulso. La inercia del pasado, esa fuerza que la empujaba a mirar hacia atrás, empezaba a perder fuelle frente a la convicción silenciosa que le nacía en el pecho. No necesitaba saber qué pasaría al llegar, ni si su decisión de alejarse de Caboalto, o de volver a ella, sería la definitiva; solo necesitaba que la primera frase fuera suya. Apoyó la punta del bolígrafo sobre el papel. La tinta negra se filtró en la fibra, un rastro indeleble que marcaba su primera declaración de independencia. Escribió con una caligrafía firme, sin titubeos, aceptando que, en esta nueva etapa, el desajuste no era un error, sino la forma en que su vida encontraba su propia armonía, lejos de los planos que otros habían diseñado para ella. La escritura se convirtió en el único ancla en medio de la incertidumbre nocturna, un acto de voluntad pura que transformaba la duda en una certeza que nadie más podría arrebatarse. Al cerrar la libreta, el silencio del autobús pareció más profundo, una calma que no era vacío, sino espacio para lo que estaba por venir. Ella recostó la cabeza contra el cristal frío, dejando que el ritmo del asfalto la llevara, página a página, hacia un amanecer que, por fin, le pertenecía.